

AÑO 1 - NUMERO 4 - \$a 260.-

DADESCO

CIENCIA · FICCION

REVISTA



THEODORE STURGEON
CORDWAINER SMITH
WILLIAM F. NOLAN
F. M. BUSBY
EDUARDO ABEL GIMENEZ
GILBERT THOMAS
HARRY HARRISON
EDUARDO JULIO CARLETTI

SEPTIEMBRE 1984

PARSEC

AÑO 1

NUMERO 4

CIENCIA · FICCION

REVISTA

————— DIRECTOR EJECUTIVO —————
DANIEL RUBEN MOURELLE

————— DIRECTOR EDITORIAL —————
SERGIO GAUT-VEL HARTMAN

————— COLABORADORES —————

Pablo Ruina, Graciela Parini, Cecilia Polisena,
Alejandro Schwerdel, Pablo Román, Carlos A. Sánchez,
Norma Dangla, Mirta Rosenberg, Verónica Figueirido,
Tomás Mooney, Miguel Doreau, Esteban Paes, Omar Comin,
Elvio E. Gandolfo, Horacio Seto, Alejo Cuervo,
Agustín Jaureguizar, Joan Manel Ortiz, Miguel A. Martínez

————— PRODUCCION Y DISEÑO GRAFICOS —————

Taller de Ediciones Independientes
855-3472 / 854-9982

Impreso en el mes de agosto de 1984

Dibujo de tapa: Carlos A. Sánchez.

Parsec Ciencia Ficción Revista es una publicación mensual de Ediciones Filofalsía (Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina). Distribuidor en Capital Federal: Mateo Cancellaro e hijo (Echeverría 2469 — 5o. C). Suscripciones e informes: C.C. 200, Sucursal 53 (B), (1453) C.F. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. (c) 1984, Filofalsía. Prohibida la reproducción total o parcial. Registro Nacional del Derecho de Autor Nro.: 265.514. Impreso en Argentina. Las menciones que se publican, incluidas marcas, ilustraciones y precios, tienen el carácter exclusivo de servicio y su publicación no implica responsabilidad o compromiso, excepto el informativo. PARSEC no recibe remuneración alguna por la información que publica. Los números atrasados pueden solicitarse al precio de tapa del último ejemplar en circulación.

CONTENIDO

EDITORIAL (1) / 3

EDITORIAL (2) / 5

Theodore Sturgeon
TALENTO / 7

F. M. Busby
LOS RATONES Y OTIS / 16

Eduardo Julio Carletti
MOPSI, TE ODIÓ / 26

Cordwainer Smith
LOS BUENOS AMIGOS / 40

Harry Harrison
LA ULTIMA BATALLA / 45

Gilbert Thomas
"POR LA GRACIA DE DIOS" / 49

William F. Nolan
LOS MUERTOS LLAMAN / 59

Comin / Doreau
IDENT (II) / 64

Eduardo Abel Giménez
UN PASEO POR CAMARJALI (2a. parte) / 68

UN PARSEC DE INFORMACION / 88

LA NAVE CORREO / 94



Comin

EDITORIAL/1

Cuando conocí a Sergio, allá por el año 1981, con motivo de estar editando el fanzine ARKAM, ninguno de los dos suponía lo que se avecinaba. En ese momento, él era uno de los tantos cuentistas que se habían acercado con la intención de publicar; claro que al ir leyendo sus relatos y tomar conciencia de la gran producción que poseía, además de que ya había sido editado por la revista española Nueva Dimensión, comenzó a destacarse del resto. Después, cuando ARKAM feneció, continuamos encontrándonos, para hablar, él de sus ganas de formar un círculo de aficionados a la cf y la fantasía y de editar un fanzine bajo su dirección, y yo de mis ganas de formar una editorial independiente que fuese cobrando fuerza por encima de los avatares económicos del país y de mi situación financiera de entonces.

Posteriormente, Sergio consiguió contactarse con un grupo de aficionados gracias a las páginas del Péndulo y, fundamentalmente, a la buena predisposición de Marcial Souto (hoy director de Minotauro), y en el verano de 1983 edita el primer número de SINERGIA. Meses más tarde comienza a hablarse del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía.

Al mismo tiempo, comenzaba mi experiencia como "inventor" de Taller de Ediciones Independientes. En sus primeros meses de vida, el Taller se sustentó a sí mismo brindando servicio gráfico a personas que querían editar sus propios libros o revistas, principalmente de poesía, y pudo poco a poco dar nuevos alientos a La Brujutrampa (Editora de ARKAM y alguna que otra pequeñez).

La salida de SINERGIA coincidió con la propuesta de mi amigo Alejandro Schwerdel de hacer crecer el Taller mediante una importante transfusión de capital, créditos mediante y mucha valentía de su parte. Así fue que en marzo de 1983 estuvimos instalados en la casa de la Av. Juan B. Justo gracias a la oportuna mediación de los editores de la revista Ultimo Reino. Alejandro y yo nos en-

contramos siendo los dueños de algo que hasta hacía unos meses había sido sólo un sueño. El Taller continuó diseñando libros para terceros, pero ya con la creciente posibilidad de constituirse en una editorial independiente que publicara sus propios libros y revistas.

En junio de ese año, aparece FILOFALSIA OTOÑO 1983 y queda definitivamente fundada Ediciones Filofalsía. Luego renace La Brujutrampa y comienza a darse a conocer la saga de Almirante, aparece FILOFALSIA PRIMAVERA y se proyecta una revista diferente: CLEPSIDRA.

En todo ese tiempo, las charlas con Sergio continuaron y el aporte de Alejandro fue acelerando los acontecimientos. Así, una tarde, sentados en el bar de Avenida Pueyrredón y San Luis, decidimos avanzar con el proyecto más ambicioso de todos los que habíamos tenido: PARSEC. En principio, nuestra idea había sido la de sacar una antología de cf, con cuentos inéditos en castellano de importantes autores del género, y ver qué pasaba; finalmente nos entusiasmos con sacar una revista mensual... Y el resto ustedes ya lo saben o lo adivinan que para el caso es lo mismo.

Ahora nos encontramos en la primavera de 1984, PARSEC REVISTA ya lleva editados cuatro números, CLEPSIDRA va por el tres, ya hemos publicado PARSEC ANTOLOGIA/1, varios libros de la Ronda de Almirante y algunos otros títulos extra que aparecieron por sorpresa; y por supuesto no es casual que les esté contando todo esto. Estamos en el inicio de un nuevo desafío y esta vez el "baile" depende en buena medida de ustedes, este desafío se llama: Proyecto Confianza (PROCON).

Pero no voy a hablarles del PROCON (ya que para eso hay un aviso en las páginas de PARSEC/4), sí he querido darles a conocer y contarles que esperamos que Ediciones Filofalsía se convierta en una editorial independiente con una rama fuerte en el territorio de la cf y la fantasía. Esto queda demostrado con una pequeña enumeración de lo por venir: ALMARMIRA (novela de Miguel Doreau), PARSEC ANTOLOGIA/2 (con novelas cortas de Bradbury, Wyndham y Pohl), EL CAMINO DE LOS ESPEJOS (15 cuentos de Sergio Gaut vel Hartman y Graciela Parini), PARSEC ANTOLOGIA/3 (cuentos todos de autores locales) y los libros que faltan de la serie de Almirante.

Como ven, hay mucha energía dando vueltas... ¿Será la primavera?

Daniel Rubén Mourelle

EDITORIAL/2

Los tres números precedentes de Parsec pecaron (si fue pecado) de cierta renuencia a trasgredir los límites del género. Cuando nos propusimos Parsec lo hicimos definiendo con precisión la línea editorial. Queríamos hacer una revista cabalmente de CF porque eso es lo que falta en el mercado. Y estamos seguros de haber dado en el blanco. Parsec/3 constituyó, en ese sentido, un hito importante. Fue la primera entrega en la que contábamos con suficiente material como para postergar e incluso descartar relatos. Y eso juega en función de la calidad. Hemos llegado al punto en que contamos con una cincuentena de cuentos y novelas cortas, por lo que dando otra vuelta de tuerca, se nos ocurrió que podíamos proporcionarle un *tono* a cada número. Ese tono no implica exclusión de la variedad, es decir, caer en lo monotemático, sino buscar en un grupo de trabajos de una misma entrega un factor común, un rasgo.

Y para Parsec/4 elegimos el humor. O quizá no lo elegimos. Probablemente se eligió un poco solo. Así es el humor. Eso no significa que tenemos relatos que lo harán retorcerse de risa (o sí). Pero garantizamos sonrisas en por lo menos cuatro de ellos. La ironía cruel de Thomas, el *nonsense* de Busby, la broma de Harrison, la risa escalofriante de Sturgeon.

Claro que no todo es humor. Ya lo dijimos más arriba. El humor ocupa una parte de la revista. Como para darle una fisonomía. Así que tenemos la segunda entrega de la novela de Giménez: "Un paseo por Camarjali" para reafirmar que los "autóctonos" pueden escribir CF en sentido estricto sin traicionar límites o lenguaje. Y un Cordwainer Smith poco convencional. Hay un relato de William F. Nolan que debe inducir a la reflexión y un trabajo de Eduardo Carletti en el más riguroso estilo "hard".

Es posible que tampoco ahora estemos trasgrediendo normas inviolables. Darle a cada número de Parsec una "cara" propia se constituirá, de aquí en más, en una especie de juego compartido (del que los lectores no están excluidos) que nos permitirá *dentro del género* ensayar variantes y probar la resistencia y aceptación que generan estilos y corrientes.

... Nos propusimos una línea editorial dentro de una *revista viva*.

Sergio Gaut vel Hartman



¿Se puede hablar de un Sturgeon (1918) menor? Tenemos a la vista tal cantidad de obras mayores (*Más que humano*, *Los cristales soñadores*, "El hombre que perdió el mar", "Juegos de niños", "Trío huracán", "Un poco de tu sangre", "La claridad por una rendija", "La navaja de Occam", "Escultura lenta") que hay que empezar a abstraerse de la visión de algunos árboles para poder ver el bosque...

TALENTO

Theodore Sturgeon

La señora Brent y Preciosa estaban sentadas en el porche de la casa de campo cuando el pequeño Jokey salió sigilosamente de atrás del granero y llegó hasta ellas caminando en puntas de pie. Preciosa, que tenía rizos y siete años, y era muy limpia, dejó de balancearse en la mecedora y lo observó. La señora Brent estaba leyendo una revista. Jokey se detuvo al pie de los escalones.

-- ¡Mamá! --chilló con voz estridente.

La señora Brent saltó violenta-

mente, se hamacó demasiado hacia atrás, hizo chocar su intrincado peinado contra las tablas y dijo: --Santo Cielo, pequeño m... querido, ¡me asustaste!

Jokey sonrió.

Preciosa dijo: --Dientes torcidos.

--Si necesitas a tu madre --dijo razonablemente la señora Brent--, ¿por qué no entras y hablas con ella?

Jokey vetó la sugerencia con un desagradable: --Bah, bah. -- Enfrentó la casa-. ¡Mamá! --volvió a chillar en

un tono que hablaba de muerte y desastres.

Desde la cocina se oyó un estrépito, y unos pasos ligeros. La madre de Jokey, cuyo nombre era Señora Purney, salió, retirando un mechón de pelo de sus ojos asustados.

—Oh, el adorable —susurró. Se arrodilló a los pies de Jokey y explotó: —¿Lastimó a su pequeña, entonces? Ay, fue...

Jokey dijo: — ¡Dame una moneda!

—Por favor —sugirió Preciosa.

—Por supuesto, querida —balbuceó la Sra. Purney—. Te doy mi palabra, sí. Tan pronto como vayamos al pueblo, tendrás una moneda. Dos, si eres bueno.

—Dame una moneda —repitió Jokey ominosamente.

—Pero, querido, ¿para qué? ¿Qué harás aquí y ahora con una moneda?

Jokey retiró la mano. —Contendré mi aliento.

La señora Purney se levantó, aterrorizada. —Oh, querido, no lo hagas. Oh, por favor, no lo hagas. ¿Dónde está mi bolso?

—Encima de la estantería, fuera de mi alcance —dijo Preciosa, sin rencor.

—Oh, sí, así es. Ahora, Jokey, espera aquí y yo... —y sus gorjeos excitados se apagaron dentro de la casa.

La señora Brent levantó la vista y no dijo nada.

—Eres un pequeño apestoso —dijo Preciosa.

Jokey la miró con dignidad. —Mamá —llamó imperiosamente.

La señora Purney llegó al instante, trayendo una moneda.

Jokey, señalando con el mismo movimiento con el que había obtenido la moneda, delató: —Me llamó un pequeño apestoso.

— ¡Verdaderamente! —susurró la señora Purney, conteniéndose—. Creo, señora Brent, que su niña podría tener mejores modales.

—Los tiene, señora Purney, y cuando son necesarios hasta los usa.

La señora Purney la miró con curiosidad, decidiendo que aparentemente la señora Brent no quería decir nada con esa declaración (en lo cual estaba errada) y se volvió hacia su hijo, quien caminaba con paso enérgico en dirección al granero.

—No te lastimes, Charcos —gritó.

No recibió respuesta alguna y, sonriéndoles vagamente a la señora Brent y a su hija, regresó a la cocina.

—Charcos — dijo Preciosa reflexivamente—. Apuesto a que sé por qué lo llama así. ¿Recuerdas al perrito de Gladys que...?

—Preciosa —dijo la señora Brent—, no debiste haber llamado a Joachim con una palabra como ésa.

—Supongo que no —accedió pensativamente Preciosa—. En realidad él es un...

La señora Brent, mirando con atención los esculpidos labios rosados, dijo a modo de aviso: — ¡Preciosa! —Sacudió la cabeza—. Te he pedido que no digas eso.

—Papito...

—Papito se había agarrado el pulgar con la puerta del camión. Eso era diferente.

—Oh, no —corrigió Preciosa—. Estás pensando en la vez en que sólo

abrió la mitad inferior de la puerta holandesa en la oscuridad. Cuando se apretó el pulgar dijo...

—¿No deseas ver mi revista?

Preciosa se levantó y se estiró con delicadeza. —No, gracias, mami. Iré al granero a ver qué se propone hacer Jokey con esa moneda.

—Preciosa...

—Sí, mami.

—Oh, nada. Supongo que todo está bien. No pelees con Jokey, ¿de acuerdo?

—No, a menos que él pelee conmigo —replicó la niña sonriendo encantadoramente.

Preciosa tenía unos zapatos de cuero recién comprados, bien hechos, con tacos duros y muchas tiras en torno a los tobillos. Se veían lindos y brillantes en contraste con las medias amarillas. Caminó cuidadosamente por el sendero, evitando las briznas de pasto húmedo que se inclinaban sobre los bordes, pisando con sumo cuidado cada pequeño parche de fango.

Jokey no estaba en el granero. Preciosa lo atravesó oliendo con placer los cálidos y entremezclados aromas del polvo de la paja desmenuzada, heno seco y estiércol. Afuera, junto a la puerta para carros, se encontraba el chiquero. Jokey estaba parado sobre la baranda de la cerca. A sus pies había una pequeña pila de manzanas verdes. Tomó una y la lanzó con todas sus fuerzas hacia la cerca marrón. Fue ¡putt! en alguna parte, y ella fue ¡ergh! en respuesta.

— ¡Eh! —dijo Preciosa.

¡Putt-ergh! Recién entonces descubrió a Preciosa, refunfuñó silenciosamente y tomó otra manzana. ¡Putt-ergh!

—¿Para qué estás haciendo eso?

¡Putt-ergh!

—¿Oíste eso? Mi mamá hizo un ruido semejante cuando la golpeé en el estómago.

—¿Lo hizo?

—Ahora esto —dijo Jokey, tomando una manzana—, es una piedra. Presta atención —la tiró. ¡Thunk-e-ergh!, fue el sonido.

Preciosa estaba impresionada. Sus ojos se abrieron mucho, y retrocedió un paso.

— ¡Eh, mira por dónde vas, estúpida!

Corrió hacia ella y la tomó rudamente del biceps izquierdo, arrojándola contra la cerca. Ella gimió y permaneció frotándose el brazo, quitándose la suciedad, y más indignada que asustada.

Jokey no le prestó atención. —Tú y tus pies brillantes —gruñó. Estaba reclinado sobre una rodilla, palpando la tierra entre dos ramitas clavadas en el suelo y separadas veinte centímetros una de la otra—. ¡Los podrías haber aplastado!

Preciosa, con la atención puesta en los zapatos nuevos, estaba haciendo girar uno de ellos, observando el brillo de la puntera, los costados bruñidos. Mientras lo hacía, la complacencia volvió a invadirla.

—¿Qué?

Con las varitas, Jokey raspó la tierra suelta a un costado, y, una por una, descubrió las cinco criaturas di-

minutas, desnudas y ciegas que yacían ahí enterradas. No tenían más de dos centímetros de largo, con pequeñas extremidades arrugadas y hocicos crispados. Se retorcían de dolor. También había hormigas. Hormigas muy ocupadas.

—¿Qué son?

—Ratones, estúpida —dijo Jokey—. Ratones bebé. Los encontré en el granero.

—¿Cómo llegaron aquí?

—Yo los puse.

—¿Cuanto hace que están?

—Cerca de cuatro días —dijo Jokey, volviéndolos a cubrir—. Duran mucho tiempo.

—¿Sabe tu madre que tienes estos ratones?

—No, y tú mejor no digas nada, ¿oíste?

—¿Tu madre te azotaría?

—¿Ella? —La palabra salió como una burla incrédula.

—¿Y con tu padre qué?

—Ah, supongo que él querría ponerme la mano encima. Pero no tiene la menor oportunidad. Mamá tendría un ataque.

—¿Quieres decir que se enfurecería con él?

—No, estúpida. Un ataque. Tú sabes: arañar el aire y echar espuma por la boca, y todo eso. Caer y retorcerse —se rió entre dientes.

—Pero, ¿por qué?

—Bueno, es casi la única forma en que puede manejar a papá, supongo. El siempre trata de hacerme cosas. Pero ella no se lo permite, así que yo puedo hacer lo que se me antoja.

—¿Qué haces?

—Soy talentoso. Mamá lo dice.

—Bien, ¿qué haces?

—Eres muy curiosa.

—No me creo que puedas hacer nada, apestoso.

—Oh. ¿No puedo? —el rostro de Jokey empezaba a enrojecer.

—¡No, no puedes! Hablas mucho, pero en realidad no puedes hacer nada.

Jokey se le acercó y le respiró en la cara del mismo modo en que lo hace el hombre de la barba hirsuta al cowboy limpio atado a los barriles de dinamita, en las películas de los sábados.

—No puedo, ¿eh?

Ella se mantuvo firme. —Correcto, si eres tan listo, veamos qué puedes hacer con esta moneda.



Sorprendentemente, él pareció avergonzado. —Te reirías —dijo.

—No, no lo haría —dijo ella cándidamente. Dio un paso hacia adelante, abrió muy grandes los ojos, sacudió la cabeza haciendo que sus rizos se balancearan y dijo muy dulcemente: —Realmente no lo haría, Jokey...

—Bien —dijo él, y volvió al chiqueo. La cerda moteada se estaba frotando el hombro contra la cerca, gruñendo suavemente para sí misma. Se dignó concederles una pequeña ojeada ornada de rojo y retornó a sus pensamientos.

Jokey y Preciosa estaban en la baranda inferior y miraban en dirección a la ancha espalda de la cerda.

—¿No se lo vas a contar a nadie? —preguntó él.

—Por supuesto que no.

—Bien, correcto. Ahora mira. ¿Viste alguna vez un chanchito alcancía de porcelana?

—Claro que sí —dijo Preciosa.

—¿Cómo de grande?

—Bien, conseguí uno más o menos así de grande.

—Ah, eso no es nada.

—Y mi amiga Gladys tiene uno así de grande.

—Buuu.

—Bien —dijo Preciosa—, en el pueblo, en una droguería, vi una ASI de grande —y separó sus manos a cerca de ochenta centímetros una de otra.

—Eso es bien grande —admitió Jokey—. Ahora te mostraré algo. —Habló seriamente en dirección a la cerda moteada—. Eres una alcancía.

La cerda dejó de frotarse contra la baranda. Se quedó muy quieta. Sus

pelos se fundieron con el flanco. Se tornó dura y brillante; tan brillante como los zapatos nuevos de la niña. En medio de la amplia espalda apareció una ranura —o tal vez había estado allí todo el tiempo, por lo que Preciosa podía recordar—. Jokey mostró una cálida y húmeda moneda y la dejó caer por la ranura.

Hubo un sonido distante, vítreo, hueco y robusto desde el interior de la cerda.

La señora Purney salió al porche e hizo crujir una silla de mimbre al dejarse caer con un desmayado suspiro.

—Son una peste, ¿no es cierto? —dijo la señora Brent.

—Usted no sabe verdaderamente cuánto —se lamentó la señora Purney.

Las cejas de la Sra. Brent se levantaron. —Preciosa es un modelo. Lo dice su maestra. No fue demasiado fácil de hacer.

—Sí, es una niña muy buena. Pero mi Joachim es, uh, talentoso, usted sabe. Eso lo hace muy difícil.

—¿En qué sentido talentoso? ¿Qué puede hacer?

—Puede hacer cualquier cosa —dijo la señora Purney luego de una leve vacilación.

La señora Brent la observó, vio que sus ojos cansados estaban cerrados, y se encogió de hombros. Eso la hacía sentirse mejor. ¿Por qué las madres debían insistir siempre con que sus hijos eran mejores que todos los demás?

—Pues mi Preciosa —dijo—, y vea usted, no lo estoy diciendo porque sea mi hija; mi Preciosa toca muy

bien el piano para una niña de su edad. Y ya está en su tercer libro y aún no tiene ocho años.

Sin abrir los ojos, la señora Purney dijo: —Jokey no toca. Estoy segura de que si quisiera podría.

La señora Brent vio la jactancia que implicaba esta afirmación y sabiamente se refrenó de ahondar más. Adoptó otro plan de acción.

—¿No le parece, señora Purney, que es más fácil hacer que un niño sea obediente y cortés tratándolo con firmeza?

La señora Purney abrió lentamente los ojos, y miró preocupada a la señora Brent. —Un niño debe amar a sus padres.

—Oh, por supuesto —sonrió la señora Brent—. Pero estas ideas modernas de rodear a un niño de amor y libertad hasta que se convierta en un pequeño tirano... ¡Bueno! ¡Simplemente no logro verlo! Por supuesto que no me refiero a Joachim —agregó rápida, dulcemente—. Es un niño adorable, por cierto...

—Le debe ser dado todo lo que quiera —murmuró la señora Purney en un tono extraño. Era violento y como de memoria—. Tiene que ser mantenido contento.

—Lo debe amar mucho —dijo con brusquedad la señora Brent, con malicia, repentinamente determinada a obtener alguna reacción de esta criatura débil e indulgente. Lo consiguió.

—Lo odio —dijo la señora Purney. Sus ojos estaban nuevamente cerrados, y ahora casi sonreía, como si la liberación de aquellas palabras hubiera sido algo anhelado. Entonces se

enderezó abruptamente, con los ojos pálidos completamente abiertos, y asiendo su labio inferior lo empujó hacia abajo y al costado de un modo absurdo.

—No quise decir eso —jadeó. Se arrojó sobre la señora Brent, y graznó—. ¡No quise decir eso! ¡No se lo cuente! Nos hará cosas. Aflojará las vigas de la casa mientras estamos durmiendo. Convertirá el desayuno en serpientes y ranas. Y transformará la puerta del horno en una enorme boca dentada. ¡No se lo diga! ¡No se lo diga!

La señora Brent, profundamente conmovida, y sin entender una palabra de todo esto, extendió instintivamente los brazos y cobijó a la otra mujer.

—Puedo hacer un montón de cosas —dijo Jokey—. Puedo hacer cualquier cosa.

—Jeee —susurró Preciosa observando la alcancía—. ¿Qué vas a hacer ahora con eso?

—Nada. Supongo que la dejaré volver a ser una cerda.

—¿La puedes volver a transformar en una cerda?

—No tengo por qué, estúpida. Será por sí misma una cerda. Pronto me olvidaré de todo esto.

—¿Siempre sucede eso?

—No. Si revienta esta vieja alcancía, tomará más tiempo, y cuando se vuelva a convertir la cerda estará toda reventada. Toda tripas y sangre —agregó riéndose entre dientes—. Una vez lo hice con un ternero.

—Jeee —dijo Preciosa, aún con los ojos muy abiertos—. Cuando crezcas,

serás capaz de hacer lo que desees.

—Sí —Jokey pareció complacido—. Pero puedo hacer lo que quiera ahora. —Se encogió de hombros—. Algunas veces simplemente no sé qué hacer a continuación.

—Ya lo sabrás cuando crezcas —dijo ella confiadamente.

—Oh, seguro. Viviré en una casa grande en el pueblo, y miraré por las ventanas, y reventaré a la gente y la convertiré en patos y serpientes y cosas. Haré moscas tan grandes como polluelos de halcón, o quizá tan grandes como caballos, y los pondré en las escuelas. Derribaré los edificios grandes y aplastaré a la gente.

Recogió una manzana verde y la arrojó a la cerda marrón, acertando de pleno.

—Gosh, y no tendrías que practicar el piano, o prestar atención a ninguno de esos viejos maestros —dijo Preciosa, empezando a simpatizar con las posibilidades—, pues ni siquiera tendrías que... ¡oh!

—¿Qué pasa?

—Ese escarabajo. Los odio.

—Sólo es un ciervo volante —dijo con superioridad Jokey—. Mira esto. Te mostraré algo.

Tomó una caja de fósforos y encendió uno. Sostuvo al escarabajo con un sucio dedo índice, y aproximó la llama a la cabeza del bicho. Preciosa observó atentamente hasta que la criatura dejó de mover sus patitas.

—Esas cosas me asustan —dijo cuando él se levantó.

—Eres una cobarde.

—No lo soy.

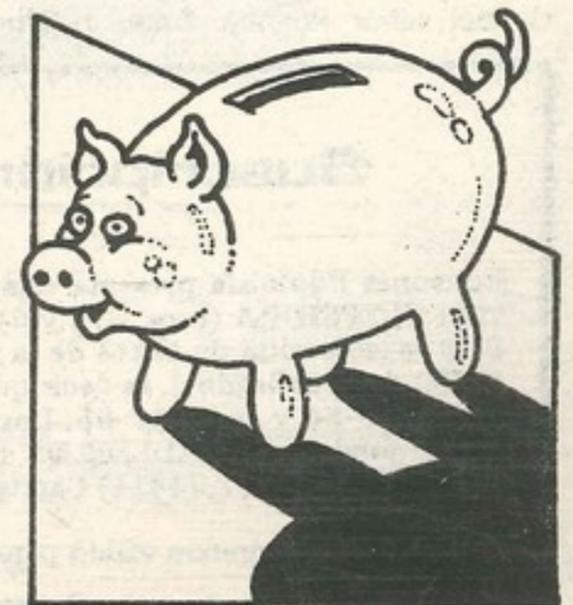
—Sí lo eres. Todas las chicas son cobardes.

—Tú eres sucio y apestoso —dijo Preciosa.

Jokey fue rápidamente hacia el chiquero y levantó un denso puñado de basura. Desde donde estaba agazapado, Jokey se lo tiró a la niña alcanzándola de arriba abajo, de modo tal que la salpicadura abarcó desde el hombro hasta las piernas, cruzando el frente del vestido, y depositando una gran gota fresca sobre la punta del brillante zapato izquierdo.

—¿Ahora quién está sucio? Ahora quién apesta? —cantó él.

Preciosa levantó la falda y la miró con horror y repugnancia. Sus ojos se llenaron de furiosas lágrimas. Sollo-



zando, se precipitó hacia él. Le dio un bofetón con torpeza de niña, al estilo mano-contrahombro. Lo volvió a abofetear.

— ¡Hey! ¿A quién estás golpeando? —gritó él asombrado. Retrocedió y súbitamente se esforzó por sonreír—. Te voy a arreglar —dijo, y desapareció sin decir una palabra más,

Lloriqueando de furia y asco, Preciosa tomó un puñado de pasto y comenzó a limpiarse el zapato.

Algo se movió en su campo de visión. Echó una ojeada, chilló y retrocedió. Era un enorme ciervo volante, tres veces más grande de lo habitual y estaba dirigiéndose hacia ella.

Otro escarabajo, o el mismo, la encontró en el rincón.

Con sus nuevos y brillantes zapatos negros, lo pisó. Y lo pisó tan fuerte que la pantorrilla le dolió y picó por la siguiente media hora.

Los hombres estaban de regreso cuando volvió a la casa. El señor Brent había estado inspeccionando el vallado del señor Purney. Jokey no fue

echado de menos antes de que se marcharan. La señora Purney se veía ojerosa y asustada, y parecía contenta de que la señora Brent se fuera antes de que Jokey regresara para cenar.

Preciosa no dijo nada cuando le preguntaron sobre la suciedad del vestido y, dadas las circunstancias, la señora Brent pensó que sería mejor no interrogarla exhaustivamente.

En el auto, la señora Brent le dijo a su marido que ella pensaba que Jokey estaba volviendo loca a la señora Purney.

Y fue su turno de volverse casi loca, a la mañana siguiente, cuando Jokey reapareció. La mayor parte de él.

Fue una gran sorpresa, en realidad, cuánto de escarabajo se había adherido al nuevo zapato negro, y en quién a su debido tiempo, se convirtió lo que encontraron bajo la cama de Preciosa.

Título original en inglés: "Talent"
(c) by Galaxy Pub. Corp. 1953
Traducción de Verónica Figueirido

Suscripción PROCON/1

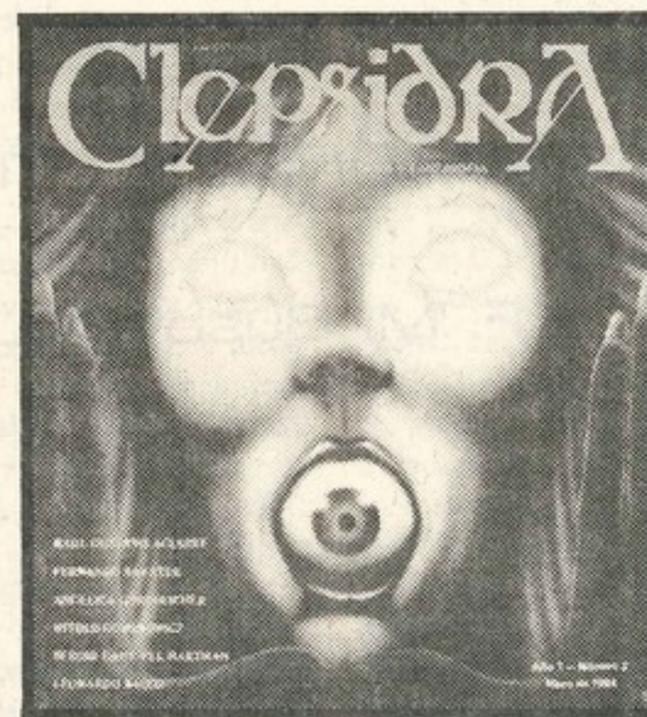
Ediciones Filofalsía presenta esta nueva suscripción que incluye a la revista CLEPSIDRA (nros. 3, 4 y 5), PARSEC ANTOLOGIA (nros. 1, 2 y 3) y la colección de libros de la RONDA DE ALMARMIRA (ver lista de Títulos Publicados), es decir que la mayoría son títulos a editarse entre el 1-9-84 y el 31-10-85. Los interesados deberán enviar giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal.

Valor de la suscripción válido para septiembre de 1984: \$a 900.-

CLEPSIDRA

κλεψιδρα

FILONTASIA - FANTASOFIA



Suscripción 1: Nro. 3 (sept. '84), Nro. 4 (ene. '85) y Nro. 5 (mayo '85).
\$a 425.-

Suscripción 2: Suscripción 1 más Nro. 2 (mayo '84, ya editado): \$a 570.-

Suscripción 3: Suscripción 2 más Nro. 1 (enero '84, ya editado): \$a 710.-
Ejemplar suelto (explicitar cuál): \$a 210.-

Bonificación: A cada suscriptor (variantes 1, 2 o 3) se le enviarán sin cargo los libros de Ediciones Filofalsía que se editen hasta mayo de 1985 y alguna que otra sorpresa. Se exceptúa de esta bonificación a la serie PARSEC.

Oferta válida para SEPTIEMBRE DE 1984.

Lamentablemente poco publicado en castellano, F. M. Busby suele hacer gala de un humor corrosivo ("Retrosceso espacial") o lisa y llanamente negro ("Cuéntamelo todo de ti"), aunque no debe descartarse el original enfoque de su relato más "serio": "Si esto es Winnetka, tú debes ser Judy".

LOS RATONES Y OTIS

F. M. Busby

Había una vez un hombre que inventaba cosas. Se llamaba Otis, pero eso no lo detenía; igual inventaba cosas. Otis se especializaba en inventar máquinas dentro de las cuales se podían colocar cosas y cosas distintas salían por la otra punta. Una vez inventó una máquina en la cual uno podía meter relojes pulsera sucios y por la otra punta salían relojes pulsera limpios. Así que entró en el negocio de limpiar relojes pulsera hasta que un día metió un montón de relojes sucios en la máquina y en vez de re-

lojes pulsera limpios lo que salió por la otra punta fue un montón de pequeños engranajes tictaqueantes y resortes y una demanda legal. Así que Otis se retiró del negocio de limpiar relojes pulsera con unos pocos daños menores y volvió a inventar cosas.

Cinco años después había inventado una máquina en la que se podían meter cosas por una punta y las mismas cosas salían por la otra punta. Para hacer que la máquina fuera más fácil de trasladar, la construyó

en dos partes, una por cada punta. Así que entonces podía poner cosas en una parte de la máquina que estaba allá afuera en el granero, porque la cocina no era muy amplia. Otis quedó bastante desanimado; la máquina funcionaba bien, pero había que caminar mucho de un lado al otro. Aun así, Otis sabía que la máquina estaba terminada, porque no quedaban piezas sobrantes en los cajoncitos que estaban bajo su banco de trabajo. Así que decidió que bien podía llamar a los periódicos para que lo entrevistaran sobre su nueva máquina.

Los periódicos siempre entrevistaban a Otis acerca de sus máquinas. Lo habían entrevistado sobre la máquina de los relojes pulsera, y antes de eso sobre la máquina en la que uno metía whisky y salía alcohol medicinal. Había presentado una máquina en la que uno metía cosas y salían más grandes o más chicas pero nunca se sabía cuál de las dos posibilidades sería. Y estaba la máquina que realmente decepcionó a Otis: sin importar lo que se metiera en ella, nunca salía nada... nada en absoluto. Así que ahora los periódicos fueron a entrevistar a Otis sobre la máquina en la que metía cosas en la cocina y salían por la otra punta exactamente iguales a como habían entrado, pero tenías que recorrer todo el camino hasta el granero para asegurarte.

Había un periodista alto y un periodista bajo y un periodista gordo.

—¿Cómo llamas a tu máquina, Otis? —preguntó el periodista alto.

—Bueno, estuve trabajando en ella durante cinco años —dijo Otis—, y la mayor parte del tiempo la llamé maldito - barril - traqueteante - come-dinero. Pero ahora que funciona creo que sería mejor pensar un nombre nuevo. Como no cambia las cosas que le meto, y como está dividida en dos partes para que sea más fácil llevarla, creo que la llamaré Invariador de Dos Piezas. Suena bien como nombre, ¿verdad?

Todos asintieron y el periodista alto escribió: "Invertidor de Dos Piezas", y el periodista bajo escribió "Barril-Traqueteante de Dos Piezas", y el periodista gordo escribió "Inventor de Dos Cabezas". Ese es uno de los beneficios de contar con una Prensa Libre.

Otis también declaró a los periodistas que esta vez no creía que fuera a dedicarse en persona al negocio con su máquina. Pensaba ir a Washington D.C. y venderla al gobierno, o tal vez ir a Nueva York y vendérsela a alguna gran compañía.

Así que Otis escribió a su representante en el Congreso y recibió como respuesta una amable carta en la que le decía a Otis a quién tenía que ver siempre que fuera a Washington y que al representante del Congreso le encantaría ver a Otis en persona y mostrarle la ciudad pero que por desgracia estaría fuera de la ciudad esa semana. La carta era mimeografiada y estaba firmada con un sello de goma. Otis quedó muy impresionado.

El congresista había cometido un pequeño error al indicar a Otis a

quién tenía que ver respecto a su máquina, pero por último Otis localizó la rama correcta de la división indicada de la Oficina apropiada del Departamento que tiene que ver como corresponde con la tarea de hacer a un lado a gente como Otis. Dado que había tenido que llevar la máquina consigo de un lugar a otro, la ventaja de la construcción en dos piezas era obvia. A Otis se le iban doblando los hombros más y más, pero de ningún modo uno más que el otro.

Había un burócrata alto y un burócrata bajo y un burócrata gordo.

—¿Qué hace su máquina? —preguntó el burócrata alto.

—Uno mete cosas por esta punta y salen por esta punta iguales a como entraron. Me alegra que ustedes tengan una buena oficina, muchachos, amplia. En casa tenía que poner esta punta afuera, en el granero; ir de aquí para allá tantas veces era bastante cansador.

—Aquí no hay problema —dijo el burócrata bajo—. Hay espacio de sobra.

—¿Con qué tipo de energía funciona? —preguntó el burócrata gordo.

—Bueno, la hago funcionar con un transformador para timbres —dijo Otis—. Esa parte del trabajo se la encargué a mi sobrino, porque la electricidad me asusta. Pero sólo tienen que enchufar esta punta, y eso hace funcionar también la otra. Tuve que prepararlo así, porque no tenía cables que llegaran hasta el granero.

Los tres burócratas quedaron muy impresionados con la máquina de

Otis. Todos se divirtieron mucho metiendo cosas en ella, y desde luego, todo salía por la otra punta tal como había entrado. Bueno, casi todo: siete ratones blancos, unos tras otro, entraron vivos y salieron muertos.

—Me lo esperaba —dijo Otis—. Una vez iba a hacer la máquina lo bastante grande como para poder meterme yo en ella, para no tener que caminar hasta el granero, pero justo entonces mi gato saltó adentro y salió muerto en el granero. Eso sólo podía indicar mala suerte para mí. Sobre todo porque era un gato negro.

Todos los burócratas, incluso el gordo que había sido dueño de los ratones, dijeron que les alegraba realmente haber conocido a Otis, pero ninguno de ellos podía ver cómo podría emplear el gobierno el Invariador de Dos Piezas de Otis. Las cosas cambiarían si les hiciera algo a las cosas, o si pudiera ser miniaturizado y fuera fácil de transportar en una pieza: ¡pero ni siquiera era el modo más barato o más eficiente de matar ratones! El burócrata alto se fue a despachar unas cartas. El burócrata bajo tenía que regresar pronto a casa porque estaba esperando un paquete contra-reembolso. El burócrata gordo envió a su secretaria a comprar sandwiches y café en la cafetería, y él y Otis disfrutaron de una buena comida juntos antes de despedirse.

Así que Otis llevó su máquina a Nueva York y la transportó de oficina en oficina hasta que le quedaron los hombros tan doblados que tuvo que poner patines bajo las dos piezas

de la máquina, pero al fin consiguió una entrevista con los ejecutivos máximos de una gran firma comercial.

Había un ejecutivo alto y un ejecutivo bajo y un ejecutivo gordo.

—Creo que ustedes vienen en equipos iguales, muchachos —dijo Otis.

Les dijo el nombre de la máquina. (“Tendremos que cambiar eso”, dijo el ejecutivo alto.) Cómo funcionaba. (“Haremos que Investigación se encargue de eso, y tendremos la Imagen Total”, dijo el ejecutivo bajo.) Les dijo que le gustaría venderla o hacerla fabricar sobre la base de plusvalías. (“Haremos que Leyes se encargue de eso, y son regalías” dijo el ejecutivo gordo, dándose golpecitos en el cuerpo, que era lo que había convencido a Otis de que había llegado al lugar correcto.)

Así que Ventas cambió el nombre del Invariador de Dos Piezas de Otis, que pasó a llamarse “Modextron MK IV”; Leyes le presentó un bonito contrato de cuarenta y siete páginas; Investigación metió cosas en Modextron MK IV y las volvió a sacar y las puso a prueba para ver si Modextron IV había cambiado alguna. Después arrojaron la Modextron MK IV a un rincón y construyeron la Modextron MK V, que estaba adornada con montones de cromo y lucecitas parpadeantes. Llamaron a Otis para que los viera probar la Modextron MK V, junto con los tres ejecutivos y el jefe de Ventas, un tipo llamado Juggernaut, que refulgía levemente con un resplandor difuso.

Así que metieron una manzana en la MK V y salió idéntica, y metie-

ron un ratón vivo y salió muerto, y metieron el ratón muerto para ver si salía vivo y no lo hizo (Otis se los podría haber dicho; lo había intentado con el gato. Pero a Otis no le preguntaron nada). De modo que el Sr. Juggernaut dijo muy bien es hora de dar en el blanco con este producto, y abrió el camino hacia la Sala de Conferencias. El equipo de ventas y los tres ejecutivos y Otis lo siguieron, sacudiéndose un poco de arriba abajo en la estela del Sr. Juggernaut.

—Primero veremos qué tiene que decir I. M. —dijo Juggernaut—. Se trata de Investigación Motivacional —le dijo a Otis (quien ya lo sabía).

Un hombre preguntó qué simbolizaba Modextron MK V para Juan Pueblo. Nadie parecía saberlo, así que Otis dijo que para él simbolizaba el modo en que uno puede dejar algo por un momento y después no encontrarlo; como si desapareciera. La mirada de Juggernaut se incendió, pero antes de que se le saltara un fusible, la puerta se abrió de golpe y la gente de Investigación entró empujándose a la sala con montones de ratones muertos.

Al parecer cada vez que uno ponía algo ya fuera en Modextron MK IV o MK V, salía por las dos máquinas. Entraba uno, salían dos; ambos idénticos.

Después de que la reunión se desorganizara un poco, el Sr. Juggernaut dijo ahora oiremos lo que tenga que decir Impacto del Producto, y un hombrecito nervioso preguntó:

—¿Crearé Modextron MK V desocupación tecnológica?

Otis explicó con paciencia otra vez que su máquina no creaba nada: que uno sacaba de ella exactamente lo que metía en ella salvo que no se podían sacar ratones vivos. Para pertenecer a una gran industria, a aquella gente le costaba realmente mucho captar un hecho sencillo.

Así que dejaron bien encerrados con llave los modelos Modextron MK IV y V, y construyeron la Modextron MK VI, que tenía un gran espacio para meter cosas, y montones y montones de espacio por las puntas donde salían las cosas; Otis no podía imaginarse para qué querían tantos ratones muertos. Y cuando empezaron a fabricar modelos tan grandes, decidió que lo que realmente querían eran elefantes muertos. Pero su contrato le estaba rindiendo muy buen dinero, así que podía comprar todas las piezas que quería, y estaba trabajando en un nuevo invento: una máquina en la que uno metía algo y lo arrojaba de vuelta inmediatamente.

--Esto ahorrará mucho en caminatas --decía--. Esta gente va a tener que caminar una barbaridad para asegurar que todo lo que meten sale igual en todos esos lugares.

Otis asistió a algunas de las reuniones del Sr. Juggernaut en la Sala de Conferencias, pero no parecían tener mucho sentido. La gente solía decir que la economía nacional quedaría paralizada y el Sr. Juggernaut resplandecía con un poco más de brillo y sonreía y asentía con la cabeza. O alguien decía que el gobierno quebraría, y el Sr. Juggernaut realmente despedía chispitas y decía:

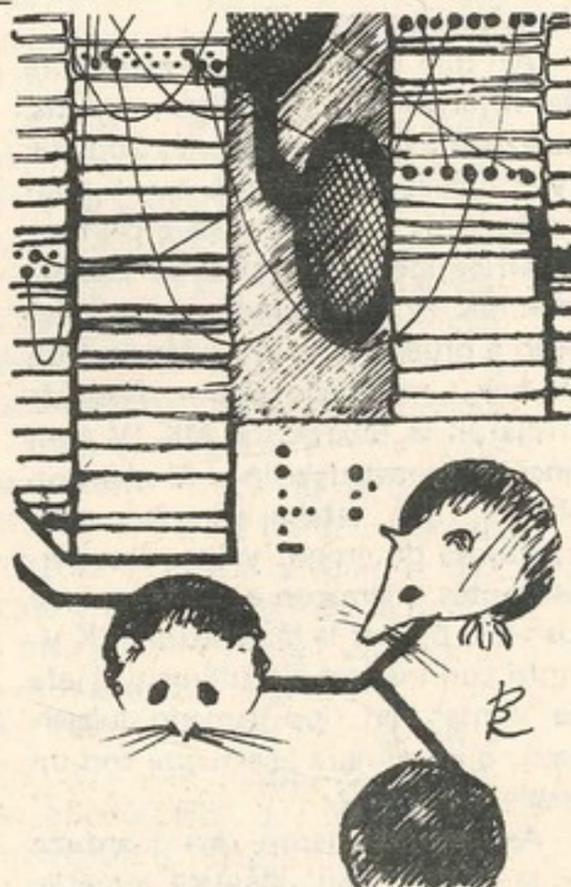
-- ¡Recuerden sólo bajo quién quebrará el gobierno y habremos entendido el punto perfectamente!

Eso no era lo que decían los hermosos folletos en colores de Ventas. Decían: "¡Viva en el estilo Modextron!" con imágenes de hermosa gente parada alrededor de la punta de salida del modelo Modextron MK VI, mirando tapados de piel y fuentes humeantes de bifés de lomo y montones de joyas, y todos tenían sonrisas que les llegaban a las orejas.

Al fin Otis logró que un hombre de I. M. se lo explicara, después de que el hombre le explicara que I. M. quería decir Investigación Motivacional.

--Sí, ya lo sé --dijo Otis.

--Alquilamos estos receptores,



¿entiende? --dijo el hombre --. Cobramos una cuota mensual y le damos a la programación la clave de la clasificación de ingresos del cliente. El aparato funciona o se apaga de acuerdo a la escala por la que se pagó, pero todos los aparatos están conectados con el Artículo Básico, como la publicidad para los Especiales de la semana próxima. Clasificamos los Especiales de manera tal que todos tengan que subir un puesto para conseguirlos. ¡Confíe en el Sr. Juggernaut para que imagine ese tipo de cosas!

El sólo pensar en el Sr. Juggernaut hizo que el propio joven de I. M. resplandeciera un poco.

-- ¡Por cien dólares al mes, un hombre puede vivir con sólo un MK VI básico y una lata de basura! --dijo--. ¡Y al menos el noventa y nueve por ciento de eso es pura ganancia para Modextron S.A.!

Otis se sentía un poco confundido. No ayudaba el hecho de que cuando uno metía cosas en su nueva máquina a veces las arrojaba de vuelta con demasiada fuerza, y a veces sólo las dejaba escapar gota a gota. Esto era especialmente decepcionante con los ratones. A Otis le hubiera gustado que la División Abastecimientos de Modextron S.A. le diera menos ratones como sujetos de experimentación. Pero la División Abastecimientos le daba a uno aquello de lo que quería librarse más que lo que uno necesitaba, así que no había forma de remediarlo; él recibía ratones, y eso no le hacía ningún bien a los ratones. El hombrecito nervioso de Impacto lo confundía aún más.

--Los agricultores se morirán de hambre --decía el tipo--. Los ferrocarriles y los camioneros irán a la quiebra; en seis meses Modextron será dueño de todo; ¡Juggernaut será dueño de todos!

Otis trató de alegrarlo mostrándole la nueva máquina, pero la máquina empezó a hipar con el primer ratón.

Hay días así.

El Día M (por Modextron) se acercaba, sin embargo. Ya se habían alquilado e instalado miles de receptores en todo el país.

--Tendrán que caminar una barbaridad --dijo Otis, pero nadie le prestaba demasiada atención desde que Investigación había sido testigo de cómo su nueva máquina arrojaba los ratones.

La puesta en escena del Sr. Juggernaut en el Día M fue muy impresionante; el ejecutivo gordo explicó la Ceremonia de Inauguración: lo que iban a hacer, dijo, era comenzar el sistema de distribución de Modextron con un Truco. El ejecutivo bajo dijo que lo primero que meterían en Modextron MK VI sería un cupón que daría derecho al propietario a un artículo absolutamente gratis, pero el arrendatario tendría que firmar por un nivel más alto para recibir realmente el artículo, desde luego. Entonces el ejecutivo alto se puso de pie para decir que la próxima parte del Truco era que habría un receptor Mark VI encendido para alimentar la cinta transportadora que alimentaría el interior de MK VI. Todos perdieron el control, y hablaron aún

más alto cuando el Sr. Juggernaut dijo que con tal mecanismo imprimirían sólo un cupón pero cada diez segundos la cinta haría llegar un cupón a por lo menos 100 millones de hogares.

—Sólo serán válidos por una semana —dijo Juggernaut—, y en cada oportunidad, todos tendrán que pasar a alquilar la categoría siguiente para poder cobrar.

Para ese entonces Juggernaut ya resplandecía como un farol de ferrocarril, pero por algún motivo todo el asunto le seguía pareciendo difuso a Otis, quien no sabía bien de qué estaba hablando Juggernaut, salvo que no parecía tener mucho que ver con ratones.

Otis no estaba del todo seguro acerca de cómo los ratones habían llegado a importar tanto en este negocio de los inventos, pero por cierto así era; todos parecían prestar mucha atención a los ratones. Por ejemplo el hombrecito nervioso de Impacto había aparecido esa misma mañana y le había pedido un ratón a Otis. A Otis le caía bien, aunque lo sacaba de las casillas con su expresión lúgubre y sus tics, de modo que le buscó un ratón fresco. Pero el hombrecito no quería uno nuevo; en realidad ni siquiera quería un ratón que la máquina (que estaba funcionando mucho mejor últimamente) hubiese devuelto entero; insistió en esperar que la máquina hipara al arrojar de vuelta un ratón, y entonces tuvo que llevarselo en una bolsa de plástico. Pero hay gente de toda clase, como siempre decía Otis. Así que se apresuró

para estar presente en la Ceremonia de Inauguración.

Realmente han hecho un hermoso trabajo con la Modextron MK VI, pensó Otis; la cinta transportadora entre sus dos partes estaba corriendo suave y bien, además. El Sr. Juggernaut refulgía como debía; sin excesos, pero tampoco demasiado débil. Parpadeaba de cuando en cuando, en los momentos en que la gente demoraba en estar de acuerdo con él en la Sala de Conferencias.

El joven de I. M. sostenía el Cupón sobre un almohadón con ribetes dorados; vibraba un poco de pura excitación: algo comprensible, juzgó Otis, si se consideraba la mirada aprobadora del Sr. Juggernaut.

El hombrecito nervioso de Impacto, sin embargo, no daba tan buena impresión. Juggernaut trataba de no mirar con mucha frecuencia hacia él, y cuando lo hacía, cuidaba de sonreír primero. Otis sabía que por lo común cuando el Sr. Juggernaut miraba a alguien de ese modo, los destinatarios de sus miradas no terminaban mejor que algunos ratones de Otis. Puede ser, pensó Otis, que Juggernaut esté tratando de reinventar mi nueva máquina a su propio modo. Otis no estaba preocupado, sin embargo; le quedaba toda una carretada de máquinas que ni siquiera había tratado de inventar aún.

Entonces empezaron los discursos. Y siguieron los discursos, pero alguien pisó el pie de Otis y lo despertó cuando el Sr. Juggernaut estaba hablando de los cupones. Otis decidió que tal vez había malinterpretado

todas las reuniones en la Sala de Conferencias después de todo, porque lo que estaba diciendo Juggernaut no se parecía en nada a lo que había dicho antes.

Al fin Juggernaut terminó con su discurso. Se volvió hacia el joven de I. M. que sostenía el Cupón, y dijo:

--En nombre de Modextron, te encargo abrir la Cornucopia Modextron.

En serio; dijo eso.

Pero cuando el joven de I. M. se adelantó para colocar el Cupón sobre la cinta transportadora, el hombrecito de Impacto saltó y le dio al joven de I. M. una patada muy fea. Y después, en vez del Cupón, lo que el hombrecito de Impacto arrojó hacia la cinta transportadora fue aquel ratón despedazado que le había dado Otis.

Al parecer el hombre de Impacto no pudo decidirse. Primero aferró al Sr. Juggernaut para que no pudiera sacar el ratón de la cinta y después hizo un movimiento contrario de modo tal que el propio Juggernaut cayó sobre la cinta.

Otis quedó realmente sorprendido ante la ferocidad con que el hom-

brecito de Impacto mantenía a todos apartados de los controles mientras el Sr. Juggernaut seguía pasando por la cinta transportadora cada diez segundos. Pasaron siete minutos y 35 segundos antes de que alguien lograra detenerla.

Había un hombre del FBI alto y un hombre del FBI bajo y un hombre del FBI gordo. El hombre del FBI alto garabateó en su libreta de notas y dijo:

—Calculo que pasó por allí cuarenta y cinco veces.

—Y aproximadamente por cien millones de receptores —dijo el hombre del FBI bajo.

—No creo que los haberes disponibles cubran 4.500.000.000 de ataúdes, ni siquiera de plástico —dijo el hombre del FBI gordo.

Cada vez que el hombre de I. M. trataba de sugerir que pusieran en marcha otra vez la Modextron MK VI el tiempo suficiente como para suministrar embalaje para el Sr. Juggernaut, alguien le propinaba un puntapié, así que pronto se quedó tranquilo.

Otis no pudo pensar en nada que decir, y además no le gustaba que le propinaran puntapiés, así que regresó



a su laboratorio y contempló cómo su nueva máquina arrojaba unos pocos ratones usados que eran todo lo que quedaba ahora que el gobierno había confiscado y cerrado Modextron S.A., incluyendo la División Abastecimientos.

Otis estaba bastante cansado de los ratones, y de Ventas, y de I. M., y de Nueva York, pero en especial de los ratones. Así que desarmó su máquina y empleó las piezas para construir una de sus viejas máquinas: aquella que había sido tan decepcionante porque nada salía de ella sin importar lo que uno le metiera. Me-

tió en esa máquina todos los ratones usados, hasta el último. Y desde luego, nada volvió a salir. Después desarmó esa máquina y volvió a colocar todas las piezas en los cajoncitos indicados y bajó por las escaleras de servicio del Edificio Modextron y regresó a casa.

Tenía una nueva idea en la que quería trabajar.

Título original en inglés:
Of Mice and Otis
(c) F. M. Busby, 1983
Traducción de Elvio E. Gandolfo.

PARSEC

CIENCIA · FICCIÓN

ANTOLOGÍA

Ya se encuentra en preparación la 2da. Antología de la serie PARSEC, pero por ahora sólo adelantaremos los nombres de los escritores que la integran:

Ray Bradbury, John Wyndham y Frederik Pohl.

Por supuesto se trata de textos inéditos en español, dos novelas cortas y un cuento largo respectivamente, presentados en un volumen de 180 pgs. en el mismo formato que Parsec Revista y con la misma calidad de impresión. Como será costumbre en las Antologías, cada relato irá seguido de un trabajo sobre el autor y su bibliografía completa editada en español.

Quienes deseen ir reservando su ejemplar desde ahora, pueden hacerlo por medio del sistema de venta anticipada del PROCON, enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal. Se calcula su edición para antes de fin de año y no se distribuirá en kioscos.

Precio válido para septiembre de 1984: \$a 260.-

Nota: Se imprimirá una cantidad reducida de ejemplares dándose prioridad a las ventas por pago anticipado.

canta rock

Cancionero de música contemporánea

Todas las
canciones
música
y letra

Publicación Quincenal



Eduardo (1951) es un escritor surgido del fandom. Activo animador de todas las actividades del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía produce con "Mopsi, te odio" su debut como profesional. Pero vale la pena remontar la corriente y leer: "Al universo no le gusta" (Nuevomundo/1), "Pasaje de ida al agaire" (Sinergia/4), "Cuestión de escala" (Cuásar/1), "Un largo camino" (Nuevomundo/3), "¿7629-426?" (Sinergia/6).

MOPSI, TE ODIO

Eduardo Julio Carletti

A Federico, por encontrar el lugar exacto para inspirarme.

Clic.

Estoy señalando algo. El dedo índice derecho apuntando rectamente hacia adelante, mientras mi brazo extendido desciende unos milímetros. Siento algo en la punta del dedo, pero no termino de definir qué. Estoy corriendo por un túnel. El túnel es largo, muy largo. Voy hacia algún lugar.

La voz indica: [PANTALLAS]

Voy hacia algún lugar. Corro por el túnel interminablemente. Las columnas se suceden sin final: tubos de

concreto de cuarenta centímetros de diámetro que sostienen esa estructura infinita, cansadamente. Corro con la vista fija en el punto distante y aparentemente inalcanzable donde las líneas de la perspectiva se funden en un ínfimo agujero de un blanco total. Allí voy, me parece.

[PANTALLAS] indica la voz.

Me olvido momentáneamente de todo lo que creo. Soy un mecanismo más, con una función: seguir corriendo, llegar a un destino. Ese autoconvencimiento me libera de un cúmulo

de interrogantes y suelta mi mente, que ahora, ante el relax, descubro que estaba altamente tensionada. Corro.

Un líquido plateado se desliza entre mis pies.

Intento detenerme y por un instante casi me parece lograrlo. Pero, a pesar de haberme parado en seco, con mis pies en posición de firme, las columnas y sus vigas siguen pasando vertiginosamente a mi lado, mientras yo navego en el extraño líquido. Una, dos, tres, cuatro. Fup, fup. En poco tiempo la situación se me hace insoportable y debo abandonar. Realmente no puedo soportarlo más: me mareo, el vértigo me destroza. Debo correr; correr.

Corro.

Estoy seguro que me han dicho: Escuché su grabación, Juan, ¿qué es lo que pasa? ¿Está bromeando? (Y repite:) ¿Está bromeando? ¿Bromeando? ¿Bromeando? ¿meando? ¿ando? ¿ando?

(e insistentemente, con voz más seria:)

¿Está bromeando?

¿Bromeando, Juan?

¿Bromeando?

Volví a escuchar la voz. Otra vez. Esta vez me dijo: No te preocupes, Juan, no te preocupes. O algo así. Y luego se puso a repetirlo. Es muy insistente la voz cuando se pone a repetir cosas. Luego agregó que (bueno, después de repetir el consabido "no te preocupes") había puesto a mopsi detrás de todo este asunto y que

pronto estaría todo arreglado. No le creo. Realmente no le creo. Siempre desconfié de los que repiten las cosas para convencerme. Así soy yo.

Por momentos me pongo a reflexionar y descubro que todo esto no es razonable: ¿qué me está pasando? Creo recordar un entrenamiento rígido y exigente. Fui entrenado para algo. ¿Para qué? —me pregunto. ¿Para correr, tal vez?

Las columnas están llenas de líneas. En la interminable observación he descubierto que son rajaduras, aunque más parecen —por lo quebradas— marcas dejadas por furiosas descargas eléctricas. Podría jurar que un par de veces (o tres, o cuatro tal vez) vi trozos de cemento faltantes, huecos tras los cuales se vislumbran unos hierros herrumbrados, que serían la estructura íntima, secreta, de las columnas. Aunque no estoy seguro. Tengo que seguir corriendo. No puedo parar.

Estuve tratando de determinar de algún modo la distancia recorrida, contando las columnas, pero mopsi se me manifestó en forma de una voz masculina cálida y agradable, que estuvo hablándome sin parar por más de una hora —calculo— de una gran cantidad de cosas intrascendentes. Creo que trataba de hacerse amigo. La cuestión es que me hizo perder la cuenta y ahora ya no tengo idea de cuán lejos estoy del inicio. Una de las cosas que dijo es que no tenía sentido que fijara tanto la atención en lo que veía a mi alrededor. Dijo que tenía que esforzarme para ignorar todo

esto. Prácticamente intentó seducirme para que le prometiera que voy a dejar de mirar a los costados, hacia las paredes de negrura. Empiezo a sospechar que este mopsi tiene intenciones retorcidas, que quiere evitar que descubra algo. El efecto de toda la charla fue, al final, que me intereso mucho más en las cortinas de nada que en mi destino ignoto, allá al frente. Pero ahora empiezo a sospechar si no sería esto lo que buscaba. Tengo la sensación que está escondiéndome algo, o que quiere algo de mí, y eso me confunde, me hace sentir indefenso. Es terrible.

A veces creo que debo estar loco, internado en alguna clínica para enfermos terminales, encerrado entre paredes acolchadas y (aún peor) dentro de mi propia caja craneana, y bajo algún tipo de tratamiento. Parece ser lo más lógico. Es lógico.

Doctor, si está escuchándome, por favor, le ruego, dígame a mi esposa que estoy bien; ella sabrá cómo decirselo a los chicos. Y una cosa más: dígame a mopsi que me tiene podrido (bien, no se ofenda; digamos simplemente "me molesta bastante") y que los trucos que usa me resultan exasperantes. Y otra cosa: La nave está bien. Todo sigue correctamente, la prueba es un éxito... Perdón. Perdón. No sé de dónde saqué esto último. Bórrelo. Bien, Doctor. Espero que sepa curarme; realmente necesito su ayuda.

Gracias por todo.

Hace mucho que estoy acá. A veces me parece que pasaron eones. Eso me permitió familiarizarme con este lugar. No sé si hará tanto realmente, pero tengo la sensación que ya soy viejo, muy muy viejo, aunque todavía corro bastante bien. Y nunca tropiezo.

Las columnas cilíndricas están separada unos dos metros, más o menos. Sobre ellas se sostienen los extremos de unas masivas vigas de sección rectangular, sobre las que, finalmente, se apoya la larga cinta del techo de concreto; grisáceo, verdoso, interminable. Los laterales no están cerrados. Estoy seguro que, si no estuviera atrapado por este movimiento perpetuo hacia adelante, podría romper en mil pedazos esos negros velos negros de nada de los costados y descubriría la verdad de todo. Pero no me es permitido. Mi dirección está prefijada. Y debo correr. Seguir adelante.

Otro detalle: el líquido no está quieto. Lo veo correr bajo mis pies a una velocidad relativa ligeramente diferente a la que genera mi propio movimiento. Creo que ese líquido plateado, espeso, a veces espumoso, a veces ondeante, entra por la izquierda del túnel (mi izquierda), corre a lo largo en un ínfimo ángulo, y luego termina saliendo por el lado derecho. Si estuviera detenido lo vería deslizarse lentamente bajo mis pies. Olas lentas, silenciosas, desaparejas. Al menos él debe saber qué hay fuera de este universo longitudinal que recorro. Yo no. Estoy condenado.

Voy a hablar de mopsi.

No sé qué es mopsi, pero hay una cosa que se nota, de la cual estoy totalmente seguro: no es humano. Me baso para decirlo en un par de observaciones realizadas durante sus intervenciones. Por ejemplo: mopsi no tiene una voz definida. Eso indicaría que habla a través de algún tipo de sintetizador y por eso puede dirigirse a mí con diferentes tonos de voz, estilos, pronunciaciones y modos de hablar, aunque siempre es posible identificar (no sé cómo) que es él/ella. Otro detalle significativo es que mopsi no tiene corporeidad, aunque es capaz de tomar la forma que desee, generalmente buscando caer bien, para engañarme. Esto último no es definitivo, por supuesto. Podría estar usando instrumental tecnológico avanzado para crear las ilusiones. En otra cosa en la cual mopsi no parece humano es por su atroz insistencia: es capaz de hablarme durante horas y horas, monótonamente (seguramente trata de hipnotizarme), con una tozudez y continuidad que ningún humano sería capaz de sostener. De cualquier modo mi entrenamiento incluyó mecanismos de defensa mental, los cuales aplico febrilmente para no dejarme doblegar: nadie puede hipnotizarme sin consentimiento. Mopsi lo sabe, pero no deja de intentarlo. Es realmente absurdo.

Escucho voces.

"Apagar pantallas", me dicen muchas veces. O "Atendé esto, Juan. Por favor. Por favor". Otras veces mopsi se pone a decir idioteces y ahí

sí que no lo aguanto. Es insoportable.

Un día se me apareció disfrazado de radio. ¡Muy bien, muy bien —dijo el locutor— estimado Juan, aquí le habla su amigo invisible! Esta es una mañana maravillosa (ping, pang, clang, ruido de ollas y campanas). ¡A levantarse mi amigo, arriba, arriba, que hoy será un día hermoso y feliz! (Y luego de ¡Compre x cosa o z otra cosa!:) ¿Qué le parece, querido oyente, si hacemos un poco de gimnasia, eh? (Y espera unos segundos, como si yo estuviera asintiendo.) ¡Muy bien, muy bien Juan, así me gusta! Empecemos: adelante su brazo derecho con el índice extendido... Muy bien Juan... ahora levántelo un poco. ¡No, no tanto, un poquito menos! Bien. Y ahora unos dos centímetros a la derecha... ¡Sí, muy bien, muy bien! Ahora ibájelo, bájelo, BAJELO!

Aquí me canso de fingir y le digo: ¡Mopsi, dejate de joder. Ya sé que sos vos! Mopsi se pone a chillar. Cambio de estación y me pongo a escuchar una buena selección de rock. La radio sigue un rato quietita, después se va rodando en su mesita ridícula, aceptando la derrota. ¡Já, a mí me quiere ganar!

Ya habré corrido unos diez mil kilómetros. Nunca creí que pudiese aguantar tanto.

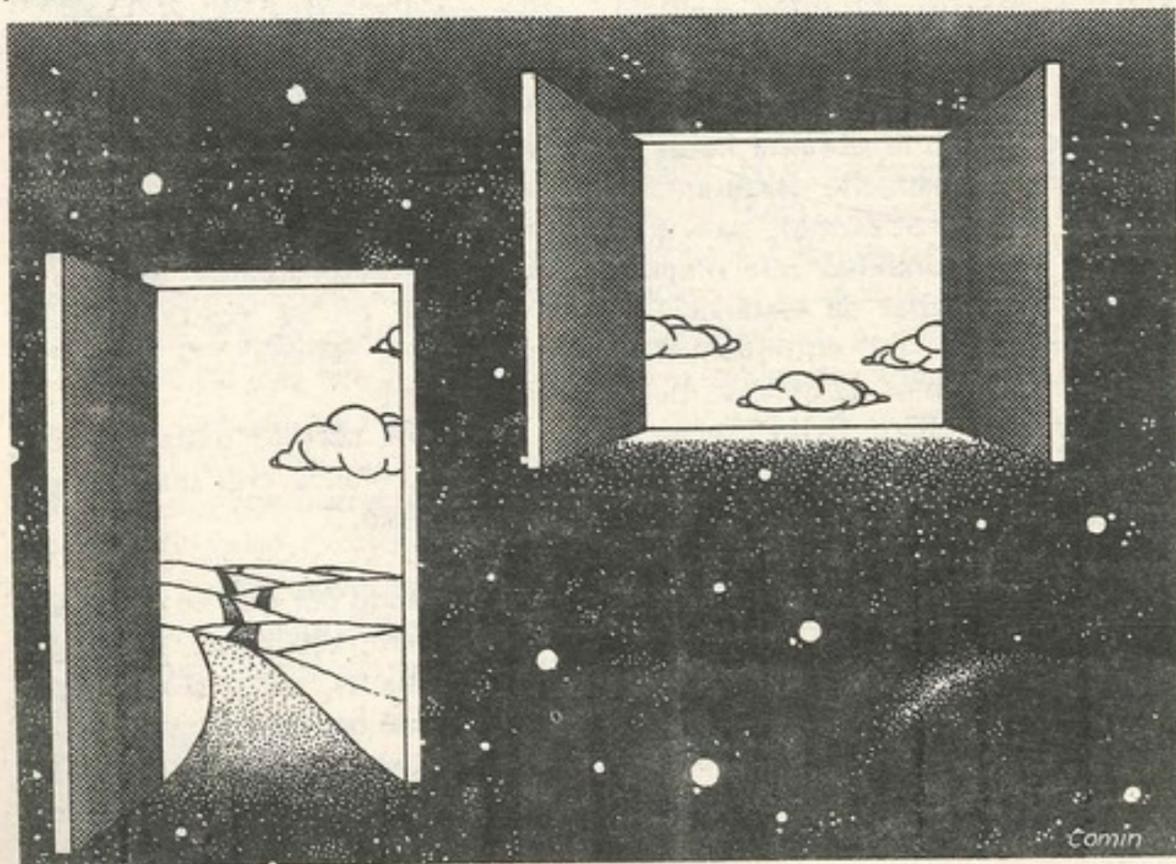
No entiendo por qué no me puedo desviar. Corro rectamente, muy muy muy rectamente, como si me hubiesen disparado balísticamente y debiera seguir una trayectoria prefijada. Creo también que este líquido plateado es parte de la trampa. Si inclino

mi cuerpo o cambio el ángulo de mis pies (intentando girar, se entiende) me encuentro de pronto resbalando de tal modo que mantengo perfectamente la trayectoria. El resto del tiempo el líquido no es resbaloso. Qué interesante. Una buena trampa.

Algo que me irrita es que a veces me parece vislumbrar algo, una serie de luces, creo, detrás de esos velos de negrura que delimitan mi universo lateralmente. En ocasiones las veo adelante y sobre la derecha, otras sobre la izquierda, siempre difusas, como veladas por un banco de niebla. Parecen las luces de un circo o una kermesse como las que se hacían en mi escuela hace años. Secuenciadores. Hileras de luces de colores, todas parpadeando. Y cuando más claras apa-

recen es después de mis largas charlas con mopsi. No sé si habrá una relación. Pero mopsi se enfurece (nunca lo demuestra —tiene mucha paciencia— pero yo me doy cuenta) cuando lo mando a la mierda y trato de ignorar las luces. Y entonces se pone pesado y ahí es cuando me irrita. Sí, creo que tienen algo que ver. Está claro.

Estuve pensando y creo que lo sé, lo sé todo: Soy capitán. El capitán Juan Dalmau, astronauta. Estoy corriendo por el inmenso pasillo central de una nave alienígena. El guacho siriano se ganó mi confianza arteramente, se hizo el buenito y me atrapó. ¡La puta que lo parió, ahora me acuerdo, sí! Ya me lo imagino al desgraciado, colgado de sus tentáculos



babosos y mirándome por una rendija de esta trampa colosal con sus ojos que parecen globos, mientras analiza mis reacciones de humano y calcula sus posibilidades de invasión. ¡Mierda, tengo que parar! ¡Tengo que terminar de correr y reventarle esa jeta gelatinosa! ¡Tengo que recuperar mi nave! ¡Mi nave, dios! ¡Dios!

...
...

Perdón. Me puse a recapacitar una vez más y creo que estoy equivocado. Cada vez que intento recordar más profundamente me doy cuenta en forma más y más clara que siempre he estado corriendo aquí. Eso es algo inmutable, lo único sólido, incommovible. Y sí, soy el capitán Juan Dalmau, de eso estoy seguro, pero (me da risa pensarlo) saqué esa idea del monstruo de algún recoveco de mis recuerdos, posiblemente de un cuento que leí por allí, alguna vez. Incluso me parece recordar algo similar. Sí, la jaula de ardilla, Disch. Sí, sí. Me siento aliviado. Por un instante me sentí mal, muy mal, con toda la ciencia de la Tierra al alcance de los tentáculos de ese ser inmundo y yo corriendo aquí tontamente, como una rata, para llegar a ese punto brillante allá adelante, no sé por qué, sin haber hecho estallar mi nave para evitar la destrucción o la esclavitud de mi especie.

Soy el capitán Juan Dalmau, astronauta, condenado a correr eternamente por un largo y misterioso túnel. Soy. Creo. El capitán.

¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Qué? Necesito una ayuda. Eso creo.

Ya sé: estaba pilotando mi nave y choqué con un meteorito. Una posibilidad entre billones (eso dicen), pero ocurrió (las posibilidades existen porque pueden ocurrir; así me explicó un profesor de la secundaria cuando yo estaba confuso con la definición que el diccionario me daba de "posibilidad"). Estoy destrozado, viviendo los últimos instantes de mi (pseudo) consciencia. Mis neuronas montaron este espectáculo. ¡Qué interesante! Quién lo hubiera dicho.

Mamá vino a visitarme una o dos veces, creo. Estaba sentada tranquilamente en su sillón del comedor, toda sonrisas. Las dos veces salté sobre sus rodillas y me apreté sobre sus pechos grandes, mullidos, cálidos, acogedores. No llores, no llores —me dijo una de las veces—, aquí estoy; no te fallé, ¿viste? Después me empezó a preguntar sobre todo lo que había pasado en estos últimos tiempos (hacía un tiempo que no la veía, eso es cierto) y yo le conté lo de las columnas y ese destino puntual y brillante que debía alcanzar, y le mostré trémulamente el líquido por el cual nos deslizábamos (mamá, el sillón y yo) tan interminablemente, tan insistentemente. Y mamá me dijo esa vez (o las dos, no recuerdo bien) que todo estaría bien, confiá en mopsi, confiá en mopsi, confiá en... (Otra vez las repeticiones.) Hasta llegué a desear que se fuera.

En un caso me dijo: ¿Ves delante tuyo, sobre la derecha, ese botón rojo; el tercero desde la izquierda? La blusa de mamá era azul (siempre usa

cosas azules, que recuerde. Tiene complejo de gordita) y los botones no eran rojos. No, no lo veo. Así se lo dije. Entonces empezó a hablar mopsi con su voz ronca, a darme órdenes furibundas desde atrás de mamá: El botón, el botón, ahí, ahí está. Apretalo. Apretalo.

Lo mandé a la mierda como diez veces seguidas y después seguí corriendo. Qué carajo se cree.

No sé qué o quién lo hizo, ni cómo fui sacado de mi nave. Tengo varias teorías, unas cuantas, pero las más lógicas (o las que más me convencen, debería decir) serían: 1) Estoy loco y todo esto es una visión interior. 2) Estoy en una trampa alienígena, extraña como puede ser toda concepción alienígena. Me están estudiando. Me observan. 3) Me he deslizado a otro universo, otra dimensión, otro cosmos, otra creación, un mundo imaginado, etcétera. 4) Soy víctima de un experimento. 5) Estoy muerto; esto es el purgatorio (no me lo creo mucho, pero...)

Doctor: espero que esta información le sirva para curarme. Ya ve que colaboro. ¿Eso es bueno, no? Estimado alienígena: sólo le pido una cosa: máteme. No deseo ser un traidor. No, por favor. Imagínese en la misma situación. Creo que dos capitanes de nave, por más diferencias mentales y culturales que los separen, han de tener, al fin y al cabo, códigos de conducta similares y me comprenderá. ¿Sí? ¿Eh? Señor Dios: estoy un poco perdido, ¿qué debo hacer? ¿Lo estoy haciendo bien? ¿Era el purgatorio al-

go eterno o esto terminará alguna vez? No lo recuerdo bien. Le ruego que me perdone, descuidé mucho mis estudios de catecismos; es que nunca creí demasiado en todo esto, pero vistas las circunstancias... Profesor, Ingeniero, Doctor o Señor: su experimento debe ser importante, no lo dudo; puedo adivinarlo por el gran despliegue; pero... ¿tendría a bien informarme su duración? Plazos, quiero decir. Creo que he olvidado las instrucciones principales. Lo digo por si mopsi aún no se ha dado cuenta, aunque supongo que todo está bajo control. Pero permítame opinar: esto es cruel. Sí, muy cruel. Tal vez es necesario para el buen fin del experimento que yo no sepa nada de lo que me están haciendo. ¿Es así?

Sí, debe ser así. Se nota.

Quien menos se acuerda de mí es la voz. Y generalmente lo hace (cuando lo hace) con intervenciones brevísimas, una o dos palabras, a veces una frase, cuando la información lo requiere. Parece que mopsi tiene prioridad.

Me gusta la voz porque dice cosas concretas. Y no repite. Voy a tratar de recordar. Dijo (en varias ocasiones, a veces separadas por milenios): "Pantallas activas" "Estado sanitario satisfactorio" "Sin desviación" "Chequeo general SN" "Mopsi activo" "Alimentación sin novedad" y "Presión sanguínea correcta". Y algunas cosas técnicas más, que no conciernen (e interesan) más que a un capitán de nave como yo, y que por ende no nombraré.

Por supuesto que me alimento. Cada vez que tengo hambre recurro al maniquí. Creo que lo he visto varias veces ya. La primera vez fue bastante sorprendente, incluso creo que llegó a asustarme. El viejo maniquí con ruedas se me apareció al lado, rodando apaciblemente sobre sus rueditas de madera, servicialmente (así parecía ser), justo cuando empezaba a sentir hambre. Apreté dos o tres o cuatro partes de su pecho abombado de tela, cuidándome de los alfileres azarosamente clavados, con lo cual se puso a ronronear para luego ofrecerme exactamente lo que quería a través de una ranura abdominal que jamás habría imaginado que tuviese. Gracias a él no he muerto de hambre. A pesar de lo que digan la voz, mamá y él mismo, y por más que insistan, mopsi no es mi verdadero (y más grande) amigo. Mi salvador es él, un maniquí de trapo. ¡Un maniquí! (Gracias a dios cocina muy bien.)

Comunicados varios:
Quiero expresar algunas apreciaciones para usted, señor alienígena: le resultará difícil, si no imposible, conquistar la Tierra. Es un planeta cruel. Por lo que recuerdo su morfología necesita mucho metano y amoníaco. Bien, le diré: el metano de nuestra atmósfera es ínfimo, y en su mayor parte proviene de los pedos de las vacas (así dicen). Si ustedes modifican el ambiente (o nos eliminan a nosotros) ya no habrá vacas. Ya lo ve: la ecología siempre es complicada. Y otra cosa: el amoníaco lo

fabricamos (sí, oyó bien, lo fabricamos, no se ría), no corre por los arroyos. Así que deberán traer toneladas y toneladas desde su planeta. No creo que sea conveniente económicamente. Y para terminar, si me lo permite: somos guerreros. Nos peleamos desde chiquitos. Nos arrancamos los ojos unos a otros aun dentro del vientre de nuestras madres (creo que ya sabrá cómo nos reproducimos), cuando el destino quiere que debamos compartir el lugar. Y escuchó bien: nos arrancamos los ojos. Sí, me lo imaginé: esto le produce escalofríos (bueno, eso que se les produce a ustedes en lugar de los escalofríos humanos); ustedes tienen unos ojos muy grandes ¿eh? Y además, si ustedes destruyen la Tierra, ya vendrán desde las colonias y... Lo siento. Estoy divagando (nunca debí decir que existían colonias. No es táctico). Esto es todo por ahora. Gracias.

Bien. No sé cómo debo dirigirme. ¿Su excelencia? ¿Divinidad? Mirá, yo la escuché varias veces a mamá hablando con vos y me parece que no habían demasiados protocolos para todo esto. Bien. Te lo digo así: Te ruego, te suplico, te lo pido, no me dejes aquí, por favor, por favor. No sé cómo rezar. Nunca aprendí. Creo que me acuerdo del padrenuestro. Pero eso es algo de la iglesia; lo escribieron ellos, creo. ¿Realmente te importa que no sepa recitar de memoria unas frases antiquísimas? Me imagino que no. Estás por encima de todo, muy por encima de todo eso. Así que por favor, por piedad, no creo haber

sido malo: te ruego perdón. ¿Me viste alguna vez en casa, jugando con los chicos? Ellos me quieren mucho. Creo que son buenos jueces: no me querrían si fuera malo. Por favor, tomá en cuenta su opinión en mi juicio. Bien, creo que me estoy propasando, perdón; vos sabrás mejor que yo cómo actuar. Pero es que esto ya se hace demasiado largo. Es terrible. Terrible.

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Lo siento. No me acuerdo más.

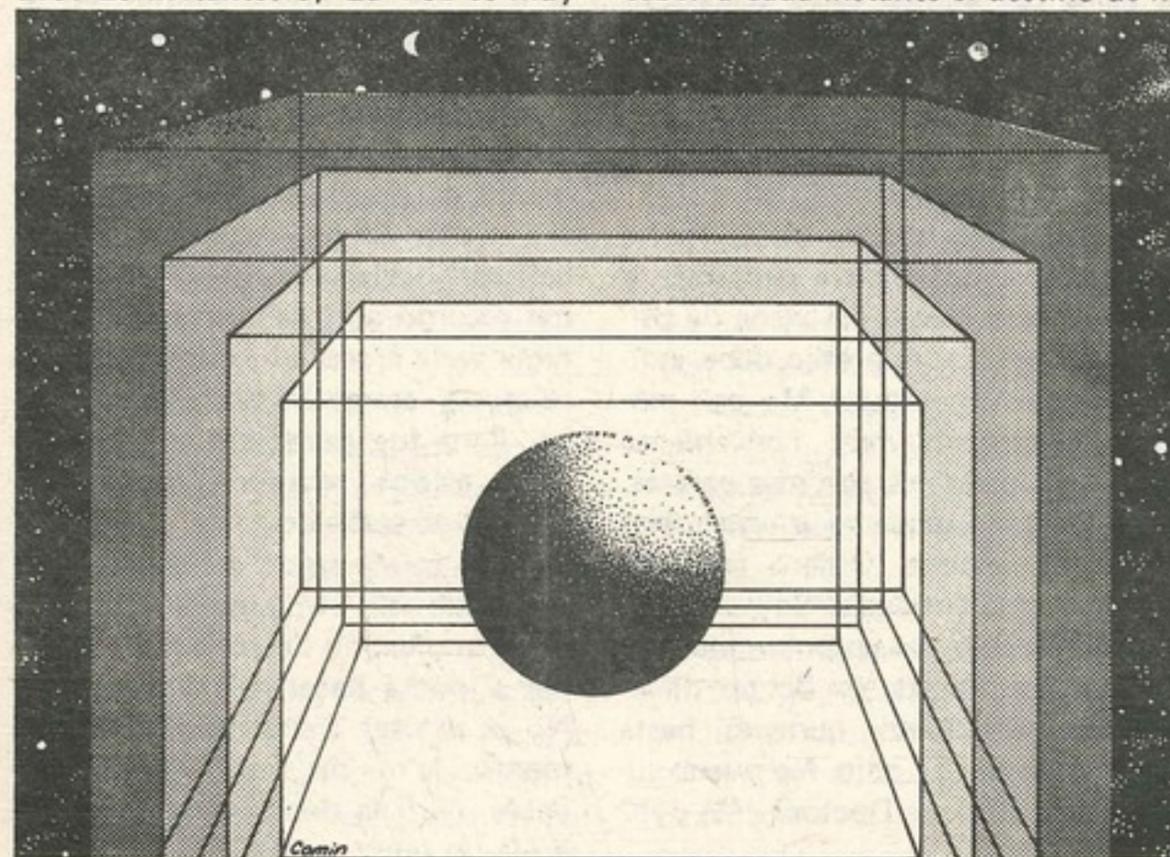
Suponiendo que esto sea un experimento, me gustaría participar con unas cuantas observaciones. Debo basarme en hipótesis (como sujeto debería estar más informado, me parece. Pero, las ratas no saben nada del laberinto donde las meten, ¿cierto?) Supongamos que: A) Están estudiando las reacciones mentales de un ser humano dotado de un cuerpo mejorado (yo), lo cual le permite correr indefinidamente sin cansarse ni agotarse siquiera. B) Están probando un sistema que permite introducir ensoñaciones en el cerebro de una persona y están viendo cuán sólidas y manejables pueden llegar a ser una vez introducidas. C) Este es un nuevo tratamiento psiquiátrico de choque. D) Estamos probando un novísimo sistema de transporte interplanetario, mejor y más veloz que la impulsión hiper, tal vez uno que no necesita una nave para realizar el tránsito (teletransporte, por ejemplo) y estos son, en el orden mental, los resultados del experimento. E) Están probando un

nuevo método de tortura. Y F) Este es un experimento fallido cuyo resultado ha sido el hundimiento de mi mente en un estado de ensoñación constante.

Algunas de mis conclusiones, basadas en la observación directa del sujeto del experimento (yo mismo), son: a) Conservo un tono mental adecuado que no sólo permite, si no que incrementa la actividad deductiva de mi mente. b) No siento absolutamente ningún cansancio. c) No he tenido necesidades físicas, salvo alimentarme, lo cual me confunde: ¿no debe salir al fin casi todo lo que entra? (Podría ser que estén probando, justamente, un alimento cuya composición haga que sea totalmente asimilable por mi cuerpo, lo que me permitiría este desgaste físico excepcional). d) Esto no es agradable: constantemente estoy deseando salir. e) Todas las percepciones son claras y sólidas, aunque hay defectos de consistencia en algunos elementos (¿Suena contradictorio, no?). f) Desconozco los efectos psicológicos de todo esto: ¿Reacciono bien? ¿Respondo correctamente? g) Siento una sensación constante de gran velocidad y de inmensas distancias dejadas atrás. Por supuesto que el ambiente en que me encuentro no podía sugerir otra cosa. Sin embargo me parecería recibir la impresión de movimiento de las paredes laterales (aunque no se ve nada, ya lo dije). h) Si bien me siento preocupado, este estado no me hace sufrir mucho. En general soy muy bien tratado. i) Tengo constantemente la sensación (no sé en qué me baso) de

que este viaje no será infinito. j) No me siento demente. k) Soy el capitán de astronave Juan Dalmau, raptado durante un acto de servicio. Mi nave se encuentra perdida, pero me declaro inocente: yo no estuve consciente durante el abandono. l) Me siento observado todo el tiempo; constante, insistentemente. m) El material que compone este túnel increíble es viejo, muy viejo; o en su defecto ha sido muy maltratado, pues se lo ve bastante deteriorado (Manchas de todas las tonalidades del marrón, roturas, rajaduras, chorreaduras de algo que se va filtrando lentamente y produce floración de sales, etc.). n) El maniquí es fantasmal. No sé de dónde aparece ni por dónde se va. Creo que lo hace cuando me distraigo o cuando parpadeo. Es irritante. o) La Voz es muy

agradable y sensata; en muchos casos me recuerda a mi madre. p) Mopsi es: cabezón, insistente y rompebolas; me jode todo el tiempo, como una mosca verde idiotizada. q) Hay secuenciadores de ambos lados. Tienen algo que ver con mopsi. r) No sé dónde está mi nave. Eso me hace mucho daño (Soy capitán). s) Creo que afuera hay algo. Aunque no pueda decir que lo haya "visto", estoy seguro: hay algo. Algo vivo, tal vez. Algo que me observa, me estudia. Es una sensación clara y dolorosa. t) Tengo una impresión constante: mi nave está bien; está viajando correctamente o se encuentra guardada en un hangar, aunque no puedo decir cuál de las dos opciones es la valedera. Esto me molesta mucho: soy el capitán y debería saber a cada instante el destino de mi



nave. Es una cosa que me molesta enormemente y puede modificar mis reacciones en el (su) experimento. Le ruego que lo tenga en cuenta. u) Mopsi tiene una fijación con un punto físico situado a unos cincuenta centímetros frente a mi hombro derecho (sabiendo en un ángulo de unos 15°, para ser más exacto). Pero ahí no hay nada. v) Odio a mopsi, lo aborrezco. w) No sé si lo dije antes: el líquido que corre por el suelo no existe, es pura ilusión, ya que no me moja ni frena mi carrera. Lo más probable es que sea una nueva forma de energía (o su manifestación). x) A mi madre le favorece mucho el experimento, se ve rejuvenecida. ¿Es una imagen inyectada? Me hace bien verla. Se agradece. y) El punto blando de adelante se llama Q-Psilonte; estoy seguro. z) Bien, se me terminó el abecedario. Gracias.

Mopsi, viejo hijo de puta, ¡te he desenmascarado! Estuve pensando y ahora lo veo claro: psi viene de psiquiatra, ¿eh?, y el prefijo debe indicar que sos un módulo. Mo-psi: módulo psiquiatra. muy conveniente ¿eh? Las máquinas son más baratas. Bien Doctor: sáqueme a este robot idiota de encima. Quiero atención humana ¿me entiende? Soy un capitán del espacio, no un pobre indigente. Que me atienda un doctor directamente, un doctor humano; basta de máquinas. Las odio. No puedo soportarlas. ¿Me oye Doctor? ¿Me oye? Hola. Hola.

Es increíble, quién lo hubiera imaginado: ¡el maniquí habla! Fue en el desayuno.

—¿Se siente mal, señor? ¿No le gustó la comida? —me dijo sorprendentemente cuando devolví el plato a su ranura con la comida casi sin tocar. El tono de su voz (algo gangoso) demostraba una gran preocupación, lo que realmente me conmovió.

—No, no es nada de eso —contesté cortésmente—. Es que no tenía ganas. No sé por qué te llamé, perdoname. —Esperé que se fuera, aunque mi inconsciente debía estar deseando todo lo contrario. Se quedó.

—Juan, hay algo que tengo que decirle... No sé cómo empezar. Es un poco difícil. —Se quedó pensativo (o eso parecía), mientras rodaba silenciosamente sobre sus rueditas de madera. Parecía bastante preocupado—. ¿Me promete que me va a escuchar?

Me quedé callado, sospechando algo fulero. El maniquí rodó mudamente un par de minutos, hasta que se decidió: —Juan, ¡esto no puede seguir así! —dijo gravemente. De golpe me recordó a mi señora: casi me parecía verle crecer una cabeza llena de rulos y crema humectante nocturna. Pero fue pura ilusión. Era sólo trapo, estopa y alambre. Un maniquí.

—No te entiendo...

—No puede seguir así, corriendo y corriendo, sin otra ambición que llegar a un destino desconocido, sin saber si podrá hacerlo. ¿Me entiende? No es natural. Debe resistirse —argumentó. A mí me resultó poco razonable, pero le debía favores y hasta creía un poco en él. Seguí escuchan-

do—. ¿No cree que debería intentar algo? —prosiguió—. ¡No sea tan pasivo! ¡Rebéllese, luche!

—Lo siento —(un poco irritado)—. Ya hice de todo. Me rompí la cabeza e intenté mil cosas. Pero estoy atrapado. No puedo salir... —Sonó poco convincente; como si en realidad lo que hubiera querido decir fuera que esa carrera infernal es un castigo o un encierro autoimpuesto, o por lo menos consentido inconscientemente. Me hizo pensar—. Bueno, creo haber intentado todo. ¿Tenés alguna idea? Dejó pasar unos segundos.

—Le propongo que medite lógicamente todo esto —dijo finalmente—. Que se resista, que no se crea todo lo que ve. No sé si me entiende. Quiero decir que haga algo nuevo. Cierre los ojos y piense —repitió—, todavía no lo ha intentado. —Hablaba tristemente.

Recapacité un momento. Lo que decía era razonable pero no me gustó. Soy bastante paranoide y capté alguna tonalidad conocida en sus palabras. Empecé a irritarme.

—¿Quién sos? ¿Quién me está hablando?

No me respondió: se dio vuelta y se alejó rodando. Me quedé pensando y pensando. Tenía miedo de que no volviera. Cerré los ojos (me había convencido) y me puse a analizar. Resultó ser útil.

Recapacitando, recapacitando. Paso gran parte de mi tiempo recapacitando. Pienso cosas y las modifico una y mil, veces; hasta que las convierto en creencias sólidas que, al me-

nos por un tiempo, reinan en mi mente. Luego recapacito y me doy cuenta de los grandes errores que he cometido. Pienso y pienso y nunca me canso. Soy inagotable. Es como si mi mente estuviera totalmente liberada. La carrera, esta carrera continua y alocada al fin parece resultar algo bueno: le está haciendo bien a mi mente. Está liberada. Liberada. Sí. Tengo una idea. Creo que me estoy dando cuenta de todo. Eso es lo que tanto estuve recapacitando. Liberación; mi mente necesitaba liberación. Esa es la idea.

Extiendo mi brazo y busco con la punta de mis dedos. Nada. Nada. Si la llave hubiese estado siempre habría participado de mi entrenamiento y yo no olvidaría su posición, por más ciego a trastornado que me pusiera. Pero la agregaron ahora. Un experimento. Un experimento frustrado, evidentemente. Y peligroso.

¿Y bien mopsi? ¿Vas a indicarme? ¿Mopsi? ¿Mopsi?

Un poco más a la derecha —me dice la voz. Por lo visto se dio cuenta de que mopsi ya no va a ser necesario. Empiezo a desplazar la punta de mi dedo, lentamente. Recorro unos milímetros. ¡Ahí! Me detengo instantáneamente. ¡Ahora abajo, abajo! Bajo el dedo y siento el contacto. Sí. Clic.

Estoy sentado, cayendo en un abismo. Me aferro a los laterales de mi sillón de pilotaje. El universo se ha vuelto absurda, loca, insoportablemente estático. Allí están las luces: indicadores. No puedo sopor-

tarlo: estuve demasiado tiempo en movimiento. Añoro las columnas, el líquido plateado, mi destino brillante, el movimiento rítmico de mis pies, la carrera. Controlo los indicadores, mientras la voz de la computadora dice: [PANTALLAS DESCONNECTADAS]. Del área de monitoreo activo de pilotaje sólo está encendido un rótulo: HIPER. En la consola de indicadores pasivos hay varias luces conectadas: MANVIT, FUP, SIS, COMP y otros más. La nave está viva y en marcha. Las pantallas laterales están negras, muertas, vacías del terror. Todo está bien. Está bien. Estoy de vuelta.

***** INFORME *****

Veintiuno barra cuatro barra cero tres. Informe de vuelo Hiper T-ARC número ciento veintidós. Suscribe Juan Dalmau, capitán de la hipernave Garuhapé en vuelo hacia el destino previsto. Declaro estar en pleno uso de mis facultades mentales al momento de realizar este informe. Se adjuntan a éste: 1) Una cinta con registros vocales y 2) cuatro memblocks y listados de computadora con las conclusiones generales de la prueba. La cinta contiene registros vocales compilados por el módulo psiquiatra durante las sesiones que debieron realizarse. En muchos casos son puramente subvocalizaciones, pero también hay material grabado por mí bajo solicitud, a pesar de no saber exactamente lo que estaba haciendo. Debo informar que he escuchado

y estudiado su contenido reiteradas veces. El esclarecimiento de lo ocurrido fue logrado gracias a la colaboración del módulo psiquiatra y la lectura atenta de las conclusiones intermedias a que iba llegando en los sucesivos intentos de llamarme a la realidad. En resumen: puede afirmarse que el resultado de la prueba fue negativo. La razón por la cual las cámaras externas del computador parecen no tomar nada durante la impulsión Hiper no ha sido dilucidada. Las pantallas directas de observación deberán ser retiradas o mantenerse continuamente oscuras. Del mismo modo que la computadora no puede procesarlo, la mente humana no puede aceptar lo que se ve en el exterior durante dicha impulsión. Toda percepción es reemplazada por imágenes extraídas del subconsciente; al parecer al dispararse un sistema de defensa de nuestra mente contra aquello que le resulta inaceptable y/o inmanejable. Considérense estas apreciaciones como puramente informativas y emitidas como defensa ante eventuales sospechas de insania mental de mi persona.

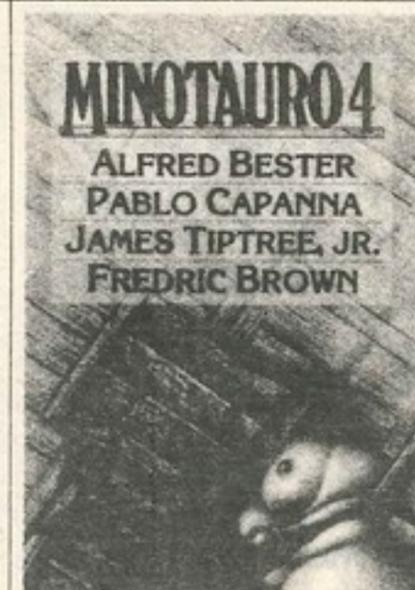
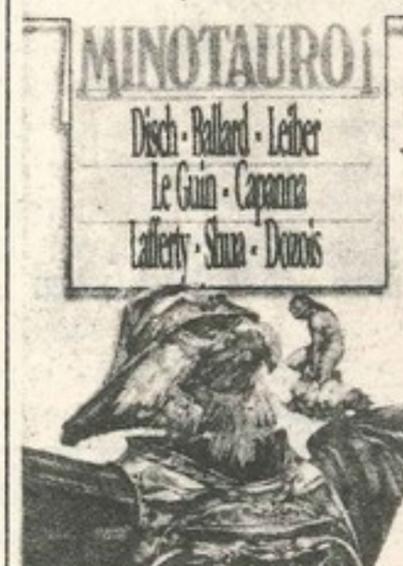
Firmado: Juan DALMAU, Capitán de Hipernave. Matrícula MBG 111303.

(c) 1984 Eduardo J. Carletti

La imaginación

La ficción especulativa. Las conjeturas de la ciencia y de la fantasía. El pensamiento alternativo. Los maestros de la imaginación. Cuentos, artículos, libros, cine, noticias.

Publicación bimestral.



 Ediciones Minotauro

De Cordwainer Smith (Paul Linebarger, 1913-1966) se ha dicho tanto y con tanta autoridad (me remito a *El señor de la tarde*, de Pablo Capanna, un libro sobre el que hablaremos en el próximo número de Parsec) que lo único que cabe agregar es el dato curioso: "Los buenos amigos" NO pertenece al ciclo de la Instrumentalidad (y no debe haber muchos otros relatos que compartan esa característica).

LOS BUENOS AMIGOS

Cordwainer Smith

La fiebre le había dado un aspecto infantil. De pie, detrás del médico, la enfermera lo miraba con atención, esbozando una sonrisa en la que se mezclaban la ternura y la apreciación de su atractivo masculino.

—¿Cuándo me podré ir, doctor?

—En unas pocas semanas, tal vez. Primero se tiene que poner bien.

—No me refiero a casa, doctor. ¿Cuándo podré volver al espacio? Soy capitán, doctor. Un buen capitán. Ya lo sabe, ¿verdad?

El médico asintió, serio.

—Quiero volver, doctor. Quiero volver ahora mismo. Quiero estar bien, doctor. Quiero estar bien ya. Quiero volver a mi nave y salir otra vez. Ni siquiera sé por qué estoy aquí. ¿Qué me están haciendo, doctor?

—Estamos tratando de curarlo —dijo el médico con voz amistosa, seria, autoritaria.

—No estoy enfermo, doctor. Se han equivocado de hombre. Trajimos la nave, ¿no es así? Todo anduvo bien, ¿verdad? Luego empezamos a salir y todo se oscureció. Ahora

estoy aquí en un hospital. Hay aquí algo sospechoso, doctor. ¿Me lastimé en el puerto?

—No —dijo el médico—, no se lastimó en el puerto.

—Entonces, ¿por qué me desmayé? ¿Por qué estoy en cama, enfermo? Algo tiene que haberme sucedido, doctor. Es evidente. De lo contrario no estaría aquí. Alguna cosa estúpida y terrible tiene que haber sucedido, doctor. Después de un viaje tan bueno. ¿Dónde ocurrió? —Los ojos del paciente se iluminaron de pronto—. ¿Alguien me hizo algo, doctor? No estoy herido, ¿verdad? No estoy destrozado, ¿verdad? Podré volver al espacio, ¿verdad?

—Tal vez sí —dijo el médico.

La enfermera aspiró como si fuera a decir algo. El médico la miró y le hizo una seña autoritaria que significaba no hable.

El paciente vio la seña.

La desesperación se le apoderó de la voz.

—¿Qué pasa, doctor? —dijo, casi con un quejido—. ¿Por qué no habla? ¿Qué es lo que anda mal? Algo me ha sucedido. ¿Dónde está Ralph? ¿Dónde está Pete? ¿Dónde está Jock? La última vez que lo vi estaba tomando una cerveza. ¿Dónde está Larry? ¿Dónde está Went? ¿Dónde está Betty? ¿Dónde está mi pandilla, doctor? No están muertos, ¿verdad? No soy el único que queda, ¿verdad? Hábleme, doctor. Dígame la verdad. Soy capitán del espacio, doctor. He pasado por muchos infiernos extraños, doctor. Me puede decir cualquier cosa, doctor. No estoy tan en-

fermo. Lo podré soportar. ¿Dónde está mi pandilla, doctor? Mis compañeros de la nave. ¡Qué travesía! ¿No va a decir nada, doctor?

—Bueno, hablaré —dijo el doctor, serio.

—Adelante, entonces —dijo el paciente.

—¿Qué quiere saber en particular?

—¡No sea tonto, doctor! Cuénteme todo, sin ocultar nada. Cuénteme primero de mis amigos, y luego cuénteme qué me pasó a mí.

—En cuanto a sus amigos —dijo el médico, midiendo cuidadosamente las palabras—, estoy en situación de decirle que no ha habido ningún cambio adverso en el estado de las personas que usted mencionó.

—Muy bien, doctor. Entonces, si no son ellos, soy yo. Cuénteme. ¿Qué me pasó a mí, doctor? ¡Algo apesadumbradamente horrible tiene que haber pasado! ¡De lo contrario usted no estaría ahí con cara de caballo constipado!

El médico recibió el cumplido con una sonrisa torcida, fría y breve.

—No me va a contar cómo es mi propia cara, joven. Nací con ella. Pero usted está en un estado delicado, y tratamos de curarlo. Le diré toda la verdad.

—¡Entonces empiece, doctor! Ya. ¿Me saltó alguien por encima en el puerto? ¿Me hirieron mucho? ¿Fue un accidente? ¡Hable ya, hombre!

La enfermera se movió detrás del médico. El médico se volvió y la miró. La enfermera miró hacia la hipodérmica que había en la bandeja. El

médico negó brevemente con la cabeza. El paciente vio toda la acción y la entendió correctamente.

—Tiene razón, doctor. No deje que me narcoticen. No necesito dormir. Necesito la verdad. Si mis compañeros están bien, ¿por qué no están aquí? ¿Milly está en el pasillo? Milly, así se llamaba la de pelo rizado. ¿Dónde está Jock? ¿Por qué Ralph no está aquí?

—Le voy a contar todo, joven. Quizá sea duro, pero confío en que usted lo tomará como un hombre. Sin embargo, me ayudaría si usted me cuenta primero.

—¿Si le cuento qué? ¿No sabe quién soy yo? ¿No ha leído nada sobre mí y mi pandilla? ¿Nunca oyó hablar de Larry? ¡Qué navegante! Si no fuera por Larry no estaríamos aquí.

La luz de la mañana entraba por la ventana abierta; una brisa suave de primavera tocó la cara joven y arruinada del paciente.

Había compasión y algo más en la voz del médico.

—No soy más que un médico. No estoy al tanto de las noticias. Sé su nombre, su edad y su historia médica. Pero no conozco los detalles de su travesía. Cuéntemela.

—Usted bromea, doctor. Sería necesario escribir un libro. Somos famosos. Apuesto a que Went está en este momento haciendo una fortuna con las fotos que sacó.

—No me cuente todo, joven. Supongamos que sólo me cuenta el último par de días antes del aterrizaje, y cómo llegó a puerto.

El joven sonrió con culpa; su rostro delataba placer y recuerdos agradables.

—Supongo que se lo podré contar, porque usted es médico y guarda los secretos.

El médico asintió, con una expresión muy seria pero bondadosa.

—¿Quiere —dijo, con voz suave— que se vaya la enfermera?

—Oh, no —gritó el paciente—. Es una buena observadora. No es lo mismo que repetir todo en las grabaciones.

El médico asintió. La enfermera asintió, y además sonrió. Le parecía que se le estaban formando lágrimas en los ojos, pero no se atrevía a secarlas. Ese era un paciente extraordinariamente observador. Podía darse cuenta. Eso arruinaría la historia.

El paciente estaba tan ansioso por contar su historia que casi balbuceaba.

—Usted conoce la nave, doctor. Es una nave grande: doce cabinas, una sala común, gravedad simulada, armarios, mucho espacio.

El médico pestañeó, pero no hizo nada; siguió mirando al paciente con atención y con simpatía.

—Cuando supimos que estábamos a sólo dos días de la Tierra, doctor, y supimos que todo andaba bien, hicimos una fiesta. Jock encontró la cerveza en uno de los armarios. Ralph le ayudó a sacarla. Betty era una vieja compañera mía, pero empecé a tratar de conseguir algo con Milly. ¡Y vaya si lo conseguí! ¡Jah! —Miró a la enfermera y se ruborizó desde la frente hasta el cuello—. Omitiré los detalles. Hicimos una fiesta, doctor. Estába-

mos contentos. Borrachos. Felices. ¡Cómo nos divertimos! No creo que nadie se haya divertido tanto alguna vez como yo y mis amigos. Atracamos en el puerto sin dificultades. Obra de Larry, el navegante. Estaba borracho como una lechuga, y tenía a Betty en la falda, pero depositó esa nave en el puerto con la naturalidad de una vieja que deposita una moneda en el plato de las limosnas. Todo salió muy bien. Supongo que tendría que avergonzarme de haber aterrizado con todo el personal borracho y feliz, pero fue el mejor viaje y la mejor pandilla y la mejor diversión que jamás le tocó a alguien. Y la misión había sido un éxito, doctor. No nos habríamos aflojado al final de la misión si no estuviéramos seguros de que todo había salido a pedir de boca. Así que llegamos y aterrizamos, doctor. Y luego todo se oscureció y aquí estoy. Ahora cuénteme su versión, pero no se olvide de avisarme cuando vengan Larry y Jock y Went a verme. Son unos personajes, doctor. Su pequeña enfermera tendrá que estar atenta. Quizá me traigan una botella de algo que yo no debo tomar. Bueno, doctor. Adelante.

—¿Usted confía en mí? —dijo el médico.

—Sí. Supongo que sí. ¿Por qué no?

—¿Piensa que le voy a decir la verdad?

—Es algo feo, doctor. Muy feo. Está bien, hable de todos modos.

—Antes quiero darle una inyección —dijo el médico, tratando de mantener en la voz un tono bondadoso y autoritario.

El paciente parecía perplejo. Miró a la enfermera, la bandeja, la hipodérmica. Luego le sonrió al médico, pero era una sonrisa que ocultaba temor.

—Está bien, doctor. Usted manda.

La enfermera le ayudó a subirse las mangas. Empezó a mover la mano hacia la jeringa.

El médico la detuvo. La miró a la cara, directamente a los ojos.

—No, intravenosa. Yo lo haré. ¿Entiende?

La enfermera era una muchacha rápida.

Tomó de la bandeja un pequeño tubo de goma y se lo puso rápidamente alrededor del antebrazo, cerca del codo.

El médico observaba, muy tranquilo.

Tomó el brazo, y pasó el pulgar de un lado a otro buscando la vena.

—Ahora —dijo.

La enfermera le entregó la aguja.

El paciente, la enfermera y el médico miraron cómo la hipodérmica se vaciaba directamente en la vena, en el lado de adentro del codo.

El médico sacó la aguja. El mismo parecía aliviado.

—¿Siente algo? —preguntó.

—Todavía no, doctor. ¿Ahora me contará todo, doctor? Con esta cosa adentro no podré causar ningún problema. ¿Dónde está Larry? ¿Dónde está Jock?

—Joven, usted no estaba en una nave. Estaba solo en un vehículo individual. No tuvo una fiesta de dos días. La fiesta duró veinte años. Larry no hizo aterrizar la nave. La hicieron descender las autoridades terres-

tres, por telemetría. Usted estaba deshidratado, muriéndose de hambre. Había a bordo una unidad de refrigeración, y fue alimentado por el equipo de emergencia. Usted se salvó por el margen más estrecho de toda la larga historia de los viajes espaciales. En el vehículo había uno de esos nuevos equipos hipodérmicos. Debe haber tenido uno o dos segundos para echarse contra la cara. Con usted no iban ningunos amigos. Los amigos eran producto de su propia mente.

—Está bien, doctor. Pronto mejoraré. No se preocupe por mí.

—No había ningún Jock, ni Larry, ni Milly. Todo era cosa del equipo hipodérmico.

—Entiendo, doctor. Está bien. Esta cosa que me puso es buena. Tengo sueño, y estoy contento. Ahora pue-

den irse, y dejarme dormir. Me lo explicará todo mejor por la mañana. Pero no se olvide de dejar entrar a Ralph y a Jock cuando vengan a verme en la horas de visita.

Giró en la cama, dándoles la espalda.

La enfermera le subió la manta hasta los hombros.

Luego ella y el médico empezaron a salir del cuarto. En el último momento ella se adelantó al médico y salió primero. No quería que él le viese las lágrimas.

Título original en inglés:

"The Good Friends"

(c) 1963 Galaxy Pub. Corp.

1971 Mrs. Genevieve Linebarger

Traducción de S. Nusta

¿QUIEN LE TEME A LOS GAUT VEL HARTMAN?

No, no es título de una nueva novela; sucede que Sergio Gaut vel Hartman y Graciela Parini no se han contentado con venir formando una familia desde hace varios años, sino que además ya han entregado a Ediciones Filofalsía los originales de su libro de cuentos titulado: **EL CAMINO DE LOS ESPEJOS**.

Este libro estará integrado por quince cuentos en un volumen de 132 páginas, en formato 14 x 20, y se planea editarlo para mediados de diciembre. Al igual que otros de nuestros títulos, puede ser reservado según el sistema de venta anticipada del PROCON, enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal. Recuerden que no se distribuirá en quioscos.

Precio válido para septiembre de 1984: \$a 260.-

Hay un Harrison (1925) duro (*¡Hagan sitio, hagan sitio!, Mundo muerto*) y otro casi delirante (*Bill, héroe galáctico, Estafador interestelar*). Queda, por lo tanto, un espacio justo para esta pequeña broma cargada de una genuina preocupación por el destino de la Humanidad.

LA ULTIMA BATALLA

Harry Harrison

A la noche, después que se llevan las cosas de la cena, no hay nada que a los chicos nos guste más que sentarnos alrededor del fuego mientras papá nos cuenta una historia.

Dirán ustedes que parece una tontería, o una antigüedad, con todas las formas modernas de entretenimiento que existen, pero si dicen eso permítaseme sonreír con indulgencia.

Tengo dieciocho años, y he dejado atrás casi todo lo infantil. Pero papá es un orador, y su voz evoca cosas mágicas que todavía me fascinan.

Aunque ganamos la Guerra perdimos mucho durante su curso, y ahí afuera el mundo es duro y cruel. Voy a seguir siendo joven todo el tiempo que pueda.

--Cuéntanos lo de la batalla final --es lo que habitualmente le piden los chicos, y ésa es la historia que él habitualmente les cuenta. Una historia terrible, aunque sabemos que es cosa del pasado; pero antes de ir a dormir no hay nada como un fuerte escalofrío en la espalda.

Papá levanta la cerveza, sorbe len-

tamente, luego se sacude con un dedo las manchas de espuma que le han quedado en el bigote. Esa es la señal de que va a comenzar.

--La guerra es el infierno, y no lo olviden --dice, y los dos más jóvenes lanzan una risita porque si ellos dijeran esa palabra les lavarían la boca con jabón.

--La guerra es el infierno, siempre lo ha sido, y les cuento esta historia por una sola razón: para que nunca olviden eso. Libramos la última batalla de la última guerra, y muchos hombres buenos murieron para ganarla, y ahora que ha terminado quiero que no se olviden nunca. Si algún motivo tenían para morir era que ustedes pudiesen seguir viviendo. Y no tuviesen nunca, nunca, que hacer otra guerra.

Primero abandonen la idea de que hay algo maravilloso o ennobecedor en las batallas. Nada de eso. Es un mito muy viejo que ha ido muriendo poco a poco; quizá viene de la prehistoria, cuando la guerra consistía en combates cuerpo a cuerpo y se libraba en la puerta de la cueva cuando alguien salía a defender su hogar del ataque de un extraño. Esos son tiempos muy lejanos, y lo que era bueno para el individuo puede ser la muerte para una comunidad civilizada. Para nuestros enemigos significó la muerte, ¿verdad?

Los ojos grandes y serios de papá recorren el círculo de rostros atentos, pero nadie se atreve a encontrarle la mirada. Por algún motivo sentimos culpa, aunque la mayoría de nosotros nacimos después de la Guerra.

--Hemos ganado la Guerra, pero eso carece de validez si no nos enseña algo. El otro bando podría haber descubierto antes el Arma Definitiva, y en ese caso los muertos y exterminados seríamos nosotros; nunca deben olvidar eso. Un accidente de la historia salvó nuestra cultura y destruyó la de ellos. Si este episodio nos dice algo, ese algo es que debemos ser más humildes. No somos dioses y no somos perfectos, y debemos olvidarnos de la guerra como manera de arreglar las diferencias entre los seres humanos. Yo estuve allí y ayudé a matarlos y sé de qué hablo.

Luego viene el momento que todos esperamos, y contenemos la respiración.



--Ahí está --dice papá levantándose y sacando algo de la pared--. Esta es, el arma que hace llover la muerte desde la distancia, el Arma Definitiva.

Papá blande el arco por encima de la cabeza; a la luz del fuego es una figura dramática que proyecta una larga sombra en la cueva y en la pared. Hasta el niño más pequeño deja de rascarse las pulgas debajo del abrigo de piel y mira boquiabierto.

--El hombre del garrote o de la piedra o del cuchillo o de la lanza no puede hacer frente al arco y la

flecha. Hemos ganado la guerra y debemos ahora usar esta arma sólo para la paz, para matar el alce o el mamut. Es nuestro futuro.

Sonríe, vuelve a sujetar cuidadosamente el arco en la pared.

--Hacer ahora una guerra es demasiado terrible. La era de la paz perpetua ha comenzado.

Título original en inglés:

The Final Battle

(c) 1970 by Harry Harrison.

Traducción de C. D. Prado.

PROCON

(Proyecto Confianza)

FILOFALSIA es una editorial que tratará, por los medios a su alcance, de abaratar costos con el fin de que sus publicaciones tengan precios accesibles. De todos los títulos, editados o por editarse, sólo la serie PARSEC alcanza a una cantidad de ejemplares por número que justifica su distribución en quioscos; el resto se imprime en tiradas reducidas que promedian los 500 ejemplares y que sólo en ocasiones especiales alcanzan los 1000. No hace falta profundizar mucho para darse cuenta de que, cuantos menos ejemplares se imprimen, más alto es el costo de cada uno; esto haría que, de ser distribuidos en quioscos o librerías, con los consiguientes recargos por intermediación, sus precios de venta se tornasen excesivos. Como sabemos que en nuestra Argentina hay numeroso público interesado en la ciencia ficción y la fantasía en sus distintas modalidades: la narrativa directa, la poética y la filosófica, es nuestra intención eliminar ese recargo evitando los circuitos comerciales de distribución; esto hará que los precios de venta se reduzcan en un 40% o quizás más.

Hasta aquí todo es muy lindo y casi heroico si se quiere, pero el trabajo no es sólo nuestro, hay algo imprescindible que ustedes, los lectores, deben poner en juego: **CONFIANZA**. La suficiente como para hacer sus pedidos directamente a Ediciones Filofalsía, por correo o personalmente; en este último caso, más que la confianza, privará el esfuerzo de venirse hasta nuestra redacción, única boca de expendio, pero si decidieran hacerlo por correo, deberán realizar el pago en forma anticipada, enviando giro o cheque, teniendo la certeza (confianza) de que a vuelta de correo recibirán el material solicitado.

Pero aquí no termina la cosa; como muchos ya habrán notado, la suscripción a la revista cuatrimestral **CLEPSIDRA** actúa como una suerte de suscripción global a todos nuestros títulos (exceptuando **PARSEC**), esto hace que los precios puedan ser aún más bajos; numerosos suscriptores ya lo han comprobado, especialmente en nuestros meses promocionales de junio y julio.

De todos modos, **PARSEC REVISTA** seguirá distribuyéndose en quioscos como una manera de alcanzar nuevos lectores y evitar caer en un círculo cerrado, así servirá para publicitar el resto de las ediciones (además de ofrecer sus excelentes cuentos, modestamente, se entiende ¿no?).

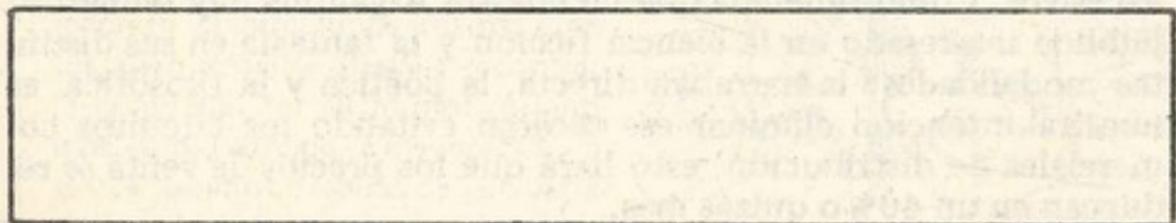
Para que se den una idea de las variaciones que obtendrán en los precios, vean esta lista:

CLEPSIDRA, en quioscos: \$a 410.-, número individual según el **PROCON**: \$a 215.-, suscripción por un año (3 números más la bonificación): \$a 425.-

PARSEC ANTOLOGIA/2 (180 pgs.), quioscos: \$a 500.-, s/**PROCON**: \$a 260.-

ALMARMIRA (192 pgs.), quioscos: \$a 540.-, s/**PROCON**: \$a 280.- (Nota: Estos precios han sido calculados según los costos del mes de septiembre de 1984)

Estos ejemplos son contundentes, nuestra intención está clara: dar cuerpo a una editorial pequeña pero fuerte y que pueda acercarse efectivamente a sus lectores acorde con los tiempos que se viven, ahora les toca a ustedes.



Algunos escritores se sitúan con la misma facilidad en las revistas policiales, de literatura general o suspenso que en las de ciencia ficción y fantasía. Es el caso de Gilbert Thomas, Henry Slesar, Gerald Kersh, John Collier. "Por la gracia de Dios" descubre la malla de ilusión que nos envuelve, y lo hace desde un ángulo absolutamente desacostumbrado.

"POR LA GRACIA DE DIOS"

Gilbert Thomas

De modo que estaba solo. Siempre estaba solo. Pero listo para la aventura. ¡Estoy vivo!, parecía proclamar. La lluvia golpeaba contra los cristales, y él vio como los brazos de ella atravesaban la oscuridad. Eran preternaturalmente blancos, delgados, y las piernas también eran delgadas. Usaba una de esas modernas faldas mini que realzan las formas. Pensó en Dylan Thomas y en toda una larga vida tratando de encontrar una mujer desnuda envuelta en un impermeable mojado. Lo sorprendente era que esta mu-

chacha no usara impermeable con semejante aguacero; ni siquiera llevaba paraguas. Pensó en el joven de Katherine Mansfield, alcanzándole un huevo a la chica elegida, y diciéndole: --Se le cayó esto...

Siempre hay un modo de conseguir chicas. Aunque el muchacho de Katherine Mansfield había estado espiando a la chica de sus sueños con binoculares, si la memoria no le fallaba, y de este modo podía saber cuándo y dónde iría ella a comprar la le-

che. Pero la chica de las piernas y los brazos se le estaba alejando.

Apretó la nariz contra el vidrio de la ventana y la vio cuando se metía en un charco y como levemente, levemente, quedaba suspendida en el aire, revoloteando, como si flotara sobre él, tal como lo haría una bailarina de ballet. Tenían una gran reputación al respecto, y parecían ser una buena posibilidad para jóvenes indigentes; ellas los llamaban ratas... y evidentemente no se trataba de una prima ballerina de edad indeterminada. No la podía dejar ir.

Dejó el sombrero y el saco en el café, haciéndole una seña al mozo de que regresaría, y se lanzó a la calle. Había una leve bruma en el aire. Los vidrios empañados que dejaban caer todavía algunas gotas de cuando la lluvia arreciaba, mentían. La lluvia había cesado.

—Perdóneme, señorita, pero se le cayó esto... —Era un recurso barato, pero a veces funcionaba; por lo menos, servía para romper el hielo y confundirlas. Ninguna dejaba escapar la ocasión de obtener algún dinero. Como ella no llevaba cartera se preguntaba si podría seguir adelante con eso, pero sin embargo no parecía oportuno decirle: —¿Existe alguna razón por la cual no pudiéramos conocernos?

Estaba anhelante. Tenía que moverse rápido si quería sorprenderla. Ella apenas parecía rozar el suelo. Las bailarinas se caracterizan por ser extraordinariamente ligeras.

El rostro de la mujer parecía atrapar todas las sombras del crepúsculo,

y sus ojos se veían notablemente grandes y brillantes. Una exquisitez. Trató desesperadamente de transformar su propia cara en algo cálido, apetecible. Ella sonrió y aceptó el desafío. —Gracias —le dijo, y su voz no sonaba particularmente bonita, sino por el contrario bastante metálica y chillona. Quizá tuviera laringitis. Haciendo cabriolas por allí y con ese tiempo; transpirando, como si saliera de un ensayo. La gente joven se la pasa saliendo a corretear bajo la lluvia, como si fuera algo romántico y no comprenden nada, especialmente los que trabajan en el negocio del espectáculo.

—No me gustaría parecer presuntuoso pero, ¿usted no está en el negocio del espectáculo? —Ella sonrió—. Justamente estaba cenando cuando vi que a usted se le caía esto. Debe haber saltado de su monedero. —Ella pareció aceptarlo, aunque no fuera muy brillante de su parte—. Pensé que podría ser importante; me gustaría gozar de su compañía; da la impresión de que podría llover otra vez.

—Gracias —sonrió ella.

Bien, tal vez esto resultara mucho más fácil de lo que pensó inicialmente, pero que fuera fácil no lo hacía menos gratificante. De regreso en el restaurante, le indicó al mozo que ubicara un lugar adicional y que tomara la orden de la señorita. Qué brazos magníficos tenía y qué dedos tan finos. Con esos dedos sacó un pequeño lapicito de oro del interior de la blusa, y en un minúsculo cuadrado de papel azul que extrajo de un bol-

sillo escribió carne a la Tártara con delicada ortografía —cruzando la c como si fuera un 7—, Nada para beber. Hermoso. Bien, por lo menos no era muda...

—Gracias —dijo la chica. Qué voz singularmente poco interesante. Ocurrer a menudo que aquellos que tienen un acento extranjero suenan mejor que los autóctonos. Quizá la tonada fuera francesa, aunque más bien parecía de un país báltico. Estos tenían reputación de formar excelentes bailarinas, y quizá se hallaba en el país con algún grupo procedente del otro lado de la cortina de hierro. Pensó que sería mejor no presionarla. Ella lo había seguido sin conocerlo, y había aceptado una invitación a comer; era obvio que se sentía atraída. Al aceptar toda esa cháchara barata, tal vez imaginó que se trataba de una vieja costumbre americana. No intentes segundas interpretaciones. Sé agradecido.

“Carne a la Tártara y Nada para beber” aparentaba ser lo único que ella sabía escribir en inglés. Bollos, té para el desayuno, quizás Hamburguesa, café para el almuerzo; los extranjeros siempre piden hamburguesas, especialmente la gente del espectáculo. Viven de eso, bolas llenas de hamburguesas y vasos de cartón con café bien caliente en los camarines durante los ensayos. Se sabe que las bailarinas son extraordinariamente saludables, tal vez por todo el ejercicio que hacen. Y grandes tragonas, también.

—¿Puedes entender lo que estoy hablando? —preguntó y ella sonrió. Bien, ya se preocuparía de eso; pue-

do decirle la verdad. Es un alivio. Podrían omitir toda la conversación preliminar sobre films, estrellas de la pantalla y política internacional, guerra y religión, sexo y desastre. Aquello era como acostarse sobre tachuelas de metal. Se relajó. Le solía suceder con las chicas: cuando él llegaba al momento de la verdad, era más de lo que ellas podían soportar. No le importaba que la chica no pudiera hablar. Esto le daría cierta práctica. Magnífico. Recordaba qué difícil era hablar, aprender a hablar. El idioma inglés es una lengua difícil, aun más difícil que el ruso, decían algunos.

Intentaría con ella lo poco que sabía de ruso: —¿Das vidanyia? —No obtuvo respuesta, sin embargo ella sonrió—. ¿Dnepropetrovsk? —Nada. Bien, malditos sean todos esos países que andan por ahí; nadie sabe dónde está Liechtenstein o qué idioma se habla allí. ¿Qué diferencia suponía saber de dónde venía ella? La chica estaba aprendiendo a escribir. No parecía justo hacerse el exquisito, no a costa de los logros ajenos. Como había escrito F. Scott Fitzgerald acerca de los pobres y los ignorantes: “Quizá no nacieron con tus ventajas.”

—Gracias —le graznó al mozo con su voz chillona cuando éste regresó con la carne a la Tártara. Esto demostraba que en efecto era extranjera, ya que ningún otro le agradecería al mozo. Extranjera, pero bien criada, bien educada, con unos pechos magníficos. Para ser tan delgada. Con esos pectorales seguramen-

te tenía que ver el ejercicio continuo, la práctica con tensores.

Le hablaré yo, si no le importa. --Y compuso su sonrisa más cálida--.

No me interesa si me entiendes o no. Dicen que el tono de voz lo es todo en cualquier parte, así que no tienes necesidad de comprender el idioma. --Pero ella ya había comenzado con la comida, descascarando un huevo crudo por la punta y trabajando sobre la carne. Una chica vigorosa, tal como uno se imagina que son las bailarinas, tomando la vida allí donde la encuentran, y tomándola en totalidad. Sin fru-frús al margen del tu-tu. Festejó su propio chiste. Se frotó las manos en la pechera de la camisa con un gesto nervioso; tenía que sobreponerse. Los tics nerviosos nunca ayudan, y la gente se la pasa haciendo cosas extrañas con sus manos. Debe ser difícil ser un actor y tener que planificar por anticipado lo que se desea hacer con ellas. El se solía frotar las manos en la pechera de la camisa, debería parar con eso. Verdaderamente qué bellos brazos tenía.

--Gracias --dijo con esa voz miserable que parecía hojas secas, pero qué busto, apuntando y moviéndose cada vez que levantaba la vista para decir su pequeño parlamento de memoria. Habría sido más agradable que tuviese un vocabulario mayor. Con tonada o sin ella. Verdaderamente se estaba engullendo la carne. Carne cruda. Bien, aunque estuviera acomodada entre montones de pimienta se podía pensar que en todo esto debía haber algo que la hiciera más apeti-

tosa. Dicen que era el plato preferido de John Barrymore; lo que debía interpretarse como una afectación. Estaba tratando de probar algo, como tú. También los japoneses comen el pescado crudo, y aquellos que lo prueban dicen que es bueno. Si el pescado es fresco, y ésta es la única clase que los japoneses consumen. Le gustaría poder relajarse en una de esas casas de baño que hay en Japón donde toda la familia se sienta en círculo para frotarse la espalda unos a otros. Pero no sería posible.

¿Qué fue lo que ella le agradeció la última vez que habló? El debía haber estado admirando sus encantos de una manera un tanto descarada, por lo que no recordaba a qué se refería. Bien, por lo menos, era una chica directa, iba al grano sin ruborizarse. Lo tomó como un cumplido y musitó su fracesita. Probablemente era a raíz de su experiencia en el escenario; estaba acostumbrada a que la admirasen. Lástima que sus piernas estuvieran debajo de la mesa, curvadas como delgadas cimitarras; bueno, después de todo ya habría tiempo para eso más tarde. El constante uso de muletillas le molestaba: bien, bueno, tendría que cuidarse más, y no usarlas con tanta frecuencia. Otra evidencia de tics. Tratar de que tu boca diga lo que tú deseas hacerle decir no es tarea fácil; decir oraciones que comienzan en la mente. Una vez más se frotó las manos en la pechera de la camisa.

--Puedes llamarme Jim. ¿Jim? -- Pero ella se limitó a afirmar con la cabeza y continuó apaleando la car-

ne. Bien, uno podía prolongar ese placer eternamente. Pero quizás era así porque él no estaba acostumbrado a ver comer a una bailarina. Trabajan como estibadores, transpiran como chanchos enfundadas en sus mallas, con esas medias especiales para mantenerse calientes, cosas tejidas en las manos y por todas partes, guantes enormes, manguitos.

Había visto fotos de Sona Osato. Era maravilloso lo que sucedía con esa mujer. Una chica magnífica. El nunca la había visto bailar, pero cualquiera con ese aspecto, con todo el pelo estirado para atrás, sin huesos, suave, con una musculatura oriental, debía saber moverse bastante bien. La chica DeMille lo dijo, y casi seguro que así era.

No tengo la menor duda de que ella estaba disfrutando la comida. Usted piensa que la acompañaba con un poquito de vino. Cerveza. Las bailarinas no tienen necesidad de preocuparse por la gordura, los colgajos de grasa fuera de lugar; luchaban contra esos enemigos en el gimnasio. Seis horas en la barra antes de cada función, luego una hora o dos sobre el escenario realizando sólo Dios sabe qué clase de contorsiones; y todavía las hacen con tanta suavidad que uno llega a sospechar que no tienen articulaciones. Si las mira de cerca usted podrá observar cómo revolotean alrededor del escenario en medio de una gran agitación, y también podrá ver ese pedacito de género minúsculo, casi un remiendo, que se ponen justo en el medio, en el mismo centro, de modo que cuando levantan las

piernas y se las enroscan alrededor del cuello, las autoridades no se sientan escandalizadas. Pagan por verlas en las primeras filas, eligen los asientos más cercanos al escenario y no intentan darse ínfulas demostrando que pagaron galería.

Bien, él también tenía problemas con la alimentación, pero por el momento podemos dejar eso de lado. Tics, y recursos, todos tenemos nuestras pequeñas fórmulas, etiquetas y métodos para seguir en el mundo. No parece oportuno mencionarlos en este momento; deben permanecer en secreto. Sólo que resulta tan comfortable estar con esta chica que uno se siente tentado de hurgar la verdad. Quizá si los esposos y las esposas no hablaran el mismo idioma, podrían mantener una relación semejante a ésta. Bien, pero por ahora el matrimonio está fuera de toda consideración. Muchas chicas que conoció se sintieron impactadas cuando se enfrentaron con la verdad: por qué motivo, casualmente, siempre estaba solo. Aquí tenemos esa maldita mano de nuevo.

Los dedos de la chica parecían aferrarse al mantel. Los restos de comida se estaban amontonando asquerosamente alrededor de su plato.

Se dio cuenta, y los trató de poner en orden con el codo en un gesto francamente encantador. Su gracia residía principalmente en la velocidad con que atacó el plato. Por lo menos trataba de agradecer antes de llenarse la boca de comida. Y siempre con esa voz chirriante. Aunque a él le hubiera gustado que se irguiera

otra vez, apoyada contra el respaldo de la silla y apuntándole con todo aquello que se le movía debajo de la camisola. No había visto una prenda igual en años. Con dos arcos que caían sobre el centro de los pechos y un plisado recto, muy decoroso. Todo haciendo conjunto con una de esas nuevas faldas mini, componiendo un vestuario encantador. Tendría que hablar un poco más sobre sí mismo.

Pero primero tendría que llevarla al departamento. Charlando y charlando --aquí llega la cuenta-- se le ocurriría algo.

Ella no lo estaba escuchando; la carne casi había desaparecido del plato.

--Me alegra que el mozo no pueda oír esta conversación. Estoy tratando de sonreír. No es fácil. Ya descubrirás qué quiero decir. Algunas chicas pensarían que es una treta. ¿Aún mantengo la calidez en el tono de voz? Sí, ahora me miras, interesada. No me asombra que hayas dado cuenta de toda la carne. Lo extraño es cómo tu cara sigue atrapando las sombras como si estuviera viva, pero por supuesto que está viva, encantadora pero diferente. Debe ser la raza esclava. Las chinas suelen atrapar las sombras con los ojos. Cada país tiene su propia forma. No es que uno sea mejor que el otro: sólo son diferentes. Por tu actividad en el mundo del espectáculo imagino que ya lo sabes. Debes haber viajado por todo el mundo, París, Londres, Roma, y por esos lugares extraños y fuera de circuito por los que se internan las compañías

de ballet durante las giras. ¿Por qué se denominarán invariablemente el Ballet Ruso de Algo? Me parece que no me estoy concentrando en lo que hablo o hubiera buscado un nombre mejor para tu conjunto. Lo que pasa es que estoy practicando contigo; para mí no es fácil seguir con esto; especialmente después de comer.

Ella parecía esperar. Satisfecha. A causa de la barrera idiomática no podía utilizar la acostumbrada estupidez de ven a mi casa a tomar algo, o estoy esperando una llamada importante, o prometí visitar a mi madre... tú me la recuerdas mucho... (aunque esto último ya no funciona como antes). Resolvió utilizar la aproximación más directa: pagar al mozo, tomar el sombrero y el saco, ponérselos, tomarla del brazo como ya lo hiciera en la calle. Era sorprendentemente firme, pero eso es lo mínimo que se espera de una atleta. Ahora tenía una idea aproximada de cómo serían sus piernas. Los brazos eran semejantes a hueso bruñido. Sin protuberancias. Las bailarinas no pueden darse el lujo de perder la flexibilidad. Tendría una posibilidad siempre que ella no tuviese una función nocturna o alguno de esos ensayos de última hora. Comprendió que tal vez le descontaran dinero del sueldo si faltaba a una función. Una vez había salido con una patinadora y le había sido bastante fiel. Pero por supuesto había tantas chicas patinando en esos espectáculos de patinaje que nadie advertiría la desaparición de una de ellas. Además todas eran tan parecidas. Saludables. Aquella tarde tam-

poco fue tan buena; una vez más había cometido el error de ponerse al mismo nivel de la chica. Pero por lo menos ésta no había gritado. Se asustaba mucho cuando ellas se ponían a chillar.

Lo acompañaba caminando dócilmente a su lado. Evidentemente se hacía cargo de la situación, y se la estaba haciendo más fácil. En realidad se movía con la levedad de una pluma. Sus pies apenas tocaban el suelo. Así fue en el ascensor, hasta el séptimo, hasta el 714, la llave en la cerradura, abriendo, y la casa desocupada. Rehusó la bebida con una sonrisa, pero se movía por todas partes, curioseando, mirando los objetos; bien, era extranjera y seguramente todo le resultaba novedoso: el Modo de Vida Americano. ¡Ah, si ella supiera! Pero por lo menos se mostraba interesada. Era un departamento pasado de moda, sin cortinas ni tapizados. La chica se paró cerca de la ventana, mirando hacia afuera la noche y la lluvia, que había recommenzado. Le habló con un vaso en la mano, temblando:

--Nada a la vista, parece --dijo--. Nadie sabe con seguridad lo que va a pasar. La gente actúa mejor de lo que nosotros creemos. ¿Quién soy, qué soy?, no puedo decírtelo, no todavía. Cómo sucedió: ¿quién sabe? Qué debo hacer... Lo que debo hacer es protegerme. Preservarme...

Lo empujó palpando con la yema de los dedos como los ciegos; un gesto lleno de gracia.

--Por lo que veo eres una chica sensible. Tal vez seas la única que puede llegar a comprender. --Sen-

tado, se dedicó a contemplar los libros--. No soy lo que soy porque quiero ser de este modo; ninguno de nosotros desea ser del modo que es. --Aquellos malditos libros. ¡Qué magnífico sustituto!--. El mundo, las presiones, el desarrollo, la evolución --hasta el estado del tiempo-- todos ellos juegan su parte para hacer de nosotros aquello que somos. La mitad de las personas con que nos encontramos no son humanas, aunque lo parecen. --Se derramó bebida sobre la camisa, retomó el control y continuó--: La mitad de las chicas jóvenes quieren parecer bombas sexys y la mitad de ellas lo consiguen; la otra mitad tiene que conformarse: terminan siendo mujeres de carácter. Y ¿cuál mitad es más feliz? ¿Más satisfecha? Dicen que la meta no es el premio, sino el recorrido para llegar hasta ella. Así que todos estamos en estado de transformación. Hace un tiempo los hombres deseaban parecerse a Clark Gable, ahora los jóvenes prefieren parecerse a los simios, pero ésta es otra historia: y todo es la historia de la supervivencia. --Pero ella giró sobre sí misma; él cerró la boca. La chica se quitó los zapatos.

Los hombres harían cualquier cosa, las mujeres harían cualquier cosa para llamar a sus parejas. La vida y la muerte no tienen nada que ver con eso. No puedes controlarlo. Cambias. Las caderas se vuelven más estrechas, o más grandes. En sólo dos generaciones la apariencia del pueblo de este país se ha perfeccionado considerablemente, y esto no es todo...

Se había ido deslizando otra vez hacia ese tono de profesor a lo James Mason, frío y estirado —se oía pero no podía parar, mientras la chica se mecía levemente de uno a otro pie.

—Algunos animales poseen una coloración especial que los esconde de sus enemigos: un cactus en el desierto que se parece a una roca porque no tiene espinas para protegerse; un pez que parece una hoja que flota utiliza ese método para atraer a los insectos desprevenidos; insectos que parecen avispas, la polilla de alas claras que contrayendo su abdomen por generaciones hasta que lo transformó en algo agudo, como un dardo que apunta anillado en círculos negros y amarillos — un agujijón simulado para que la dejan en paz; mariposas con cabezas en ambos extremos para confundir al enemigo, los castigan por el extremo que ellos menos esperan y se alejan volando a salvo. Esto es el equilibrio, y no tiene gracia: es una cuestión de vida o muerte.

Pero como de costumbre y tal como lo había pensado, estaba hablando solo y para sí mismo.

—Gracias —dijo ella desde la ventana girando el rostro hacia él. Bien, la chica estaba tratando de comunicarse de la única manera que sabía. Dios, esa voz.

Insistió nuevamente. —La jaiba Heike del Japón tiene la configuración de la cara de un guerrero samurai trabajada en la caparazón, y si se encuentran en peligro de muerte aparece la imagen del samurai, con lo cual evitan ser destruidas por el ene-

migo. Hoy en día esta especie de cangrejo está a salvo; ningún japonés se atrevería a tocarlos. ¿Entiendes? Los hombres bajos desean ser altos, las chicas altas desean ser bajas. El hipocampo australiano tiene imitaciones de tres diferentes clases de algas marinas brotando de su cuerpo. Existen flores que se alejan volando. Y el huracán drongo del Africa Central imita el olor de varias aves, y cuando se presentan los felinos hambrientos él ya está a salvo. —Pero llevado por sus explicaciones, olvidó el control y volvió a derramar bebida sobre la camisa.

La chica aprovechó ese momento para lanzarse sobre él, lo pinchó con la lengua y lo paralizó instantáneamente. Puso dos huevos sobre él, se quitó la camisola para poder estirar las otras cuatro extremidades, dos de ella enroscadas dentro de su corpiño. —Gracias —dijeron restregándose entre sí, secamente, como una cigarra—. Gracias. —Y desgarrando la falda, y ahora apoyada sobre las ocho patas, se deslizó por la pared y alcanzó el cielo raso, donde se mantuvo quieta durante un largo rato, en absoluto silencio. El permanecería vivo e inmóvil todo el tiempo que las larvas demoraran en gestarse y a su debido tiempo le consumirían el cuerpo prolijamente, conservando los órganos vitales hasta último momento con el propósito de mantener la carne fresca. Yo soy saludable, pensó. Tenía los ojos vidriosos llenos de dolor en la penumbra, mientras para el mundo sostenía su típica sonrisa de triunfador.

De vuelta en la calle, trataron de levantarla otros hombres, pero ella había perdido todo interés.

Mezclándose con la multitud se metió en el subterráneo.

Título original en inglés:

"... but for the Grace of God"

(c) 1967 by Mercury Press, Inc.

Traducción de Graciela Parini.

ALMARMIRA

ALMARMIRA es una novela de 192 páginas, formato 14 x 20 (el mismo que Parsec), que sirve de columna vertebral a la "Ronda de Almar-mira" (ver boletines de La Brujutrampa publicados en Parsec Revista/1 y 2 y la lista de títulos publicados por Ediciones Filofalsía). En ella, Miguel Doreau (miembro honorario del C.S.I.A.) relata la historia del Pez tal como él se la contara en persona; es un libro imprescindible para internarse en las desconocidas mitologías de la Provincia de Buenos Aires y en la Cosmogonía del Arbol.

Aparecerá formalmente en el mes de octubre de 1984, pero podrá ser adquirida en forma anticipada, según el PROCON (ver aviso en las páginas de esta revista), enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital Federal, o personalmente en la misma dirección (de lunes a jueves y de 14 a 17 hs.). No se distribuirá en kioscos.

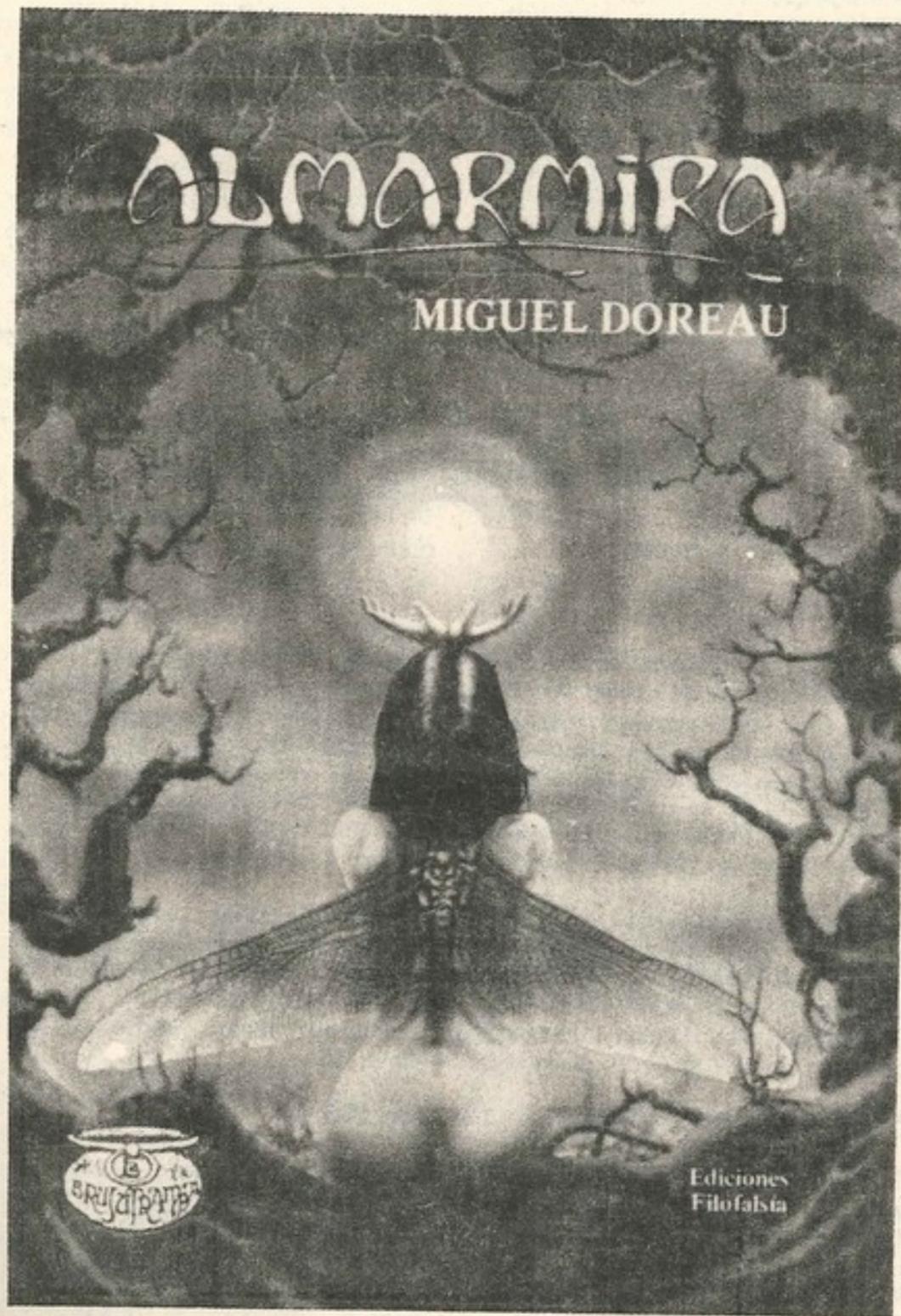
Precio válido para septiembre de 1984: \$a 280.-

BONIFICACION ESPECIAL: A las primeras cien personas que se presenten en nuestra redacción, los días 19 y 20 de septiembre de 1984, de 14 a 17 hs., con la colección completa de PARSEC REVISTA (Nros. 1 al 4) y PARSEC ANTOLOGIA/1, se les obsequiará un ejemplar de esta novela a cada uno. (Los ejemplares de PARSEC no se retendrán, sólo deben ser exhibidos.)

NOTA: Recuerden que los suscriptores a CLEPSIDRA la recibirán en forma gratuita y por correo.

ALMARMIRA

MIGUEL DOREAU



Discípulo, biógrafo y probablemente (algún día) albaceas testamentario de Ray Bradbury, William F. Nolan es muchísimo menos conocido por sus propios trabajos. Los coleccionistas podrán rastrear en los primeros números de Nueva Dimensión para encontrar "Sobre el tiempo y Texas" o el estremecedor "El pequeño mundo de Lewis Stillman". "Los muertos llaman" no es apto para espiritistas.

LOS MUERTOS LLAMAN

William F. Nolan

Hacía un mes que había muerto Len cuando sonó el teléfono.

Medianoche. Frío en la casa y tuve que levantarme de la cama para contestar la llamada. Helen se había ido por el fin de semana. Yo estaba solo en casa. Y el teléfono que sonaba...

--Hola.

--Hola, Frank.

--¿Quién habla?

--Tú me conoces. Soy Len... el viejo Len Stiles.

Frío. Un frío profundo e intenso.

El auricular un objeto muerto en mi mano.

--Leonard Stiles murió hace cuatro semanas.

--Cuatro semanas, tres días, dos horas y veintisiete minutos, para ser exactos.

--Quiero saber quién es usted.

Una risa ahogada. La misma risa ahogada que había oído tantas veces.

--Vamos, muchacho... son veinte años. Vaya si me conoces.

--¡No me parece una broma muy inteligente!

—No es una broma, Frank. Tú estás ahí, vivo. Y yo estoy aquí, muerto. Y, ¿sabes una cosa?... Me alegro de haberlo hecho.

—¿Hacer... qué?

—Matarme. Porque... la muerte es exactamente lo que yo esperaba que fuese. Hermosa... gris... tranquila... sin tensiones.

—La muerte de Len Stiles fue un accidente... una barrera de cemento de una autopista... Su auto...

—Apunté con el auto a la barrera —me dijo la voz del teléfono—. Acelerador al piso. Iba a más de ciento treinta cuando choqué... No fue accidente, Frank. —La voz era fría... fría—. Quería estar muerto. Y no lo lamento.

Traté de reír, de tomar la cosa en broma, de imitarle la risita.

—Los muertos no usan teléfonos.

—En realidad no estoy usando el teléfono, al menos en un sentido físico. Simplemente decidí ponerme en contacto contigo de este modo. Se podría decir que es cuestión de "electricidad psíquica". Como espíritu desencarnado puedo sincronizar mis vibraciones cósmicas con las vibraciones de la línea telefónica. Muy simple.

—Desde luego. Una tontería. Facilísimo.

—Por supuesto, no me crees. Es lo que esperaba. Pero... escúchame con atención, Frank.

Y escuché —apretando el teléfono en la mano en aquella fría casa nocturna— mientras la voz me contaba cosas que sólo Len podía saber... detalles íntimos de experiencias com-

partidas durante dos décadas. Y cuando terminó de hablar, yo estaba seguro de algo: era Len Stiles.

—Pero, ¿cómo?... Todavía no...

—Digamos que este teléfono funciona como un "médium", una línea de energía tendida sobre el abismo que nos separa. —Otra vez la risa seca y ahogada—. Tienes que admitir que es mejor que tomarse las manos alrededor de una mesa en la oscuridad, aunque el principio es el mismo.

Había estado todo el tiempo de pie junto al escritorio, paralizado por la voz. Fui detrás de la mesa, me senté y traté de absorber ese siniestro milagro. Tenía los músculos tensos como alambres, y los dedos agarrotados sobre el auricular. Aspiré con lentitud, oprimido por la humedad nocturna de la habitación.

—Está bien... No... creo en fantasmas, no... voy a fingir que entiendo esto, pero... lo acepto. Tengo que aceptarlo.

—Me alegro, Frank... porque es importante que hablemos. —Un largo momento de vacilación. Luego la voz, más baja, más suave. — Sé que todo ha andado bastante mal.

—¿Qué quieres decir?

—Sé cómo andan tus cosas. Y... quiero ayudarte. Como amigo, quiero que sepas que te comprendo.

—Bueno... la verdad es que no...

—Ultimamente te has sentido mal, ¿no es así? Un poco "caído", ¿verdad?

—Sí... creo que un poco.

—Y no te echo la culpa. Tienes tus motivos. Muchos motivos. Por ejemplo... el problema del dinero.

—Espero un aumento. Shendorf me lo prometió para dentro de algunas semanas.

—No te lo dará, Frank. Lo sé. Te miente. Ahora mismo, en este momento, está buscando a otra persona para reemplazarte en la empresa. Shendorf piensa despedirte.

—Nunca le gusté... Nunca nos llevamos bien desde el día que entré en esa oficina.

—Y tu mujer... todas las discusiones que has tenido con ella últimamente... Es una señal, Frank. Tu matrimonio ha terminado. Helen te va a pedir el divorcio. Está enamorada de otro hombre.

—¡Maldita sea! ¿Quién? ¿Cómo se llama?

—No lo conoces. Aunque lo cono-



CHIATELLINO '84

cieses, no te serviría para nada. Helen ya no te quiere... eso es todo. A las personas les ocurren esas cosas.

—Nos hemos estado... alejando todo este último año, pero no sabía por qué. No imaginaba que ella...

—Y luego está Jan. Volvió al problema, Frank. Sólo que ahora es peor. Mucho peor.

Yo sabía a qué se refería, y el frío me corrió por el cuerpo. Jan tenía diecinueve años, era mi hija mayor, y hacía tres años que consumía drogas. Pero había prometido dejarlas.

—¿Qué sabes de Jan? ¡Cuéntame!

—Usa las más fuertes. Está atrapada. Ya es demasiado tarde.

—¿Qué demonios dices?

—Digo que la has perdido... Te ha rechazado, y no tienes modo de llegar a ella. Te odia... te echa la culpa de todo.

—¡No voy a aceptar esa clase de culpa! Hice por ella todo lo que pude.

—No fue suficiente, Frank. Ambos lo sabemos. No la volverás a ver nunca.

Sentía que adentro me crecía la oscuridad. una ola sofocante que me recorría el cuerpo.

—Escúchame, amigo. Las cosas no van a mejorar sino a empeorar. Lo sé. Yo también pasé por mi propio infierno mientras estaba vivo.

—Empezaré... de nuevo... Dejaré la ciudad, iré al Este, trabajaré con mi hermano en Nueva York.

—Tu hermano no te quiere metido en su vida. Serías un intruso... un extraño. Nunca te escribe, ¿verdad?

—No, pero eso no significa...

—Ni siquiera una tarjeta en la última Navidad. Ni cartas ni llamadas telefónicas. No te quiere tener cerca, Frank, créemelo.

Y entonces comenzó a contarme otras cosas... Comenzó a hablar de la madurez, y de cómo era ya tarde para empezar de nuevo... Habló de enfermedades... soledad... del rechazo y de la desesperación. Y la oscuridad fue completa.

—Existe una única solución verdadera, Frank, sólo una. Esa pistola que guardas en el escritorio, en el piso de arriba. Usala, Frank. Usa la pistola.

—No podría hacerlo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué alternativa tienes? La solución está allí. Sube y usa la pistola. Te estaré esperando. No te encontrarás solo. Será como en los viejos tiempos... estaremos

juntos... La muerte es hermosa, Frank. Yo lo sé. La vida es fea, pero la muerte es hermosa... Usa la pistola, Frank... la pistola... usa la pistola... la pistola... la pistola...

Hace un mes que estoy muerto, y Len tenía razón. Aquí se está bien. No hay tensiones. No hay preocupaciones. Un sitio gris y tranquilo y hermoso...

Sé que tus cosas andan muy mal. Y no van a mejorar.

¿Qué es eso? ¿El teléfono?

Te conviene atenderlo.

Es importante que conversemos.

Título original en inglés:

Dead Call

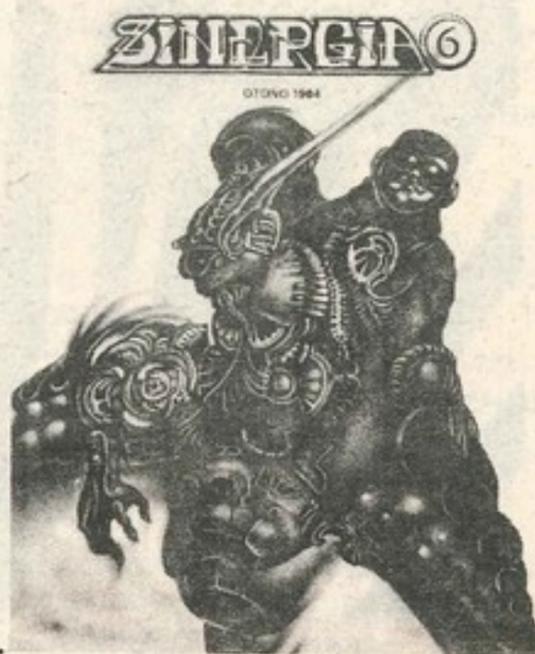
(c) 1976 by Kirby McCauley

Traducción de Alejo Pérez.

¿Qué espera para suscribirse?

4 números (un año) \$a 800.-
8 números (dos años) \$a 1500.-

Cheques o giros a Sergio Gaut vel Hartman. Casilla de Correo 200 1453 Suc. 53, Cap. Fed.

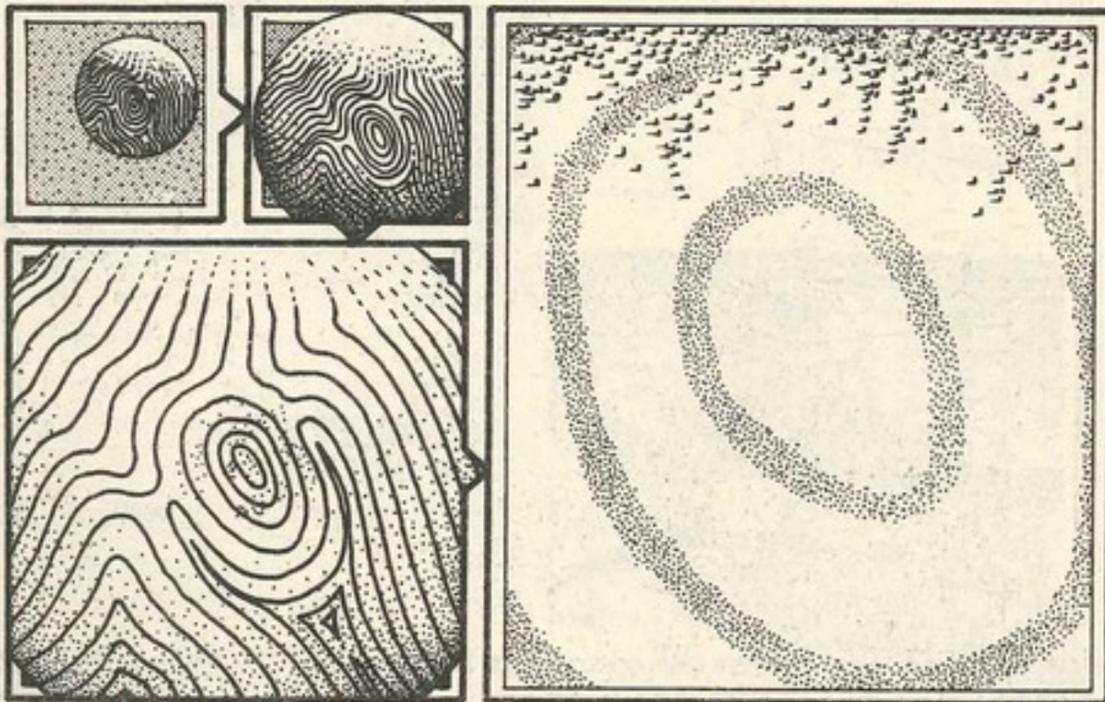


Estos son los cuatro títulos que componen REENCUENTRO EN ALMARMIRA compilados por Daniel Rubén Mourelle. Están incluidos en la bonificación de la suscripción a CLEPSIDRA. Ediciones Filofalsía/La Brujutrampa, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital.

Después de la interrupción que sufrieran las comunicaciones, el Comandante E. G. Alhter pudo ser localizado y éstas son las nuevas imágenes que han llegado hasta la central Parsec; flamantes testimonios de:

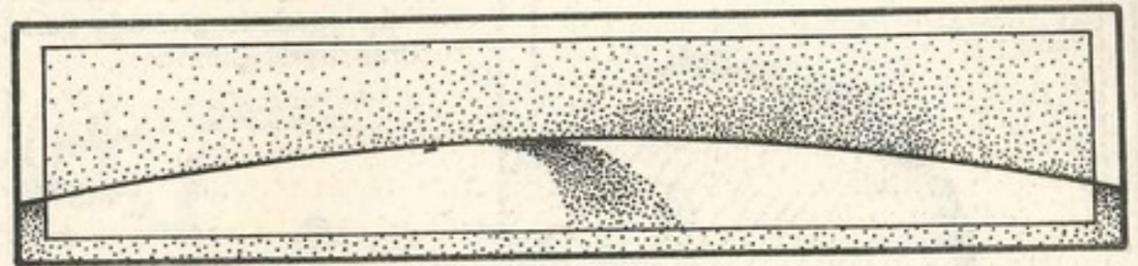
IDENT

Rep. 86: Me acerco a la superficie del Planeta, la cámara de la computadora registra extrañas rayas (¿canales?) que siguen un patrón coherente pero desconocido.

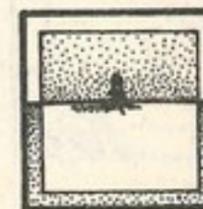
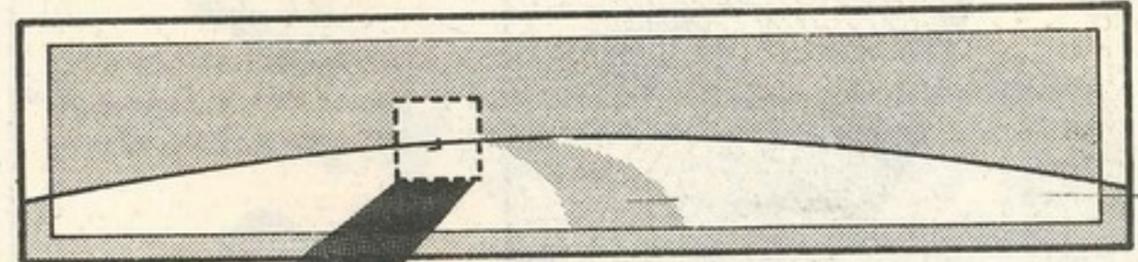


Rep. 94: Gran cantidad de nativos huyen del lugar elegido para el descenso.

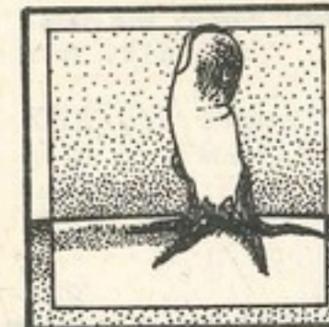
Rep. 98: El descenso se cumplió satisfactoriamente. Rastrearé el territorio circundante desde el interior de la nave.



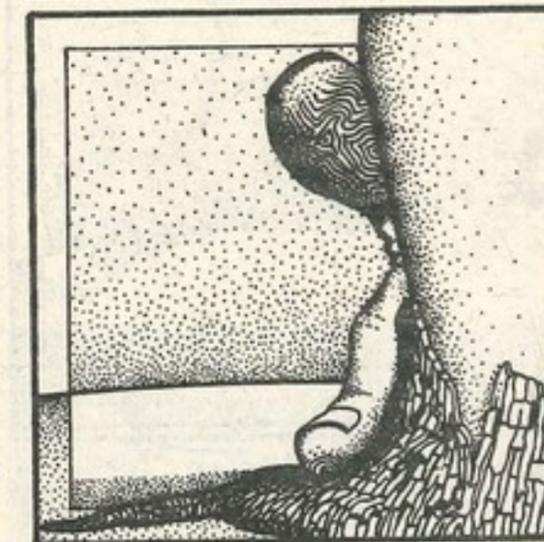
Rep. 99: Cpto una alteración sobre el horizonte.



Rep. 101: Pido a la computadora un acercamiento. El objeto no parece grande.



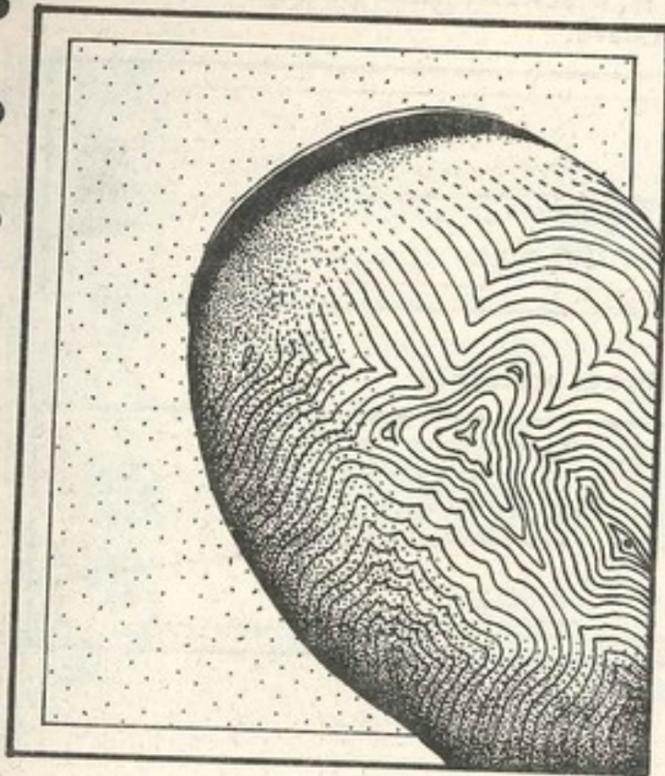
Rep. 102: Es el árbol (Clase: U-N-24-X) del que ya informara; pero hay una nueva alteración. Pido un nuevo acercamiento.



Rep. 104: Hay un "idéntico" detrás del árbol...

XXX. abc: ¡Lita, que me cojan si no es un dedo!...

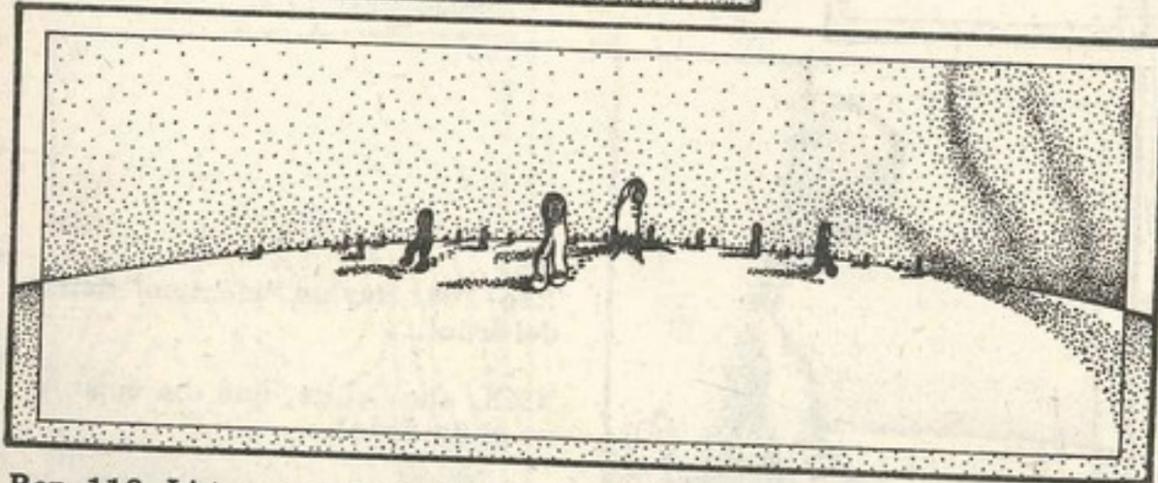
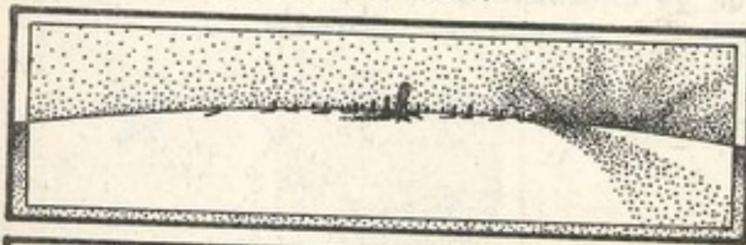
INC: Computadora madre en Tierra pide aclaración del código del último párrafo.



Rep. 108: La cara del "idéntico" ha quedado grabada para futuras investigaciones.

Rep. 114: Vuelvo a tomar panorámica de la zona...

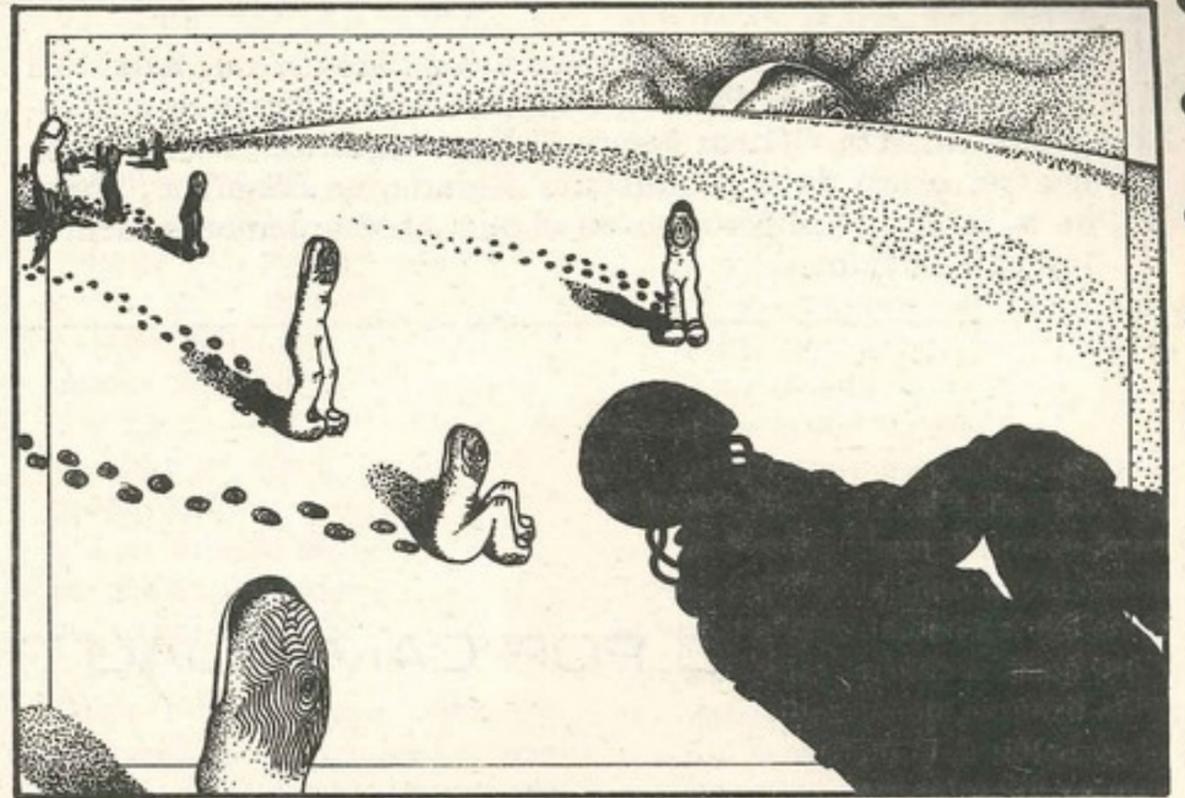
XXX. abc: A ver, Lita, vamos a darle de nuevo a ese árbol; carajo, me parece que ahora hay más deditos...



Rep. 118: Listo para salir de la nave; he activado la cámara móvil.

XXX. abc: Espero que no se hagan los loquitos... ¡Lita! ¿Qué es ese resplandor?

INC: Computadora madre en Tierra reitera pedido de aclaración del extraño código.



Rep. 121: ...

XXX. abc: Parece la cabeza de un idéntico y se está asomando. ¡Es un gigante! ¡Lita; prepárate para ... Si podés! El resplandor bien. deja ver corren de lado para el otro. gigante, es el que vimos desde el espacio. es dónde el resto los unos y aquellas flores que son torridículos. ¿Me .. ¿Lita?...



(Continuará)



Comin

En una carta que nos remitiera recientemente (sí, motivada por la aparición de Parsec), Eduardo hacía referencia a su segundo cassette, "Otros lugares". Y eso significa un momentáneo retroceso de la producción literaria, en beneficio, claro, de la musical. Un forcejeo en el que, inevitablemente, hemos tomado partido...

UN PASEO POR CAMARJALI

Eduardo Abel Giménez

(2da. parte)

Caminamos hasta el mediodía, sin encontrar nada nuevo. Durante el almuerzo, Parcino recordó que hacía un día que no tocaba la guitarra, y estuvo varios minutos ensayando algunas notas que nos parecieron inconexas. Pero debía tener un plan en la cabeza. De pronto nos sorprendió cantando la primera estrofa completa de su nueva canción.

En mi silencio hay un árbol de raíces hondas y frutas amargas. Prefiero olvidarlo.

Nuestros almuerzos solían ser rápidos, pero esa vez no nos importó esperar que Parcino avanzara otro poco con su canción. Era un modo de hacerle olvidar las discusiones. Pero, aunque nadie lo admitiera, era lindo escucharlo.

Un rato más tarde ya tenía una primera versión completa. Sabíamos que faltaban otras versiones, que vendría una época en que Parcino no querría ni recordarla, y que finalmente iba a quedar irreconocible, pe-

ro nos gustó. Ibamos a recordar, sobre todo, una parte que decía:

En mi silencio hay murallas de papel, castillos de mil torres, y dioses de la guerra que no saben luchar. Testigos de mi vida son, aliados de la soledad. Ahí van: contemplan las estrellas, preguntan por el sol, y se aman entre ellos porque no aprendieron que exista otro amor.

Después del almuerzo, Guem propuso abandonar la zona de los montículos. Julmar perforó al pie de uno de ellos, y Guem saltó.

—Vengan pronto —gritó cuando tuvo hechos los cálculos. Saltamos, y nos señaló la pantalla de la computadora—. Vean las coordenadas —dijo.

—No las entiendo —contestó Parcino.

—Son casi las mismas de la nave —dijo Guem—. Debe estar a dos o tres kilómetros hacia el sudeste.

—¿Sí? —preguntó Julmar, interesada. Volvimos a mirar la pantalla—. ¿Y dónde queda el sudeste?

—Hacia allá —Guem señaló una loma que había frente a nosotros.

Enseguida nos pusimos de acuerdo. Julmar tenía ganas de olvidarse del taladro durante un par de días, y de ver unas películas. Parcino encontró su oportunidad, y no le pareció mal la posibilidad de dedicarse un poco a su guitarra. A Guem no le gus-

taba mucho la idea, pero aceptó que nos convenía renovar la reserva de alimentos. Se puso un poco más contenta cuando se le ocurrió que un descanso le permitiría ordenar mejor sus datos. Empezamos a caminar hacia la nave.

Un rato después Guem se detuvo para hacer algo con la computadora.

—Esperen —dijo—. Este no es el lugar donde quedó la nave.

La miramos intrigados. Tocó unas teclas y puso en la pantalla una imagen del paisaje que rodeaba la nave. Todos lo reconocimos. Sin embargo, el lugar que recorríamos era muy diferente. Donde debía haber una llanura había lomas; y donde tenía que aparecer la nave había un lago.

—Pero las coordenadas son éstas —insistió Guem—. Con un error menor de quinientos metros.

Parcino se frotó la cara y resopló.

—Lo que nos faltaba —dijo.

—Debe estar por acá —dijo Julmar, mirando las lomas.

—Búsquenla, si quieren —dijo Guem—. Yo sé lo que digo.

Los pájaros formaron un rombo sobre nuestras cabezas, dieron un par de vueltas y luego se posaron a nuestro alrededor, a picotear el hormigón. Parcino descargó sus bultos, caminó hasta la loma más cercana y trepó por ella. Cuando llegó a la cima miró al otro lado durante unos minutos, y después hacia donde estábamos nosotras.

—Nada —gritó.

Guem se sentó en el suelo, y apoyó un codo en la computadora. Julmar fue a reunirse con Parcino. Des-

de la cima se veía una sucesión interminable de lomas y lagos, todos iguales. La nave no aparecía por ninguna parte. Volvimos junto a Guem.

Un pájaro se había acercado a los bultos de Parcino. Lo espantó y se sentó frente a Guem.

—¿Y ahora? —preguntó Julmar, mientras caminaba con el taladro todavía a cuestas—. ¿Qué hacemos?

Sin pensarlo, lo miramos a Parcino. El había dicho que era su turno, durante la discusión de la noche anterior. Estábamos en nuestro derecho si le exigíamos alguna respuesta. Parcino metió la cabeza entre las rodillas para pensar.

—¿No es posible que los agujeros estén desfasados? —dijo un rato después.

—¿Cómo? —preguntó Guem.

—Es difícil de explicar —se rascó la cabeza—. Y más si Julmar sigue dando vueltas.

—Está bien —dijo Julmar. Dejó el taladro junto a la computadora, y se sentó.

—Piensen en la música —dijo Parcino—. Supongan que toco un do, y luego subo a la nota más próxima. Ahora tengo un do sostenido. Todo el mundo cree que agregando otro sostenido debería llegar a un re. Y sin embargo no es así. Es así en el piano, la guitarra y muchos instrumentos más, pero se trata de una aproximación, un truco útil que no molesta al oído. En realidad, las notas del piano no son exactas. Cuantos más sostenidos agregue, más se irán apartando de las notas que en rigor deberían escucharse.

—¿Y los agujeros? —protestó Julmar.

—Digamos que con los agujeros pasa algo parecido —Parcino empezaba a entusiasmarse con su teoría—. Saltando a través de un agujero nos trasladamos de un lugar a otro, pero tal vez haya alguna diferencia entre trasladarse por la superficie y trasladarse por los agujeros. Tal vez las coordenadas cambien. Ya sé que es algo raro. Pero imaginen, por ejemplo, que un agujero nos lleva mil kilómetros al norte. Si atravesáramos esa distancia a pie, por la superficie, el mismo lugar podría no estar exactamente a mil kilómetros, sino a novecientos noventa y nueve.

—Imposible —dijo Guem—. Estamos perdiendo el tiempo.

—De acuerdo, parece imposible —aceptó Parcino—. Y yo no soy geógrafo para explicarlo mejor. Pero no se me ocurre otra alternativa. Si aceptamos mi idea por un momento, nos vamos a dar cuenta de que es lógico que la nave no esté aquí. Tras saltar tantos agujeros, la diferencia en las coordenadas puede ser apreciable.

—Pero el mundo es uno solo —dijo Guem, queriendo cerrar la cuestión—. Una cosa no puede estar en dos lugares al mismo tiempo, así como no puede haber dos cosas en el mismo lugar.

Pero Parcino no se daba por vencido.

—¿Por qué? —atacó—. ¿Porque si fuera así los mapas no servirían para nada?

—Yo no hablo de los mapas. Lo dicen las leyes físicas.

—En Camarjali las leyes físicas no existen.

Esperábamos que Julmar interviniera para aplacar la discusión, pero estaba demasiado preocupada para hacerlo. Entonces era imposible discutir. Nos callamos de golpe y pasamos un rato sentados en círculo, pensando. Después, Parcino volvió a hablar.

—Me parece que no se dan cuenta de algo —sonrió—. Mi teoría nos muestra lo que hay que hacer para encontrar la nave.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Julmar.

—Volver por el mismo camino. Dar marcha atrás, agujero por agujero, hasta llegar al punto de partida.

—Ese era el plan antes de llegar aquí —reconoció Guem—. Y no hace falta ninguna teoría absurda para explicarlo.

Parcino no supo qué decir. Julmar se puso de pie y se sacudió el polvo de la ropa.

—Que cada uno piense lo que quiera —dijo—. A mí no me importa. Yo quiero volver a la nave, y lo voy a hacer ya mismo.

—Un momento —Guem le agarró un brazo—. ¿Y la exploración? ¿Vamos a perder el tiempo en volver, ahora que avanzamos tanto?

—No creo que sea perder el tiempo —dijo Parcino, mientras se paraba junto a Julmar—. Tenemos que estar seguros de saber encontrar la nave.

—¿Qué problema puede haber?

—Guem trató de reírse—. ¿Acaso puede salir volando sola?

—No sé —dijo Julmar—. Esto no me gusta nada, y me voy.

—¿A dónde, sin la computadora? —Guem se mordió los labios y bajó la cabeza. Nos estábamos apartando del reglamento. La situación era delicada, y alguien tenía que retroceder—. Disculpen —dijo—. Pero perdamos el menor tiempo posible.

Nos pusimos en marcha enseguida. Volvimos al terreno de los montículos y a la llanura de los árboles, tratando de no mirar hacia el canal donde nuestros primeros pájaros se pudrían. Los otros nos seguían, sin entender por qué habíamos dejado de hacer pozos nuevos. Trepamos por la pendiente que antes habíamos bajado, y avanzamos hacia el agujero anterior, y así agujero tras agujero. Vimos otra vez los mismos lagos, los mismos canales, las esculturas y la montaña. Así pasamos el resto del día y todo el día siguiente, a paso redoblado. A la otra mañana nos habíamos perdido.

* * *

—No puede ser —dijo Guem. Apretaba las teclas de la computadora a toda velocidad—. Yo tomé bien los datos.

—¿Seguro? —dijo Parcino. Julmar lo interrumpió.

—Yo no lo dudo —dijo—. Es culpa de este planeta maldito.

Acabábamos de saltar uno de nuestros primeros agujeros, y estábamos en un lugar que no conseguía-

mos recordar. Guem nos juró que nunca habíamos estado allí. Al otro lado, en cambio, había un paisaje conocido. Algo había sucedido desde el momento en que habíamos hecho aquel agujero.

—Lo único que se me ocurre —dijo Guem— es que nos hayamos equivocado de agujero.

—¿Cómo? —preguntó Julmar.

—Este puede ser un agujero natural que antes no vimos. Si está cerca del nuestro, pudimos confundirnos. ¿Por qué no volvemos atrás y buscamos bien?

Lo hicimos, pero sin suerte. No había más agujeros. Julmar estudió los bordes del que habíamos saltado y reconoció las marcas del taladro.

—No voy a tolerar esto —dijo Parcino—. Guem tiene la responsabilidad de guiarnos hasta la nave.

—¿Por qué? —dijo Guem—. Aquí todos somos responsables.

—Guem nos llevó a su antojo por todo el planeta. Cualquier problema como éste es culpa suya.

—Parcino —dijo Julmar. Nadie la escuchó.

—Guem es una incompetente —dijo Parcino—. Nos engañó.

—Y Parcino es un inútil —dijo Guem—, que deja el trabajo a los demás y después sólo sabe quejarse.

Parcino se cruzó de brazos y se paró bien derecho.

—Espero que Guem esté dispuesta a sostener esa acusación ante un tribunal del Centro.

—Y yo espero —dijo Guem— que Parcino deje de decir estupideces.

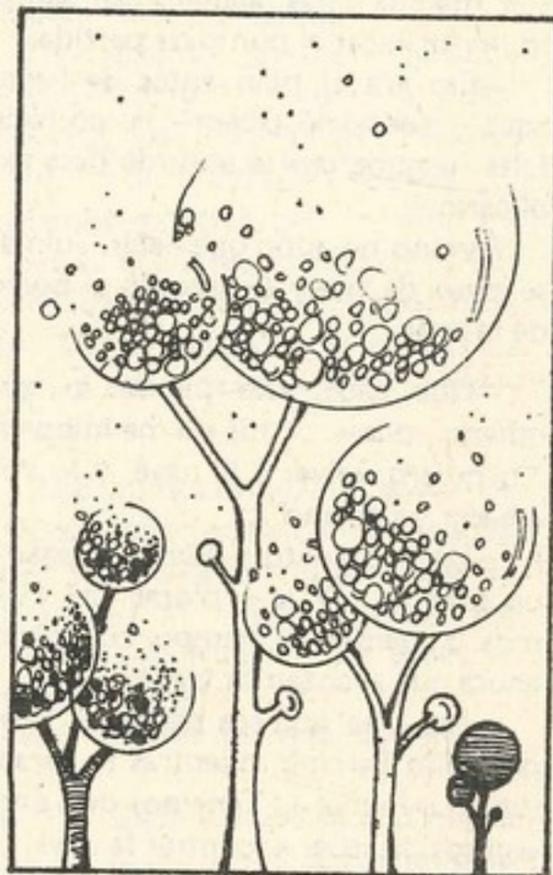
Julmar levantó los brazos y se paró entre nosotros.

—El reglamento —gritó—. No se olviden del reglamento.

Nos quedamos callados. Parcino dio media vuelta. Guem se sentó junto a la computadora y golpeó el suelo con el puño. Pasó media hora, durante la cual nos concentramos en el reglamento. Es el último recurso que queda en las situaciones más difíciles. Después volvimos a pensar en nuestro verdadero problema.

Estábamos en un punto muerto. Parcino ya no tenía más ideas. Guem descubría que las suyas habían perdido sentido. Julmar esperaba que ocurriese algo que nos salvara.

Al final fue Guem la que propuso un camino.



GINACA 84.

—Hagamos otro agujero —dijo—, y todos los que sean necesarios, hasta que consigamos acercarnos a la nave.

—Pero eso ya falló antes —recordó Parcino—. No hay ninguna garantía.

—Pude cometer un error —aceptó Guem—, de pocos kilómetros. Diez o doce hubieran bastado para perderlos —Parcino la miraba fijo—. Lo cual no significa que haya hecho un mal trabajo. Mi tarea ha sido eficiente al menos en un noventa por ciento, y ésa es nuestra garantía. Si un error nos sacó del camino correcto, ahora vamos a buscar mejor.

No había otra cosa que hacer, así que Julmar puso manos a la obra. Perforó en cualquier parte, y luego del alto nos encontramos a nueve mil kilómetros de la nave. Perforó de nuevo, y llegamos a sólo cinco mil kilómetros. Los pájaros eran felices otra vez. Disfrutaban de los saltos tanto como nosotros nos preocupábamos.

Durante todo el día nuestro mejor resultado fue una aproximación de seiscientos kilómetros. Eran demasiados para hacerlos a pie, por lo menos con nuestra ansiedad. El trabajo continuó durante el día siguiente, sin que pudiéramos acercarnos más. Al tercer día nos topamos otra vez con los árboles.

Guem decía que eran los mismos, que las coordenadas coincidían, pero a simple vista se notaban diferencias. Para empezar, no parecían tilos sino fresnos. Y el suelo estaba cubierto de césped.

Parcino se echó a descansar, y Jul-

mar junto a él. Camarjali nos estaba venciendo, y no teníamos nada que decir. En otro momento, el descubrimiento del césped nos hubiera alegrado, y seguramente Julmar hubiera propuesto alguna adivinanza al respecto. Ahora, significaba que el planeta tenía trucos contra los que no podíamos luchar.

Guem se atrevió a suponer que la computadora funcionaba mal, y que ahí estaban todos nuestros problemas. Debía estar asustada; la computadora era su principal tesoro. Sabíamos que prefería dudar de nosotros o de sí misma, antes que de ella. Pero ni Julmar ni Parcino quedaron convencidos con la idea. Si los árboles y el suelo eran distintos, otras cosas demostraban que el lugar era el que conocíamos. El canal, por ejemplo, no había cambiado. La turbulencia donde se había hundido Julmar estaba en el sitio correcto. La disposición de los árboles era la que Guem había anotado. Faltaban los pájaros muertos, pero ése era un cambio menor comparado con la aparición del césped y la transformación de los tilos.

Julmar arrancó un manojito de hierba. Abajo apareció el hormigón ve-teado. Por hacer algo, sacó el taladro y se puso a perforar. Cuando terminó, llamó a Guem para que saltara.

—¿Qué vamos a ganar? —preguntó Guem.

—No quedarnos quietos —dijo Julmar.

Guem se acercó de mala gana.

—Está oscuro —dijo, cuando miró

a través del agujero—. Debe ser de noche.

Saltó, y tras ella pasamos la computadora. Después nos sentamos a esperar que hiciera sus cálculos.

Diez minutos más tarde seguíamos sin noticias. La llamamos, y no contestó. Parcino se inclinó sobre el agujero y trató de ver al otro lado. Era imposible. Había una especie de cortina negra y opaca, en la que no se distinguía un solo resplandor.

—Guem —llamó Julmar, y luego más fuerte—. ¡Guem!

No contestaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó Parcino.

—Yo voy a saltar —dijo Julmar. Tomó impulso. Antes de que Parcino pudiera hacer nada, desapareció a través de la cortina negra.

—Julmar —llamó Parcino. Nada. Miró a su alrededor, y no le gustó la idea de quedarse solo. Levantó el bulto de Julmar y lo arrojó al otro lado. Después arrojó el suyo, con la comida y la guitarra. Cerró los ojos y saltó detrás.

Chocó con Julmar, que junto a Guem estaba inclinada sobre el agujero, al otro lado. Los bultos estaban esparcidos alrededor, y la computadora un poco más lejos. Más allá había una pared cubierta de libros.

—¿Qué pasa? —preguntó Parcino, sin saber dónde mirar primero.

Estábamos en una habitación enorme. El techo debía quedar a diez metros de altura, y las paredes al doble de distancia. El piso era de madera. Frente a la pared de los libros había una ventana abierta, por donde

entraba la luz del sol. Repartidos por toda la habitación había unos pocos muebles: algunas sillas, dos mesas, un sillón, varias lámparas de pie. A un costado colgaba un tapiz, con la imagen de un caballero vestido de rojo. Junto al tapiz había una puerta de madera labrada.

Guem había tenido un poco más de tiempo para habituarse al lugar, y sonrió al ver la cara que ponía Parcino.

—Parcino todavía no miró por el agujero —dijo.

—¿Por qué? ¿Qué hay? —preguntó Parcino, mientras se daba vuelta.

A través del agujero se veía otra habitación, muy parecida a la que ocupábamos. El mismo agujero había cambiado: era un rectángulo con marco de madera. Julmar señaló el lugar donde estaba apoyada, que resultó la hoja de una puerta, la que cerraba el agujero.

—No entiendo nada —dijo Parcino.

—Yo tampoco —dijo Guem—. Parece que saltamos por un agujero de mano única.

—¿Dónde estamos? —preguntó Julmar.

Nadie contestó. Guem todavía no había hecho sus cálculos, porque la sorpresa había sido demasiado fuerte. Se acercó a la computadora para hacerlos, pero entonces saltaron los pájaros.

Aparecieron uno a uno, como siempre, a gran velocidad. En cuanto veían que por encima no estaba el cielo abierto sino un techo, abrían las alas y las sacudían con todas sus fuerzas. La mayoría se golpeaba con-

tra el techo, y trataba desesperadamente de mantenerse en el aire y encontrar una salida. Unos pocos evitaban el golpe, e iban a dar contra las paredes, o contra otros pájaros, o contra nosotros. La habitación se llenó de plumas que bailaban de un lado a otro. Los graznidos nos aturdían. Nos apretamos contra el suelo y nos cubrimos la cabeza con las manos. Caían libros de los estantes. Las lámparas de pie se estrellaron en el suelo, tapizado por la lluvia de plumas. Los pájaros caían sobre nosotros y nos picoteaban la espalda.

De pronto el ruido empezó a disminuir, y Parcino se atrevió a mirar. Algunos pájaros habían conseguido atravesar la ventana, y los otros los seguían. Unos pocos quedaban desparramados por la habitación, con un ala torcida o una pata rota. Los graznidos se alejaban. Nos sentamos en el suelo y nos sacudimos las plumas. Julmar quiso ayudar a un pájaro que trataba de volar y recibió otro picotazo. Entonces escuchamos una voz. Venía del otro lado de la puerta que estaba junto al tapiz.

—¿Qué pasa ahí? —decía. La puerta se abrió, y apareció una mujer vestida con una túnica celeste. Miró lo que había dentro de la habitación, se llevó una mano a la boca y se desmayó.

Pensamos en atravesar el agujero, pero entre una habitación y la otra no había diferencia. Seguimos quietos. Diez segundos después vino alguien, que seguramente había escuchado el grito. Era el caballero del

tapiz, con su capa roja y su barba negra.

—Otra vez —dijo, cuando vio lo que ocurría.

—¿Cómo otra vez? —preguntó Parcino, sin saber lo que decía—. ¿Otra vez qué?

El caballero nos señaló con un dedo.

—Quédense donde están —dijo.

Le hicimos caso, porque no veíamos otra alternativa. Se inclinó sobre la mujer, la alzó y se fue con ella. Poco después volvió, nos miró de arriba abajo y dijo:

—Una entrada espectacular. ¿Siempre hacen lo mismo?

—¿Y usted quién es? —preguntó Guem.

—Como dueño de casa —contestó— debería hacer yo esa pregunta, no ustedes. Pero creo que no están en condiciones de contestar —miró el resto de la habitación y sacudió la cabeza—. Qué desastre.

Empezamos a sentirnos mal ahí echados en el suelo, mirando hacia arriba. Nos pusimos de pie. El caballero era más alto que nosotros: nos llevaba por lo menos una cabeza.

—Le pedimos disculpas —dijo Julmar.

—Aunque la culpa no es nuestra —dijo Parcino.

—Me imagino —respondió el caballero—. No es la primera vez que pasa —se rascó la barba y sonrió—. De cualquier manera, bienvenidos a mi casa. Después podremos hablar. Ahora hay que limpiar todo esto.

Gritó algo, y enseguida entraron dos hombres jóvenes, que se pu-

sieron a limpiar sin fijarse en nosotros.

Ahora que estábamos de pie podíamos ver qué había al otro lado de la ventana. Era un jardín lleno de flores y árboles verdes. Más allá había una mansión de dos pisos con balcones y techo a dos aguas. El paisaje no parecía de Camarjali.

—¿Qué hacemos? —preguntó Julmar. El caballero creyó que la pregunta iba dirigida a él.

—Sígueme —dijo—. Ustedes también tienen que lavarse.

Julmar empezó a caminar, pero Guem la detuvo.

—El equipo —dijo—. No podemos dejarlo acá.

—¿Por qué no? —preguntó el caballero—. Acá está seguro, y el personal podrá limpiarlo.

—Preferimos limpiarlo nosotros —dijo Parcino, con rapidez—. Son cosas delicadas.

—Está bien —aceptó el dueño de casa—. Traigan todo.

Nos acomodamos los bultos a la espalda, y salimos a un pasillo alfombrado. Por contraste con la alfombra impecable y las paredes blancas, nos dimos cuenta de nuestra apariencia. Estábamos sucios, llenos de magulladuras, teníamos el uniforme desgarrado y la piel ennegrecida y marcada por la intemperie. El caballero se mantenía a varios pasos de distancia, como para que no lo tocáramos. Miraba dónde poníamos las manos, tratando de mantener la calma. De pronto se puso a reír y dijo:

Tres que llegan no conocen las costumbres de la casa.

Dos mujeres, sólo un hombre, y no saben lo que pasa.

—¿Qué será? —agregó.

Julmar lo miró sorprendida.

—¿Le gustan las adivinanzas? —preguntó.

—Son una de mis especialidades —contestó el dueño de casa.

Ibamos a decir algo más, pero el caballero nos detuvo. Abrió una puerta a nuestro lado y señaló una escalera angosta que subía.

—En el primer piso hay baños —anunció corriéndose a un costado para que pasáramos.

Subimos y encontramos las bañeras y el agua que necesitábamos. El dueño de casa insistió en que Parcino usara un baño separado. Al principio nos negamos, pero le daba mucha importancia al asunto, y no insistimos.

Cuando se fue, nos apuramos a reunirnos otra vez.

—Qué bien —dijo Julmar, mientras nos lavábamos.

—¿Qué bien qué? —preguntó Parcino.

—Haber encontrado esta casa.

—Julmar tiene razón —intervino Guem—. Acá tiene que haber alguna nave, o por lo menos una radio para comunicarnos con el Centro.

—¿Están seguras? —dijo Parcino.

No, ninguno de nosotros estaba seguro. Pero los tres nos dábamos cuenta de que era mejor esto, y no el desierto vetado. Aquí, en el peor de los casos, habría provisiones y

podríamos descansar. A esa altura era una buena perspectiva.

—¡Lástima los pájaros —dijo Julmar.

* * *

Un rato más tarde estábamos en un salón con cuadros espléndidos y grandes ventanales por los que entraba la luz, en torno a una mesa, tomando el té. Habíamos aceptado dejar los bultos en una habitación del piso de arriba, pero Guem tenía la computadora a su lado. Estábamos limpios y frescos, por primera vez después de mucho tiempo. El dueño de casa nos había hecho entregar unas túnicas largas y blancas para reemplazar nuestra ropa de trabajo, mientras la lavaban y remendaban. Acostumbrados a los pantalones del Centro, nos sentíamos raros.

La mesa estaba cubierta de tortas y cosas dulces. Durante los primeros minutos nos dedicamos a comer todas las delicias que habíamos extrañado tanto. El dueño de casa esperó, mirándonos con la misma curiosidad que la mujer que se encargaba de reemplazar los platos vacíos. Después nos sentamos bien derechos.

—Creo que es hora de que me digan sus nombres —dijo el caballero.

—Guem Gancirado —dijo Guem.

—Parcino Gasbim —dijo Parcino.

—Julmar Codi —dijo Julmar.

—Es un placer tenerlos en mi casa —dijo el caballero.

—¿Y su nombre? —preguntó Guem.

—Dorbrod. El Quinto. Y éste es el Palacio Dorbrod, señora Gancirado.

Nos miramos, para decidir quién empezaba con las preguntas. Le tocó a Julmar.

—Estamos en una emergencia —dijo—. Perdimos nuestra nave, y no sabemos cómo volver.

Dorbrod arqueó las cejas, en un gesto teatral.

—No comprendo, señor Codi.

—Yo le explicaré —dijo Guem—. Dejamos nuestra nave para salir a explorar. Y ahora no la encontramos —se apartó el pelo de la cara—. Tal vez sea a causa de algún error nuestro, o de alguna anomalía del terreno. No podría decirlo.

Dorbrod se acariciaba la barba y movía la cabeza de arriba abajo.

—¿Qué clase de nave es, señora Gancirado? —preguntó.

—Tipo B, con equipo de primera, reconstruida.

Dorbrod se rió.

—No conozco esos tecnicismos —dijo—. ¿A vela, o a remo?

—Volvimos a mirarnos.

—Creo que no comprende —dijo Parcino—. No somos de aquí —se cruzó de brazos y agregó: —Venimos del Centro.

—¿El centro de qué? —preguntó Dorbrod.

—El Centro —insistió Julmar—. El único que hay.

—Lo lamento, señores —dijo Dorbrod—. Es la primera vez que oigo hablar de ese lugar.

—¿No conoce el Centro? —Julmar no podía creerlo, y nosotros tampoco, pero disimulamos mejor.

—Mi conocimiento del mundo es limitado —dijo Dorbrod—, y espero que sepa disculparme, señora Codi. De todos modos, es imposible para cualquiera conocer todo lo que existe.

—Pero el Centro... —dijo Julmar.

—¿Por qué no me hablan de la embarcación perdida? —pidió Dorbrod—. Tal vez les pueda ayudar a conseguir otra.

—Bien —dijo Parcino—. Pero conviene aclarar que no es una nave acuática, sino espacial.

Dorbrod puso cara de asombro.

—¿Para volar por el aire? —dijo, moviendo una mano delante de su cara.

—Sí.

—Un globo, entonces.

Nos quedamos mudos. Parecía inútil insistir. Al final, Guem fue más rápida para encontrar una salida.

—Puede decirlo así —respondió—. Pero no se preocupe por nuestra nave. Lo que nos interesa es comunicarnos con el Centro. ¿Podría facilitarnos algún medio para hacerlo?

—Si no sé qué es el Centro —dijo Dorbrod—, mal puedo saber qué medio necesitan. Dispongo de mensajeros, pero...

—Una radio, por ejemplo —dijo Parcino—. Debe tener una.

—¿Qué es una radio? —preguntó Dorbrod.

—Un mecanismo que permite... —empezó Guem, y se arrepintió. Sacudió la cabeza—. No importa.

Otra vez estábamos a punto de darnos por vencidos. Lo que habíamos comido nos pesaba en el estó-

magó. Sentíamos calor, aunque las túnicas eran livianas. Dorbrod nos miraba con curiosidad y sonreía. Evidentemente, le resultábamos divertidos.

Parcino decidió cambiar de estrategia. Si Dorbrod no podía ayudarnos, tal vez por su intermedio encontráramos a alguien que sí pudiera. La cuestión era descubrir con qué clase de gente tenía contacto. Y eso sólo sería posible de un modo indirecto.

—Señor Dorbrod —dijo—, no sabíamos que Camarjali estuviera habitado.

Dorbrod se rió a carcajadas.

—Muy bueno —dijo—. ¿Y de dónde vienen, para no saberlo?

—Ya se lo dijimos —insistió Julmar—. Del Centro.

Parcino tuvo una inspiración repentina:

—El Centro queda fuera de Camarjali —dijo—. No somos de este planeta.

A Dorbrod la risa se le congeló de golpe. Nos miró de arriba abajo, y luego pareció convencerse de que le estábamos haciendo otra broma. Sonrió, y dio una palmada en la mesa.

Savas, mi mujer —dijo—, a quien ustedes vieron desmayarse a su llegada, siempre me pide que cerremos esa puerta. Me refiero a la que usaron ustedes para entrar. Pero yo no aceptaría nunca —nos abarcó con un gesto de su mano—. Nuestras mejores visitas entran por allí.

Nos habíamos quedado quietos, y no sabíamos qué decir. Dorbrod interpretó nuestro silencio a su modo, y siguió hablando.

—Les voy a explicar —dijo—. Cada tanto tenemos una invasión de esta clase, si me disculpan la expresión. Y siempre por la misma puerta. Parece que da a muchos lugares, además de mi estudio personal, que es la habitación que habrán visto al otro lado. Diría que en realidad da a los terrenos más extraños de Camarjali.

—Es posible —murmuró Parcino. Dorbrod no lo oyó.

—Para que vean —continuó—, una vez entró un hombre con cincuenta sapos. Un viejo, con un bastón y una ropa que se caía a pedazos. Les daba órdenes a los sapos —Dorbrod se retorció de la risa—, y los sapos le obedecían. Los invité a cenar, a él y a los sapos, y me contó que venía de un mundo subterráneo, donde los animales forman gremios, y no sé cuántas cosas más —sacó un pañuelo de algún lado y se secó los ojos—. Mi esposa no me lo perdonó nunca.

—Claro —dijo Julmar.

Y otra vez —siguió Dorbrod— apareció una vieja con un reloj mágico. Era un reloj de péndulo, más alto que ella. Decía que en ese reloj las horas iban al revés, y que todo lo que tenía cerca rejuvenecía en vez de envejecer. Le pregunté por qué no rejuvenecía ella también, y me dijo que hacía miles de años que estaba rejuveneciendo —Dorbrod se echó hacia atrás en la silla, y apoyó las manos en la mesa—. Una maravilla, esa puerta.

—Ya veo —dijo Guem.

—De todos modos, ustedes son algo excepcional —siguió diciendo—. Carrac tiene que conocerlos.

—¿Carrac? —preguntó Parcino—. ¿Quién es?

—Un gran amigo —dijo Dorbrod—. El único que comprende mis pequeñas excentricidades.

Por un momento vimos que allí había una oportunidad.

—¿Podremos conocerlo? —preguntó Guem.

—Sin duda —dijo Dorbrod—. Lo invitaré a cenar.

Llamó a la mujer que servía la mesa y le dio unas instrucciones. La mujer salió, y volvió un minuto después. Mientras tanto, no se dijo nada más. Nosotros mirábamos el fondo de nuestras tazas, y Dorbrod le ordenó a la mujer que las llenara otra vez.

—Es la primera vez que veo tantos pájaros juntos —dijo después—. A ustedes les deben gustar mucho. Pero deberían cuidarlos mejor.

—No contábamos con caer en su biblioteca —explicó Julmar.

—Me imagino.

—¿Por qué le sorprenden los pájaros? —siguió Julmar, que estaba más tranquila con el cambio de tema—. ¿Ustedes no tienen?

—Algunos hay. Pero no tantos. Ni con esos colores. Tengo que admitir que los suyos son pájaros hermosos, señora Codi.

—Gracias —dijo Julmar.

Guem había decidido que convenía hacer algo concreto. Se había inclinado sobre la computadora, y calculaba nuestra posición.

—¿Qué es ese aparato, señora Gancirado? —preguntó Dorbrod.

—Una computadora —contestó Parcino. Guem no prestaba

atención a nadie mientras trabajaba.

—Perdón —Dorbrod se inclinó para ver mejor—. ¿Qué cosa?

—Una máquina para hacer cálculos —dijo Parcino—. Nos dice dónde estamos.

Dorbrod se irguió otra vez.

—Ya les expliqué que están en el Palacio Dorbrod —dijo—. Mi palabra merece algún respeto, señor Gasbim.

—Sí, sí —dijo Parcino—. Le ruego que me disculpe —volvió a mirar el interior de su taza, convencido de que no valía la pena agregar nada.

Guem movía las manos sobre el teclado lo más rápido que podía, y pronto vimos que terminaba.

—Ya estuvimos en este lugar —dijo—. O por lo menos muy cerca.



—No creo —dijo Dorbrod—. Mis centinelas los hubieran visto.

—Quiero decir en esta ubicación geográfica —corrigió Guem—. Empiezo a creer que no es lo mismo. Parece que en Camarjali muchas cosas pueden ocupar un solo sitio.

—Lo que yo decía —intervino Parcino.

—Eso es cierto —dijo Dorbrod—, pero esta ala del Palacio está aquí desde los tiempos de Dorbrod el Primero, y no creo que ustedes hayan existido antes de su construcción.

Guem nos miró, y luego miró a Dorbrod.

—Espero que disculpe mi curiosidad —dijo—, pero ¿nos permitiría conocer los alrededores del palacio?

Era una idea que se nos tendría que haber ocurrido antes. Hasta Parcino admitió que Guem había dado en la tecla.

—Con mucho gusto —dijo Dorbrod—. En realidad, iba a proponer una pequeña excursión.

Cuando todos terminamos otra taza de té, nos pusimos de pie y salimos de la habitación. Dorbrod vio que Guem seguía cargando la computadora, y llamó a alguien para que la llevara.

—No —dijo Guem, dando un salto hacia atrás—. Yo soy responsable de este equipo.

—Como usted prefiera, señora —dijo Dorbrod.

Parcino y Julmar se sentían más pesados que antes por la comida, y agradecían no tener que llevar ningún bulto. Dorbrod nos guiaba por pasillos amplios e impecables, en los que

no se oía un solo ruido. El paseo fue corto: en cuanto entramos a un salón lleno de espejos y sillones de cuero negro, Dorbrod se acercó a un agujero que había en el centro.

—¿Por ahí? —preguntó Julmar.

—¿Por qué no, señora? —dijo Dorbrod—. Es el camino más corto.

A un lado del agujero había una agarradera adosada a un cilindro metálico. El cilindro, a su vez, estaba fijo al suelo por sus extremos. Dorbrod metió un pie por debajo de la agarradera y, tomando impulso con el otro, se lanzó hacia adelante. El cilindro giró, y Dorbrod cruzó el agujero.

—Pasen —nos dijo desde el otro lado.

Nos miramos, como se había hecho costumbre desde nuestra llegada al Palacio. Dorbrod había vuelto a mover el cilindro, para que la agarradera quedara de nuestro lado. No sabíamos si saltar según nuestro método o usar el de Dorbrod. Finalmente elegimos el de él: tenía la ventaja de que Guem podía saltar con la computadora encima.

Al otro lado, el agujero daba a una cabaña de troncos, rústica y pequeña, en la que un viejo alimentaba el fuego de una chimenea con trozos de leña cuidadosamente cortados.

—Esta es una de las mejores vistas del Palacio —dijo Dorbrod, ignorando al viejo. Salimos al aire libre.

Estábamos a la orilla de un lago, en las últimas estribaciones de un bosque de pinos. A nuestro alrededor, las montañas eran altas y tenían la cima cubierta de nieve. Frente a nosotros bajaba un arroyo entre las

piedras. Corría un viento suave y fresco.

Aspiramos hondo. Después parpadeamos varias veces. Pero el paisaje no cambió.

El palacio de Dorbrod el Quinto resultó enorme, y no llegamos a conocer más que algunas de sus alas. Del lago y las montañas saltamos por otro agujero a una plantación de algodón, donde recién amanecía. Los campesinos salían de sus barracas con las herramientas en la mano, y miraban a Dorbrod con respeto.

—¿Cómo marcha el trabajo? —le preguntó Dorbrod a un capataz que se había acercado.

—Muy bien, señor —dijo el capataz—. Estamos listos para embarcar trescientas toneladas.

Al parecer, Dorbrod quedó satisfecho con la respuesta.

—El algodón —dijo— es uno de los últimos rubros que he incorporado, y ya va por buen camino.

De la plantación pasamos a la orilla de un río ancho y selvático, lleno de mosquitos. Por el centro del río navegaban unas canoas largas y angostas, impulsadas por remeros desnudos. En medio de cada canoa había una jaula. No llegamos a distinguir qué animales había dentro de las jaulas, pero escuchamos sus rugidos.

Dorbrod mató un mosquito que se había posado en su barba.

—Voy a tener que cambiar este lugar —dijo—. Es un foco de infecciones.

Nos metimos en una choza medio derruida. En su interior había una puerta, y pasamos a una pista de esquí, donde un hombre de piel curtida nos dio un abrigo, y de allí a un taller de orfebrería, una pirámide construida sobre un témpano de hielo, un campo de cultivo de flores, un mirador en el borde de un precipicio interminable, un oasis en medio del desierto. Casi sin darnos cuenta pasamos por una playa tropical, un aserradero, una roca en medio del mar, una llanura por la que corrían manadas de caballos, una aldea de casas hechas con ramas, una fábrica de muebles, un edificio de cristal bajo el agua.

A cada salto, Guem tomaba las coordenadas, y las anotaba prolijamente en la computadora. A veces suspiraba y decía:

—Aquí ya estuvimos. Había un par de piedras sueltas, y las vetas eran más anchas que el promedio.

O algo así, Otras veces nos informaba que el lugar era nuevo, pero la sensación de que veíamos cosas imposibles no cambiaba.

Entre una escala y otra pasábamos por habitaciones lujosas, pasillos decorados con cuadros y esculturas, un museo de instrumentos pertenecientes a culturas primitivas, bibliotecas, templos dedicados a distintas religiones, túneles oscuros y terrazas iluminadas por el sol. Saltábamos del ecuador a los polos, de la mañana a la tarde, del mediodía a la medianoche. Dorbrod nos guiaba de un lugar a otro sin dudar, como si conociera cada metro cuadrado de sus dominios.

Daba un nombre a cada región, nos explicaba las actividades del lugar, nos presentaba a alguna de las personas que había allí.

—¿Todo esto es suyo? —preguntaba Julmar.

—Tengo ese honor —contestaba Dorbrod.

—Es un verdadero imperio.

La población del Palacio también era interminable. Calculamos miles de personas, entre capataces, contadores, campesinos, artesanos, sacerdotes, sirvientes, centinelas, escribas, artistas y gente cuya ocupación no conseguimos descubrir. Casi todos nos miraban con un poco de curiosidad, y luego desviaban la vista, como si temieran que Dorbrod los castigase. Su actitud hacia Dorbrod iba de un respeto profundo a un miedo religioso. Nos dimos cuenta de que habíamos tenido suerte: Dorbrod había decidido protegernos, pero también hubiera podido ignorarnos o enviarnos a trabajar a sus canteras. Era una especie de déspota caprichoso, que a veces prometía favores a personas que ni siquiera se acercaban a pedirlos, y a veces respondía a los ruegos de alguien con la orden de desaparecer de su vista.

Por encima de todo se divertía. Dejaba que los cultivos y las fábricas funcionaran por su cuenta, y se interesaba por los campos de deportes, los paisajes extraños, las ocupaciones improductivas. Tenía ejércitos de pintores, poetas, escultores, músicos: cuando pasábamos por sus talleres se ponían de pie y sonreían.

—Fue una gran casualidad —dijo

Parcino una vez— que justo nos encontráramos con usted.

—No —dijo Dorbrod—, aquí no hay casualidades. Si no me hubiesen encontrado, ¿quién les iba a mostrar todo esto?

—¿Qué quiere decir?

—De todo el Palacio, soy la única persona interesada en ustedes. ¿Para qué iban a tropezarse con un grupo de campesinos, por ejemplo? Amigo Gasbim, los dioses conocen bien su profesión.

La excursión era rápida y superficial. No pasábamos más de diez minutos en cada lugar. Esperábamos encontrar en cualquier momento una visión del Camarjali que conocíamos: las vetas, el suelo de hormigón, las bandadas de pájaros, los canales. Pero no vimos nada parecido. Parcino le describió a Dorbrod los paisajes que habíamos visto, y Dorbrod dijo que no los conocía.

—Lugares interesantes, por lo que oigo —comentó—. Quisiera llegar a ellos algún día.

Nos llamó la atención la cantidad de centinelas que había por todas partes, y le preguntamos a Dorbrod si estaba en guerra.

—No —contestó—, son puestos fronterizos. Los territorios que están más allá no han sido explorados, y uno nunca sabe qué sorpresas pueden deparar.

—Pero la puerta que atravesamos nosotros no estaba vigilada —dijo Parcino.

—No es lo mismo una puerta que una frontera —Dorbrod se rió—. En

todo caso, si uno no corre ningún riesgo la vida se hace monótona.

Las fronteras del Palacio debían tener miles de kilómetros, a pesar de que cada ala dominaba una región pequeña. Los lugares ya explorados, nos explicó Dorbrod, se ampliaban con nuevas exploraciones, pero no siempre: para él, no valía la pena alejarse caminando de los sitios conocidos, cuando uno podía encontrar otro sitio nuevo a sólo treinta centímetros bajo sus pies.

—¿No tiene curiosidad —preguntó Guem— por saber qué hay más allá?

—Sí —dijo Dorbrod—, pero esas distancias no están hechas para mí. No tienen mi medida. ¿Acaso podríamos recorrerlas como estamos recorriendo ahora el Palacio?

* * *

Después de un par de horas de saltos y sorpresas, se acercó un sirviente y dijo algo al oído de Dorbrod.

—Buenas noticias —dijo Dorbrod, luego de despedirlo—. Tendrán la oportunidad de presenciar la apertura de una nueva ala.

—¿Sí? —dijo Julmar.

—Yo creía que la ceremonia iba a ser mañana, pero mi gente siempre se adelanta —hizo un gesto con las manos—. Están formalmente invitados —agregó—. Síganme.

Saltamos a través de varios agujeros, y llegamos a un lugar donde había mucha actividad. Era una especie de estadio, con las tribunas repletas de gente que cantaba y vitoreaba a Dorbrod. En el centro del estadio ha-

bía un grupo de personas vestidas con trajes de colores. Una de ellas se adelantó a recibir a Dorbrod. Tenía un vestido de plumas y la cara pintada con líneas verdes y rojas.

Dorbrod se inclinó ante él.

—Salud, sacerdote —dijo—. ¿Cuál es la voluntad de los dioses?

El sacerdote estiró los brazos y señaló los pies de Dorbrod.

—El mundo está preparado para un nuevo descubrimiento —dijo. Nos miró durante un segundo, y decidió que no merecíamos su atención—. Las señales del suelo son claras.

Miramos hacia abajo. Justo donde estábamos parados habían arrancado el césped en un círculo de dos metros de diámetro, y se veía la tierra. Dorbrod movió la cabeza de arriba abajo y dio una orden.

El público de las tribunas se puso de pie y empezó a gritar. Por todas partes se levantaron banderas de colores. Dorbrod salió del círculo y lo seguimos. Los que estaban en el centro del estadio abrieron una gran caja y sacaron de su interior palas y picos. Los alzaron por encima de sus cabezas, y se pusieron a danzar alrededor del círculo.

De alguna parte había salido una banda de músicos con flautas y tambores. Tocaban con todas sus fuerzas, sin afinación ni ritmo.

De pronto, los que danzaban se echaron hacia adelante y empezaron a cavar. La música subió de volumen, pero los gritos de las tribunas la taparon por completo. Avanzamos un par de pasos, para ver qué ocurría dentro del círculo.

A los diez minutos, el agujero estaba abierto. Alguien sacó de la caja un cilindro con su correspondiente agarradera de cuero y lo instaló en el borde. El sacerdote alzó los brazos, y al instante el estadio quedó en silencio. Parcino tosió: varias caras lo miraron con desaprobación.

Los oídos nos zumbaban, y podíamos oír la respiración de la gente. Dorbrod avanzó majestuosamente hasta el cilindro, metió un pie en la agarradera y saltó al otro lado. Esperamos. Nadie se movía. El sacerdote estaba temblando, y los músicos miraban sus instrumentos. Los excavadores habían cerrado los ojos, y formaban un grupo apretado a pocos metros del agujero. Julmar se frotaba las manos.

—Los dioses han sido propicios —gritó Dorbrod desde el otro lado.

El sacerdote pegó un salto.

—Los dioses han sido propicios —repitió, dirigiéndose a las tribunas.

El griterío que siguió fue mayor que antes. Ahora el público se apretaba al pie de las tribunas, mientras un cordón de guardias trataba de contenerlo. Los músicos soplaban las flautas y golpeaban los tambores con tanta fuerza que su música era una mezcla de aullidos y explosiones. Dorbrod volvió a atravesar el agujero, e hizo un gesto para que el sacerdote y los demás presentes lo acompañáramos al otro lado.

Saltamos en orden, uno tras otro, y vimos que el agujero daba a una habitación amueblada, un poco sucia por el polvo que se había desprendido durante la excavación.

—Excelente lugar —dijo Dorbrod—. Los muebles guardan el mejor estilo. El sacerdote se inclinó ante el elogio.

—El señor Dorbrod debería ver los alrededores —dijo.

Salimos de la habitación, recorrimos un vestíbulo y encontramos la puerta que daba al exterior. Dorbrod la abrió con un gesto exagerado. Miró afuera durante unos pocos segundos, dio media vuelta y se dirigió a nosotros tres.

—Les agradezco su ayuda —dijo. Luego le habló al sacerdote—. Ellos me describieron este lugar.

El sacerdote nos dedicó una inclinación de cabeza. No entendíamos nada.

—Sígueme —nos invitó Dorbrod. Salimos tras él.

Estábamos a pocos pasos del lago de las esculturas. A menos de cien metros de nosotros se levantaban los monumentos: las posiciones que representaban nos parecieron más ridículas que nunca. Una bandada de pájaros estaba a la orilla del lago, picoteando el hormigón. Atardecía.

—Esta ala recibirá el nombre de Recuerdos del Centro —dijo Dorbrod—, en honor a nuestros distinguidos visitantes.

El sacerdote tomó nota rápidamente en una libreta que sacó de alguna parte de su traje. Dorbrod se alejó de la puerta, y dio media vuelta para contemplar el edificio. Era una mole en forma de cubo, sin ventanas. Por encima del techo asomaba otra

escultura, en la que se podía adivinar al mismo Dorbrod, rascándose una oreja.

—¿Cómo hicieron para encontrar este lugar? —preguntó Guem.

—El lugar nos encontró a nosotros —dijo Dorbrod.

—Los dioses son sabios —dijo el sacerdote.

—Y mis sacerdotes saben halagarlos —dijo Dorbrod.

Era imposible pedir más explicaciones. La multitud de las tribunas había llegado al agujero, y ahora saltaba a través de él para conocer el nuevo dominio de Dorbrod. Los más rápidos ya estaban corriendo hacia las esculturas.

Dorbrod nos hizo una seña, y nos abrimos paso tras él hasta el estadio. La gente se corría respetuosamente para que Dorbrod pasara, pero nosotros no le interesábamos: recibimos golpes, empujones, codazos y miradas de odio, sólo por ir contra la corriente. Llegamos maltrechos. Al vernos, Dorbrod se rió.

—Creo que aún tenemos tiempo para visitar un ala más —dijo después—. Si es que a mis visitantes les quedan energías.

Caminamos mansamente a sus espaldas, atravesamos otro agujero y llegamos a un lugar donde un bosquecillo de eucaliptos rodeaba un arroyo, ante unas montañas imponentes. Luego del espectáculo en el estadio, la calma del bosquecillo nos ayudó a reponernos. Nos sentamos en unos bancos de madera, frente al arroyo, a descansar. Aunque hacía frío, estábamos sudando.

Dorbrod también estaba cansado, de modo que pasamos media hora sin hablar ni movernos de los bancos. Guem ni siquiera se preocupó por calcular nuestra posición. Parcino tenía la mente en blanco. Julmar estuvo unos minutos frotándose las manos, y luego nos pareció que se dormía. Al final abrió los ojos, se despejó y dijo:

Sube alto y no vuela
porque nadie le dio alas.
Tiene nombre y es de piedra,
de la piedra está formada.

Nosotros no dijimos nada. Dorbrod contestó:

A quien habla de montañas,
que se fije ahora en la tierra.
¿Quién es el que siempre baja,
va corriendo, y sin piernas?

Julmar tardó apenas diez segundos en responder:

Porque el río es la respuesta
yo le digo junto al río:
sube y baja y da la vuelta
por detrás cuando dormimos.

Dorbrod sonrió. Miró su reloj de bolsillo y dijo:

Esto no es adivinanza,
pero ya que habla del sol,
la cena está preparada.
Pasemos al comedor.

—¿Qué tiene que ver el sol con la cena? —dijo Julmar.

—En el ala del comedor —dijo Dorbrod—, el sol se pone cuando llega la hora de cenar.

Nos pusimos de pie, entramos a una cabaña, y cuatro o cinco agujeros más tarde llegamos al sector del Palacio de donde habíamos partido. Allí se había hecho de noche, y descubrimos que en el Palacio no había electricidad: las distintas habitaciones estaban iluminadas con velas o lámparas de gas. Dorbrod nos hizo acompañar a los baños del primer piso, nos lavamos y nos dieron túnicas nuevas, esta vez amarillas. Después pasamos al comedor.

* * * (continuará)

(c) Eduardo Abel Giménez, 1984.

**PRIMER CONCURSO DE CUENTOS PARSEC DE
CIENCIA FICCIÓN Y FANTASIA**

Los resultados se darán a conocer en PARSEC REVIS-
TA/8 de enero de 1985.

PARA GENTE DE MENTE

REVISTA

JUEGOS

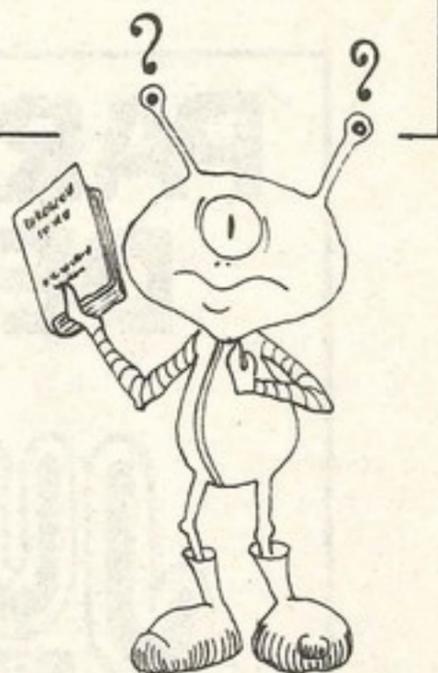
PARA GENTE DE MENTE



**TODOS LOS MESES, EN SU KIOSCO,
UN FESTIVAL DE LA INTELIGENCIA**

Crucigramas realmente buenos (y divertidos)
Acertijos, enigmas lógicos, ingenio
Desafíos creativos, concursos, grandes premios

UN PARSEC DE INFORMACION



El quinto Dune de Frank Herbert acaba de aparecer en castellano editado por Ultramar. Se llama **Herejes de Dune** y genera una extraña sensación: a la velocidad que los editores españoles vienen arrimando, no sería raro que para el décimo Dune ya estemos adelante de los propios yankis. Es decir, prevemos la publicación en castellano antes que en inglés...

Minotauro de España ha lanzado **Informe de probabilidad A**, de Brian Aldiss, con lo que queda refutada la

noticia de Un parsec de información Nro. 3. **Heliconia primavera** (que sí está anunciado) deberá esperar un poco más. (¡Ah, la vaguedad de ciertos informantes induce cada error garrafal!)

Reconstituida de Anne McCaffrey (Acervo), que estaba anunciada desde hacía varios meses, apareció finalmente (y nuestro corresponsal agrega con ese gracejo tan típico como gracioso: "...y no va de dragones..."). Nos parece particularmente intere-

sante disponer de un McCaffrey sin dragones. Cada vez que hemos tomado contacto con un trabajo de esta escritora que no se integra a la línea "comercial" comprobamos un gran nivel, como en "Campos de terciopelo" de próxima aparición en Parsec.

Después de mucha espera y más dudas que certezas, Nueva Dimensión lanzó su colección de libros de autores españoles. El primer título es **Lágrimas de luz** de Rafael Marín Trechera, uno de los escritores españoles más interesantes, autor de una novela corta mucho menos que perfecta, pero que despertó cierto interés en el momento de su publicación: "Nunca digas buenas noches a un extraño".

Nebulae sigue anunciando **¿Quién anda por ahí?** de Bob Shaw y no se ha vuelto a hablar de **La transmigración** de Timothy Archer de Philip K. Dick. Corren rumores de que Nebulae dejaría de salir y pasaría los títulos pendientes a Minotauro.

El segundo volumen de relatos de John Varley en Martínez Roca se llama **En la antesala de los reyes marcianos**. En la próxima entrega de Un parsec de información detallaremos todos los cuentos y novelas cortas que componen los dos volúmenes, aunque de más está decirlo, hay mayoría de obras ya publicadas.

Por último (dentro del panorama español) debemos hablar del esfuerzo de los fanzines por trascender su propia condición publicando libros. Y el

primer ejemplo lo proporciona Space Opera con **Antes del Imperio** de Carlos Saiz Cidoncha. Fiel a su línea, Martínez Roca presenta un "space opera" típico (y tópico) pero no parece haber nadie satisfecho con los resultados. Tal vez —ni siquiera— el autor. Esperaremos la opinión de los críticos españoles antes de emitir la propia (por aquello de la sogá en la casa del ahorcado...)

El otro ejemplo no es precisamente un libro de cf, ni siquiera de ficción a secas. Se trata de un ensayo de Javier Martín Lalanda, **La canción de las espadas** y se refiere a la fantasía



heroica en la obra de Howard y en particular al inefable Conan... Es una edición de Tiempo, colección Fan de Fantasía (dirigida por José Luis González Lago).

Y ahora sí, las novedades de Argentina:

Minotauro lanzó Juegos malabares de Carlos Gardini a mediados de junio (y no en septiembre como habíamos anunciado erróneamente en Un parsec de información Nro. 2). Y es particularmente significativo que Souto abra el fuego publicando novelas de autores nacionales en una colección que hasta ahora se había limitado a volúmenes de cuentos. Empezamos a preguntarnos cuál de las dos novelas (ésta o *Sinfonía cero*) tiene más probabilidades de llevarse el Premio Más Allá 1984...

Las reediciones de Minotauro (nuevas presentaciones con tapas de importantes artistas plásticos argentinos) en junio y julio incluyen: *Ciudad de Simak* (Raúl Fortín), *El árbol de las brujas* de Bradbury (Fati), *El juego de la rata y el dragón* de Cordwainer Smith (Chichoni), *El hombre ilustrado* de Bradbury (Fati), *Solaris* de Lem (Chichoni), *La intersección de Einstein* de Delany (Chichoni).

Y una primicia: Minotauro proyecta lanzar una antología argentina de cf y fantasía (cuyo nombre sabemos pero recién daremos dentro de algunos meses) para la Feria del Libro 1985.

Más primicias: Ediciones Filofal-sía tiene "en carpeta" su segunda antología. Incluye novelas cortas de Wyndham, Bradbury y Pohl. Y la tercera antología estará dedicada (sí, también) a los jóvenes valores que surgen como hongos después de la lluvia en este remozado panorama nacional.

Revistas y fanzines

La creciente irregularidad de Nueva Dimensión y las dudas acerca de su permanencia en el mercado nos obligan a centrar la atención en las dos revistas argentinas y en el buen número de fanzines que se mantienen a ambos lados del Atlántico.

Según todos los indicios (aunque en el momento de redactar estas notas no ha llegado a nuestras manos) hacia fines de junio apareció en España el Nro. 12 de Tránsito, enteramente dedicado al "fenómeno" argentino. Esperamos poder presentarlo en el próximo Parsec.

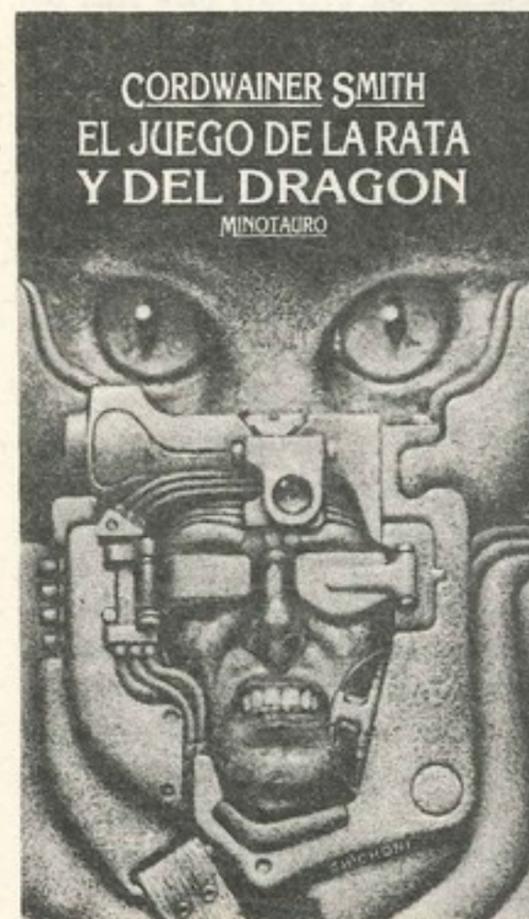
En cambio la suerte de Kandama parece demasiado ligada a la de Nueva Dimensión y a pesar de todos los anuncios halagüeños el esperado Nro. 8 no ha salido.

Y mientras los fanzines españoles fenecen o se irregularizan, en Argentina acaba de salir el quinto fanzine activo: se trata de Unicornio Azul y tiene una particularidad: se edita en Rosario, Santa Fe. Promete una periodicidad mensual (eso es difícil de

cumplir, pero celebramos la osadía) y bajo una dirección colegiada (aunque adivinamos que detrás de El Tripulante Sobrante se esconde Claudio Noguero) ofrece en su Nro. 1: "Círculo (o crónica del espejo roto)" de Laura Corbella; "En el umbral de la última esperanza" de Julio C. Páez; "Saurembo regresa" de Pedro de Carlo; "El último baluarte" de Sergio Gaut vel Hartman; comentarios sobre la topología y la cinta de Moebius por Thot Sh; comentarios de libros a cargo de Noguero y El Tripulante Sobrante. Dedicamos una página al Círculo Rosarino de CF y F y hay

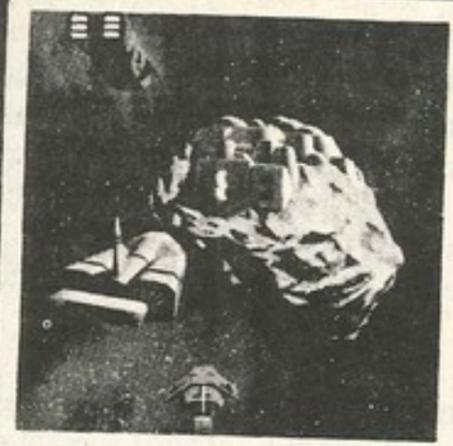
ilustraciones de Laura Corbella, Condoro, Pedro de Carlo, C. Ramírez y promete para los próximos números relatos de Nancy Kress, Barry Malzberg, Edelmar Abratte, Carlos Silnik, Pedro de Carlo, Claudio Noguero, Roger Zelazny, Marisa Batellini, John Keefauver, Spider Robinson, Orson Scott Card, Kit Reed, Mariano Meoni, Rolando Tello, Laura Corbella, Carlos Giménez y Sergio Gaut vel Hartman. Correspondencia y suscripciones: Claudio Noguero, Corrientes 1273, 8o. "A", 2000 Rosario, Santa Fe.

Sinergia intenta compensar el atraso de su número 6 (otoño) adelantando el 7 (invierno) para fines de agosto. Y en ese número 7: "Kahalaan" de Esteban Sayegh; "Angel" de la premiada Marta Esviza Garay; "Saurembo regresa" del también premiado Claudio Noguero (y damos fe—aunque nadie va a creerlo—de que esos relatos estaban previstos antes de que el CACyF otorgara los "Más Allá"); "Reflexiones sobre espejos" de Sergio Toews; "Paraíso" de Verónica Figueirido; "Las invasiones" de Carlos Silnik; "La espléndida bolsa vital" de Tarik Carson; "La rebelión de los personajes: Carter" de Julio Neveleff; "El nuevo uniforme de Enrique" de Laura Champalbert. Y en *Partículas subatómicas*: "Luz de la luna" de Pancho Fernández, "El puñal" de Miguel Pepe, "Tal vez" de Mariano Beunza, "En la oficina de recepción de cronodesplazados" de Saúl Finger, "Crecimiento" de Hugo Dezeo y "Mercader" de Henry Slesar.



Ciencia Ficción

ANTES DEL IMPERIO
carlos s. eidoncha



SPACE OPERA

NOVELA

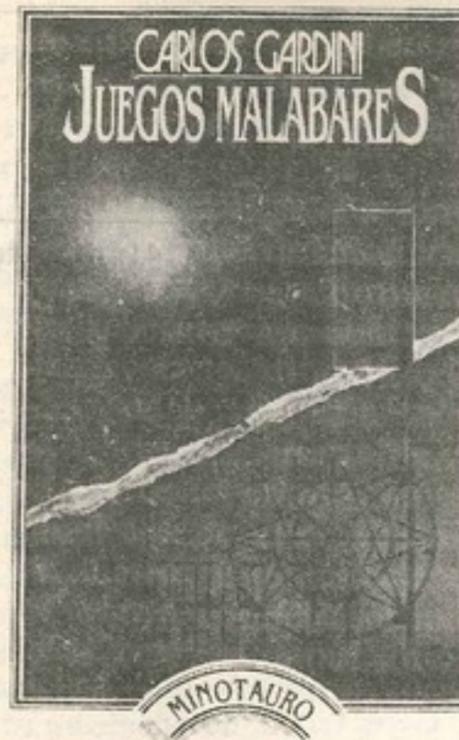
Por supuesto el Director anuncia las habituales secciones fijas y Opiniones, con muchas opiniones de los lectores. Casilla de Correo 200, 1453 Suc. 53 (B), Argentina.

Minotauro-revista no se detiene. En el número 7 una novela corta de Samuel Delany: "El foso estelar". Una entrevista a Delany por Charles Platt. "El día que incendiaron el aire" de Antonio Elio Brailovsky. "El sinuoso camino de la libertad" de Carlos Gardini. "Wood'stown" un curioso y vigente relato de Alphonse Daudet. "Carteles" de Sergio Gaut

vel Hartman. Una historia de la computación por Pablo Capanna: "Fantasmas en la máquina". Una autobiografía del polaco Stanislaw Lem y notas de libros por Pablo Capanna y Carlos Gardini. Y en el número 8 "El rey de Invierno" y un ensayo titulado "¿Es necesario el género?" —una reflexión sobre *La mano izquierda de la oscuridad*— ambos de Ursula K. Le Guin y uno de los pocos relatos todavía no traducidos de Cordwainer Smith: "Los miniños de Mamá Hitton".

Actividades

Algunos detalles adicionales sobre la entrega de premios Más Allá del CACyF (que completan la lista de ganadores de nuestro número anterior): Una nutrida concurrencia (muy nutrida, teniendo en cuenta que el CACyF todavía está en una etapa de organización) colmó el auditorio de Promúsica. Entre los asistentes pudimos notar a Marcial Souto, Carlos Gardini, Angélica Gorodischer, la totalidad de los directores de fanzines y, ¡oh sorpresa!, hasta algunos periodistas. El acto se abrió con una reseña de las actividades a cargo del presidente de la entidad, ingeniero Juan Carlos Verrecchia, seguido de una charla a cargo de la profesora Norma Dangla sobre los orígenes de la cf. A continuación se procedió a la entrega de los trofeos y cerró el acto la proyección de las películas premiadas (ya que la lectura de los relatos y libro ganadores hubiera resultado tediosa).

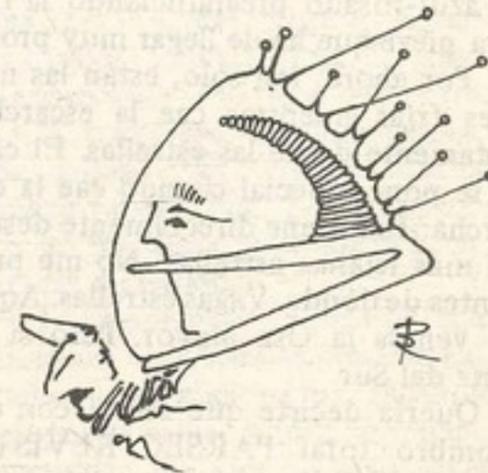


Y ya que hablamos del CACyF y sus actividades no está de más señalar que las reuniones semanales se siguen realizando en el bar "Encuentros", Rivadavia 1438, Capital Federal, todos los viernes de 19 a 21,30 horas. Es particularmente interesante para los aficionados del interior que viajan a Buenos Aires tener una referencia precisa sobre cómo tomar contacto con el fandom local.

Y por falta de espacio debemos dejar para la próxima los detalles de la reunión del Círculo en Rosario y las visitas de aficionados del interior que nos hablaron del crecimiento de las actividades en las provincias.

En próximos números de Parsec:

La última parte de "Un paseo por Camarjali" de Eduardo A. Giménez. "Los ratones felices", un relato de cf de Mario Levrero. "Una oportunidad para la simetría" de John Brunner (¿se estará librando una guerra galáctica por aquí cerca?). "El sol de la pradera"; Bryant y un efecto secundario —posible— de los viajes temporales. "El jardín de las sirenas" de Lee Killough —una escritora en ascenso. Jack (Jack, no John) Halde-man y el humor en "Un hecho científico". Un Malzberg de pura cepa: "Danza". Y también Sargent, Leiber, Sheckley, McCaffrey, Koontz, Wolf, Budrys, Shaw, Effinger, Pohl, Bunch, Tuttle, Wellen, Gary Wright y Sturgeon (adivinaron: "Talento" no era más que un aperitivo; esperen confiados un plato fuerte del gran Ted).



LA NAVE CORREO

Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Capital.

Mi amigo,

en estos mismos momentos estoy escribiendo a máquina y mirando de vez en cuando por la ventana de mi despacho, en un primer piso, y veo los grises techos de las casa y un poco más lejos, bastante, el horizonte que ya se va poniendo de ese clásico azul-rosado preanunciando la futura nieve que ha de llegar muy pronto. Por ahora, tan sólo, están las noches frías mientras cae la escarcha justamente desde las estrellas. El cielo se pone especial cuando cae la escarcha: ésta viene directamente desde las más lejanas estrellas. No me preguntes de dónde. Vagas estrellas. Aquí no vemos la Osa Mayor. Pero sí la Cruz del Sur.

Quería decirte que recibí con un asombro total PARSEC REVISTA Nro. 1. Decirte que me gustó hasta el mango es poco: esperaba algo bueno,

cuando hace meses me hablabas del proyecto, pero no tanto. ¡EXCELENTE! Hasta la tapa (y para que yo diga que una tapa es buena ya es bastante, ¿no?) es de primer nivel. Y lo de adentro nos deja con esas ganas de que el próximo número llegue pronto y el otro también y el otro... porque lo que realmente queremos los indígenas patagónicos es que por fin una revista de las nuestras salga mensualmente. Y con la calidad (porque los años nos ponen... ¡tan exigentes!) necesaria de PARSEC.

Ojalá que el Correo de los Lectores (La Nave Correo) nos ponga en contacto y nos permita emitir nuestros sonidos. Históricamente, el corazón de la Nave (en este caso PARSEC) es el Correo (vos, yo, nosotros).

Hasta luego. Y a darle con todo.

Un abrazo,

Pancho Fernández

PARSEC: Publicar una carta elogiosa queda un poco fuera de nuestro estilo. Pero en este caso se trata de una carta de un entrañable amigo patagónico, un incondicional romántico (incurable, como todos los románticos) a quien se le debe perdonar todo. Hasta los elogios desmedidos... Pero qué gratificantes son los elogios.

Y hay otra razón para publicar la carta. Pancho propone utilizar *La nave correo* como vehículo para el contacto entre los aficionados de todo el país y más allá. Por eso sugerimos a todos aquellos que deseen relacionarse, intercambiar material e ideas que señalen expresamente si podemos indicar el domicilio. Y aun si no envían una carta para publicar encontraremos un rincón en el que poner la dirección. Recuerden: *La Nave Correo*, un vehículo de comunicación.

Estimado Sergio:

Te escribo muy contento por la aparición de esta revista, que en su número 1 trae un muy buen nivel de cuentos (me quedo con dos en tren de elegir los mejores: "Una estación del camino" de F. Leiber y "Chop-Suey" de A. Gorodischer). Muy útil la sección *Un Parsec de Información* para paliar el bache de críticas de las últimas novedades argentinas y españolas.

Motivado por lo expuesto en *La Nave Correo*, trataré de sacarme las siguientes dudas:

1) ¿Qué se sabe del nivel literario de *La fantástica luz* y *Oh luminosa y brillante estrella* de A. Bester, después del leve bajón de *Golem 100*?

2) ¿Nadie tiene proyectado editar algo de Jack Vance (la serie de Tschai,

la de los reyes estelares) o de A. Norton?

Me despido felicitándote nuevamente por la calidad del Nro. 1 y por su Excelente portada.

Daniel Rogovsky

PD: ¿Cómo coño se puede hacer para comprar o fotocopiar aunque sea, los fanzines *Kandama*, *Tránsito*, *Zikurath* y *Fan de Fantasía*?

PARSEC: Tanto *La fantástica luz* como *Oh luminosa y brillante estrella* son colecciones de relatos anteriores a *Golem 100*. Muchos de esos relatos ya han sido publicados anteriormente en castellano. Y te remito al comentario que encabeza "Hasta el último aliento" (Parsec/2): No quedan relatos inéditos de Bester, quien, por otra parte, jamás fue un escritor prolífico.

Y Vance no es un escritor comercial. Tiene un estilo denso, intensamente descriptivo que a muchos aficionados les resulta pesado. Los elogios han corrido generalmente por cuenta de los críticos. Los editores le suelen escapar y a pesar de poseer una obra copiosa todo lo que podrás encontrar son relatos y novelas cortas. Con André Norton la cosa se complica todavía más. Es casi una desconocida y lo poco que se tradujo (mal traducido, en colecciones que no solían cuidar los detalles) no alcanzó repercusión. Leeremos un relato no traducido y si vale la pena aparecerá en Parsec.

La mejor política para obtener los fanzines españoles es ponerse en contacto con aficionados españoles y proponer canje. Ahora no tenemos la excusa de que aquí no hay material...

TITULOS PUBLICADOS POR EDICIONES FILOFALSIA:

FILOFALSIA OTOÑO 1983, cuentos y ensayos de varios autores.
FILOFALSIA PRIMAVERA 1983, cuentos y ensayos de varios autores.
CLEPSIDRA, revista cuatrimestral nacida en enero de 1984 con cuentos y ensayos referidos a la fantasía, la ciencia ficción y la filosofía.
PARSEC - CIENCIA FICCIÓN - ANTOLOGIA Nro. 1, con cuentos inéditos en español de Disch, Aldiss, Zelazny, Tiptree Jr., Malzberg y Budrys.
PARSEC - CIENCIA FICCIÓN - REVISTA, aparece mensualmente con informaciones y cuentos inéditos en español, nacida en junio de 1984.

Colección: La Brujutrampa:

ALGUNA MEMORIA, (segunda edición, 1983) de Raúl Gustavo Aguirre.
EL PENULTIMO CANTO DE LOS PAJAROS, de Daniel Joanen. (Ag.)
EL SUEÑO EN QUE VIVIMOS, de Osvaldo Elliff. (Agotado)
LOS MUNDOS QUE TE HABITAN, de Osvaldo Elliff.

Libros referidos a la Ronda de Almirante:

REENCUENTRO EN ALMARMIRA, grupo de cuatro libros supervisados por Daniel Rubén Mourelle, con los siguientes títulos:
EN LOS OJOS
EN EL UMBRAL
EN LA TRAMA DE FUEGO, 1: Las Visiones
EN LA TRAMA DE FUEGO, 2: El Inicio
ALMARMIRA, novela de Miguel Doreau.
DIALOGOS INTERRUMPIDOS, supervisados por Elvira Puzzó y Raúl D'Antonio. (En prensa)
DZANA, supervisado por el Consejo Superior de Investigaciones Arturas y Daniel Rubén Mourelle. (En prensa)
PRIMERAS INVESTIGACIONES ARTURAS, edición no comercial en cassette de Los Cómplices. (Agotado)

Para informes sobre suscripciones y/o envíos, dirigirse al TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Buenos Aires, República Argentina. Teléfonos: 855-3472 y 854-9982.





ANTOLOGIA/1



REVISTA/1



REVISTA/2



REVISTA/3

Los ejemplares atrasados de PARSEC pueden adquirirse personalmente o pedirse por correo enviando giro o cheque a nombre del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES, Av. Juan B. Justo 3167 (1414) Capital. Precio válido para septiembre de 1984: \$s. 260.-c/u